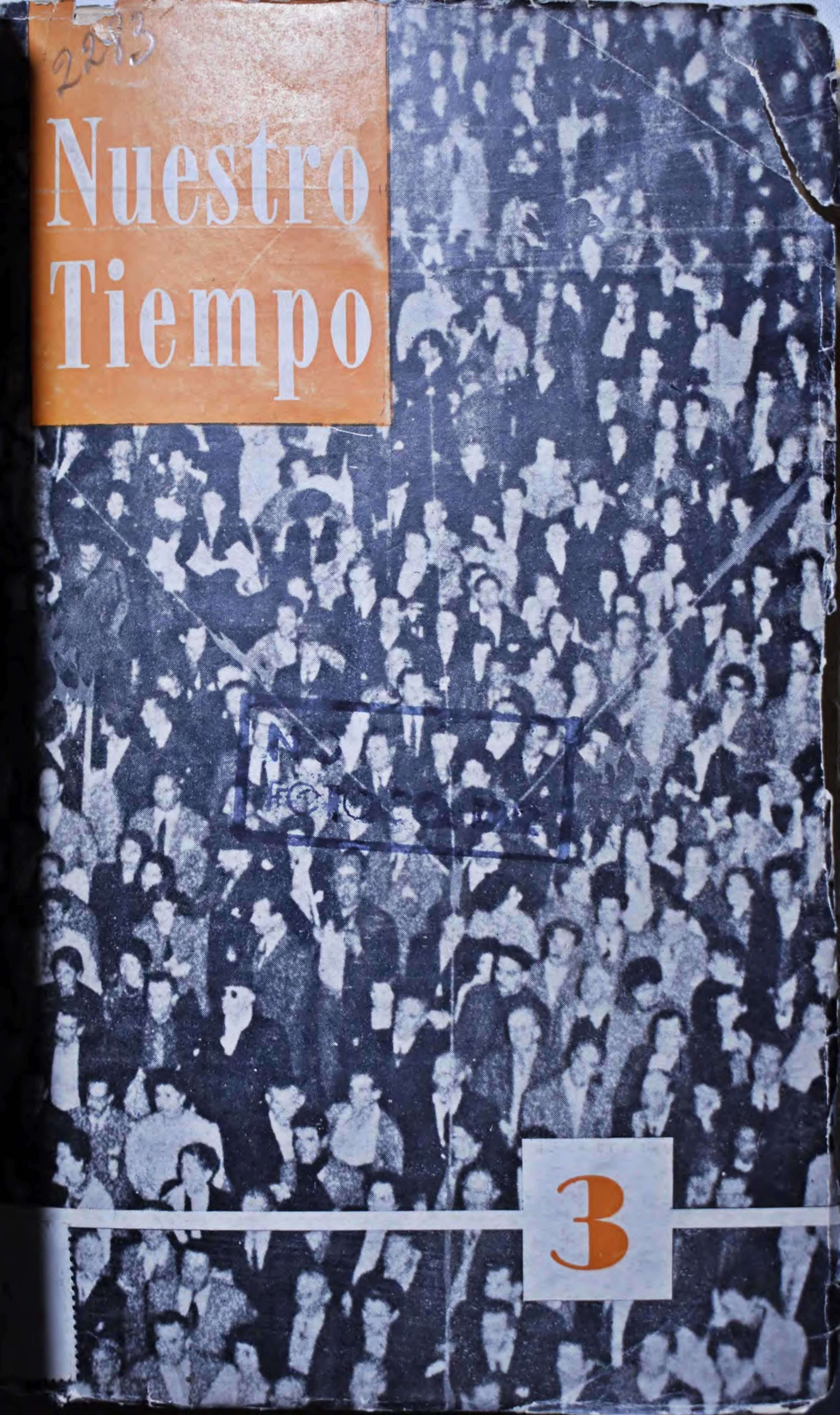

Nuestro
Tiempo
3

NUESTRO TIEMPO

AÑO I **MONTEVIDEO, ABRIL - MAYO DE 1955** **Nº 3**

(Seis números anuales)

Correspondencia, giros y valores a: Francisco Vidal 683, ap. 9, Montevideo

★

Precio del ejemplar: $ 1.50.
En el exterior: 0.50 dólares.
Suscripción a siete números: $ 10.00.
En el exterior: 3.50 dólares.
Suscripción de sostén: $ 30.00 anuales.

★

Distribución, suscripciones y publicidad:
Of. Rep. Edit. Av. 18 de Julio 1333

Distribuidores en el exterior:
Lib. Alfa - Ciudadela 1397 - Montevideo

★

★

Las opiniones vertidas en los artículos firmados no son compartidas necesariamente por los Editores.

★

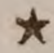
Se acusará recibo de todas las publicaciones que se remitan. Solicitamos canje con las publicaciones similares.

★

EL COMITE DE AMIGOS DE "NUESTRO TIEMPO" REALIZARA UN ACTO PUBLICO EL DIA **SABADO 28 DE MAYO A LAS 17 HORAS** EN EL LOCAL DE **PLAZA LIBERTAD 1356**: TERCERA REUNION DEL FORO DE DEBATES SOBRE EL PROBLEMA AGRARIO, CON LA INTERVENCION DE LOS MIEMBROS DE LA UNIDAD COOPERATIVA Nº 1 DEL DEPARTAMENTO DE SORIANO. - SE HARA DEBATE. - ENTRADA LIBRE.

★

La carátula es de Girardin, y el material gráfico de Studio Testoni, Soriano 1268.



Printed in Uruguay, C.I.S.A., Isla de Flores 1580 bis. Teléf. 40 10 89.

AÑO I - Nº 3

Nueva Historia Nacional

También la Historia Nacional uruguaya debe pasar de la etapa de la crónica a la historiografía, como afirmaba Benedetto Croce para la Historia en general.

El paulatino progreso de nuestro medio cultural, estimula el surgimiento de nuevos trabajos, insertos en técnicas distintas, y hasta sobre una temática diferente. El Uruguay tiende a sumarse a una corriente que ha dado ya sus frutos en América.

A esa corriente se une "NUESTRO TIEMPO" con este número. Lo integran los ensayos que abre le estudio de un tema socio-ideológico, como es la Inquisición, que ya había sido abordado para la Banda Oriental, por José Toribio Medina..

La historia de las clases sociales, tan distante de la exégesis del procerato militar, es abordada a propósito de la burguesía nacional en un ensayo político - histórico de acuerdo a la metodología marxista, que aunque cultivada en el Río de la Plata desde hace años, no ha dado mayores frutos.

El tercer ensayo procura establecer un panorama de la historia de los movimientos sociales en América Latina, previo a estudios parciales y monográficos, en la línea que preconiza la actual escuela francesa de historia social.

Finalmente el trabajo de Roger Labrousse, que pudo haberse titulado también "Occidente y Anti-Occidente", ubica nuestra vida histórica en el seno de la Cultura Occidental, evoca su evolución, y teoriza sobre algunos de sus problemas vitales.

La transcripción del ya histórico manifiesto inicial del Partido Socialista Uruguayo y la nota sobre el Primero de Mayo se suman a la misma intención.

Otros materiales, aparentemente distantes, sin embargo integran, si no la historiografía, la Historia misma del país.

Podrá parecer extraño a quien recuerde la militancia que en nuestro momento vital pregona esta revista, que sea dedicado un número a temas históricos. Recordemos que los expertos en Teoría de la Historia, y el mismo pensamiento humanista, hoy comparten la afirmación de Marc Bloch: "La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es menos vano agotarse en comprender el pasado, si no se sabe nada del presente". — LOS EDITORES.

La Inquisición en la Banda Oriental

Por Boleslao Lewin

El lector interesado en historia americana, ciertamente, conoce la existencia de la Inquisición en Lima. Pero ignora o subestima el funcionamiento del Santo Oficio en las comarcas que dependían del Virreinato peruano. En obsequio a la brevedad, es pues necesario que desde ya se forme la idea de que el tribunal del Santo Oficio con asiento en Lima (hubo también otros tribunales) era una especie de Corte con jurisdicción originaria para las causas de la fe y los delitos conexos a ella de todo el Virreinato del Perú, sin exclusión del Uruguay. A fin de desarrollar su actividad, el tribunal limeño del Santo Oicio no debía ni podía estar en todas las regiones cuya vigilancia ideológico - religiosa ejercía. Para esa tarea contaba con órganos inferiores y subordinados: las comisarías locales. La ausencia de un tribunal del Santo Oficio, es decir de una Corte inquisitorial, en Montevideo, no significaba, de ningún modo, falta de vigilancia de su parte, ya que corría a su cargo el comisario, algo así como juez de instrucción inquisitorial. De igual manera que el hecho de residir hasta fines del siglo XVIII el virrey en Lima no significaba acefalía de la autoridad administrativa en el Río de la Plata. Lo suplantaba y representaba en sus tareas de menor responsabilidad el gobernador.

Los comisarios de la Inquisición se dedicaban tanto a la labor investigativa y policial por orden del tribunal limeño, como a una actividad de tipo propagandístico y persecutorio de alcances locales. Su actividad estaba reglada por la **Instrucción**, minuciosa cartilla acerca de sus derechos, sus deberes y sus relaciones con la autoridad civil y eclesiástica. Debían mantener en el secreto más absoluto sus procederes. Aparecían en público únicamente cuando daban a conocer los edictos generales (de Anatema y Delación) y particulares (sobre casos concretos) de la Inquisición. Para realizar su tarea disponían de varios ayudantes, llamados "familiares". Ser "familiar" era una distinción, un honor y una prueba de "limpieza de sangre", o sea, de no estar contaminado con la judía, mora y negra.

Aunque se cree que el racismo es una particularidad exclusiva del nazismo, eso no es cierto. La verdad es que desde mediados del Siglo XVI, España (también Portugal) comenzó a establecer entre su población distingos raciales en el más estricto sentido del vocablo, ya que los aplicaba a hombres de un mismo credo relilgioso, aún cuando sólo con carácter discriminatorio. Cabe tener presente que después de la expulsión de los judíos en 1492 solamente católicos vivían en la Península. Y para castigar a los que no lo eran sinceramente existía la Inquisición. Pero si en la metrópoli la "limpieza de sangre" fué un requisito indispensable en los empleos públicos y en las funciones eclesiásticas, es decir, constituía una medida restrictiva en Hispanoamérica, desde los comienzos mismos de la conquista, era prohibido el arraigo de hombres racialmente "infectos". Estos, sin embargo, pese a todas las prohibiciones, se establecían en las tierras recién descuviertas. Confirman su presencia aquí numerosos documentos oficiales, la mayoría de ellos emanados, precisamente de la Inquisición.

Dígase lo que se quiera, e invóquese incluso la autoridad de historiadores judíos, lo cierto es que el tribunal del Santo Oficio, establecido en España en 1481, mucho antes de la difusión de los estatutos de "limpieza" de sangre, se basaba en principios netamente racistas tanto en la selección de sus funcionarios como en sus procedimientos

judiciales. En lo que se refiere al actual territorio uruguayo, la **Instrucción para comisarios del Santo Oficio** —como hemos advertido, su ordenamiento fundamental— en los artículos 41 - 46 legisla detalladamente sobre el particular. Por lo menos doce personas, todas ellas probadamente cristianos viejos, y preferentemente empleadas de la Inquisición, debían coincidir en la apreciación positiva de la "limpieza" de sangre de un individuo determinado para que éste fuese aceptado por el Santo Oficio. Es interesante que en el caso de "limpieza" podrían declarar "a falta de varones, hembras", por supuesto, de las mismas condiciones raciales que los primeros. En el caso de no quedar aclarado, con los doce testigos aludidos, el asunto de "limpieza" sin dejar lugar a dudas, proseguía la investigación. Pero al quedar, no obstante todos los empeños, una sombra de duda acerca del origen de uno de los cuatro abuelos, se examinaba el apellido respectivo y el entroncamiento del mismo con otros abolengos. Todo lo obrado por el comisario en materia de "limpieza" debía ser remitido por el notario a Lima, donde se tomaba la decisión definitiva. De la misma manera que en el caso de la pesquisa sobre delitos de fe, también en éste no debía quedar en la comisaría de la Inquisición local ningún apunte del procedimiento; todo tenía que ser enviado a la capital del Virreinato.

Para evitar cualquier duda, destacamos que también en Montevideo la **Instrucción** para comisarios era obedecida. Lo comprueba el juramento efectuado el once de julio de 1672 por el primer notario de la Inquisición uruguaya, don Melchor de Viana, cuyo tenor es el que sigue:

"En cumplimiento de lo que manda la Instrucción número sesenta y cinco hizo (el Notario) el juramento de fidelidad y secreto en la forma siguiente.

Diciendo que jura a Dios y a la Cruz que corporalmente toca, que usará bien y fielmente con todo cuidado y diligencia, y a su leal saber y entender el dicho oficio y cargo de notario en que ha sido nombrado, y guardará secreto de todas las cosas que le fueren comunicadas, o encargadas, por el Santo Oficio, de lo que supiere o entendiere de que se debe guardar. Y no revelará a persona alguna por escrito ni de palabra, ni por semejas, y la ayudará y defenderá a sus ministros, que tendrá en buena custodia y guarda los papeles que estuvieren en su poder y a su cargo tocantes al Santo Oficio; y que dará cuenta y manifestará en él, o a su comimsario, todo lo que supiere o entendiere que es en su daño, deshonor y contra su autoridad. Si así lo hiciere Dios me ayude, y si no me demande. Amén. Fecho en once de dicho mes y año.

Ignacio Parera, comisario del Santo Oficio.

Melchor de Viana."

De mucha mayor trascendencia que lo tratado hasta ahora es, para el Uruguay, el problema de la pública lectura de los edictos generales de Fe y Anatema, prescripta en la **Instrucción** para comisarios. No queremos dejarnos llevar por analogías, y ni siquiera por una explícita orden contenida en el documento fundacional (1761) de la Inquisición uruguaya que dice: "y para que pueda publicar de tres a tres años, como se previene en dichas Instrucciones, los Edictos generales de la Fe y de Anatema, que así mismo se le remiten, le damos poder y comisión la que de derecho se requiere y es necesaria". Procedamos con toda cautela —al margen de la importancia del asunto— porque hasta la fecha no se encontró la prueba documental de haberse llevado a cabo en el Uruguay esa lectura pública. Pero nos parece que, si se efectuaba —conforme lo manda la **Instrucción** en otros centros urbanos de Hispanoamérica, también en Montevideo se llevaba a cabo ese acto inquisitorial de extraordinaria solemnidad, un auto de fe en menor escala, pero afortunadamente, sin víctimas humanas.

A esta altura de nuestras investigaciones ya no nos sorprende tan siquiera una noticia tan inverosímil, aparentemente, como la de que "en una de las plazas de Montevideo existía un viejo cañón en el cual ataban, para azotarlos, a los acusados de hechicería y a las pobres viejas denunciadas como brujas por la ignorancia popular". Aunque no nos extraña que hayan sucedido tales cosas en la época colonial, desde el punto de vista jurídico, nos parecen actos arbitrarios de algún funcionario civil o eclesiástico que **motu proprio** se atribuía el derecho de velar por la "pureza de la fe", ministerio privativo de la Inquisición, en Montevideo como en todas las colonias hispanas, lo que —a juzgar por lo sucedido en otras partes— seguramente provocó acres con-

flictos con el lugarteniente del Santo Oficio en la Banda Oriental. Estos, empero, nos son desconocidos. En cambio sabemos de otra intromisión de la autoridad civil en un asunto de incumbencia inquisitorial. En 1803, el Alcalde de primer voto de Montevideo, don Miguel de Otermín, dió curso a una denuncia presentada ante él por el Capellán Real de San José, don Mateo de la Rosa, en contra de don Tomás Díaz, poblador de la zona. Según la denuncia, el 17 de marzo de 1803, en la habitación del sacerdote aludido y en presencia de Manuel González, Díaz "cometió excesos" contra la religión católica en general y en particular, "contra la Santa Misa, contra la predicación del Evangelio y contra mi Sagrada persona". Agregó el denunciante que Tomás Díaz profirió similares expresiones en la pulpería de José Rodríguez y pidió que los dos testigos sean interrogados por el Alcalde. Además, como residía fuera de la ciudad, nombró representante suyo en ésta, a fin de suplantarlo en la sustanciación de la causa, a don Fidel Rey.

El Alcalde, como hemos mencionado, dió curso a la denuncia y nombró asesor legal —ante el escribano de S. M. Manuel José Sainz de Cavia— al licenciado don Nicolás de Herrera. Este, a su vez, dió comienzo a la actuación judicial, aunque —suponemos— no la terminó porque, como había un representante del Santo Oficio en Montevideo —y lo era en la fecha nada menos que don Juan José Ortiz— no hubiese tolerado semejante violación de sus prerrogativas.

Es necesario insistir —en vista del escepticismo en la materia— que la representación inquisitorial en Montevideo no era distinta de la de otras partes. También en la capital uruguaya —para ofrecer un ejemplo correcto— eran publicados los edictos especiales de la Inquisición. Pruebas de ello las tenemos en dos casos: en 1757 se dió a conocer la Real Orden —después suprimida— sobre la competencia del tribunal del Santo Oficio en casos de bigamia y en 1804 la Real Cédula por la que se ordenaba a todas las autoridades americanas que diesen a los inquisidores el tratamiento de "Señoría".

Pero la Inquisición montevideana, insistimos nuevamente, no reducía a eso sus actividades. Enérgicamente se dedicaba a la represión de toda manifestación iconoclasta, heterodoxa y herética y ejecutaba las múltiples órdenes de sus superiores limeños. Incluso llegó a encender, en 1801, una pequeña hoguera, por suerte no de seres humanos, sino de abanicos "torpes y obscenos" que fueron descubiertos por el administrador de la aduana, el que comunicó el hallazgo a Juan José Ortiz.

El primer caso —comprobado documentalmente— de intervención inquisitorial en Montevideo o, por lo menos, de su mención en un procedimiento judicial, es de 1790. En este año, Fernando Rodríguez se presentó ante el cura de Pando, don Juan Estanislao de la Mata, y le integró unas "reliquias" que habían pertenecido a un tal Juanillo, negro esclavo del platero Manuel Camello, quien —por orden del párroco— de inmediato fué detenido. Mas el denunciante muy pronto también se vió envuelto en el asunto y asimismo, a pedido del cura, encarcelado por sospechoso en la fe. En tal contingencia, y después de algunas otras gestiones, tomó cartas en el asunto el vicario de Montevideo, la más alta autoridad eclesiástica de la Banda Oriental, don Juan José Ortiz, que era al propio tiempo comisario del Santo Oficio. Sin embargo, al comienzo Ortiz obraba en su carácter y no en el inquisitorial, es decir, encaraba el caso no como una herejía formal sino como un simple pecado. Para proseguir la pesquisa, siempre en su calidad de juez eclesiástico, nombró promotor fiscal al doctor Mateo Magariños. Este consideraba que el delito de los detenidos era de los "atroces y graves", lo que le hizo concebir la sospecha de que habían caído en el crimen "muy detestable de herejía". En consecuencia, opinó que correspondía su conocimiento al "Santo Tribunal de la Inquisición", concretamente, a su representante en Montevideo, Juan José Ortiz, como hemos mencionado, el juez eclesiástico en el proceso incoado a los dos pobres habitantes de Pando. Margariños sostuvo también que el cura de Pando no "había mirado con el mayor celo ni guardado los trámites legales que debía", seguramente porque no pasó inmediatamente el asunto al comisario del Santo Oficio. Con todo, éste —pese a la opinión del celoso promotor fiscal— siguió actuando en su calidad de juez eclesiástico y, al parecer, la causa no fué considerada de carácter herético.

Otro caso inquisitorial —comprobado documentalmente— tuvo lugar en 1795. Cuando el buque Correo de la Cantabria fondeó en la bahía de Montevideo, el comisario Or-

tiz recibió la testificación contra don Felipe Lapeyre, presentada ante él por el capellán y médico de la embarcación. El capellán de apellido Mugrate y el médico de nombre don Alejandro, denunciaron a Lapeyre —presentando el cuerpo del delito— de que éste les había entregado algunos "papeles" sediciosos y "vertió varias proposiciones hereticales". Al año siguiente, el comisario de la Inquisición en Buenos Aires —probablemente porque Felipe Lapeyre residía entonces allí y él llegó a enterarse de la denuncia hecha en Montevideo, a fin de tomar "las providencias correspondientes por esta comisaría del Santo Oficio", pidió a su colega uruguayo que le remitiera "cuantos papeles le hayan presentado relativos a la materia, o lo que hayan sabido acerca de ella y bajo la religión del juramento". De qué modo fué cumplido este pedido, no lo sabemos. Tampoco nos es conocido en qué forma el comisario de la Inquisición en Montevideo Juan José Ortiz cumplió la orden del tribunal del Santo Oficio en Lima, del 12 de julio de 1805, de prender a don José Arvide, involucrado en un asunto de carácter inquisitorial sucedido en el navío Concepción. Arvide —según una carta que escribió a un amigo en Lima, y cuyo contenido llegó a conocimiento de los inquisidores— para evitar molestias, se había retirado al paraje denominado "San Lorenzo Soriano o Santo Domingo Soriano, pero no se sabe si es población o hacienda". Los inquisidores limeños ordenaron, pues, al comisario de Montevideo "que con la eficacia y sagacidad necesarias, inquiera la verdadera existencia de dicho Arvide y aproveche la oportunidad de prenderlo en el modo que se tiene antecedentemnte ordenado. El familiar aguacil mayor de ese partido —continúan— debe ser empeñado a la mayor expedición de esa diligencia, en la que además de ser propia y privativa su práctica de su ministerio, se interesan su obligación y la causa de Dios. De cuanto resultase nos dará pronto aviso".

En octubre del mismo año 1805, el comisario uruguayo recibía de sus superiores en Lima un "mandamiento de prisión con secuestro de bienes contra don José Ramón Tribiños, y otro don Ramón, natural de Vizcaya, de oficio piloto, de estado soltero, color trigueño, pelo negro, ojos grandes, estatuta baja, regordete y de edad como de 28 a 30 años, que en el mes de marzo del presente año se hallaba en ese puerto de regreso del de Janeiro". Una vez lograda la prisión debía remitirlo en la "primera ocasión de buque que se presente para el Callao bajo partida de registro, haciendo responsable al Maestre de dicho reo hasta entregarle a este tribunal, ajustando el pasaje y pagándolo de sus bienes. De cuyo resultado nos dará parte con la brevedad posible, pues para lo dicho y demás necesario le damos la facultad que se requiere".

Como vemos, de los pocos datos concernientes sólo a la actuación del Santo Oficio en la Banda Oriental en el año 1805 no surge, de ningún modo, que éste haya existido apenas nominalmente. Tampoco confirma esa tan difundida idea la posterior actividad del Santo Oficio, de la cual sin embargo tenemos muy pocas noticias concretas. De todas maneras, según un documento de 1809, sabemos que la Inquisición uruguaya publicó solemnemente este año dos edictos particulares que le fueron remitidos de Lima.

No sólo con actos como los señalados se manifestaba la actividad del Santo Oficio en Montevideo. Daba también a conocer su existencia, y promovía los consiguientes temores involucrados a ello, mediante el registro oficial de sus títulos, expedidos en Lima. A la forma de conseguir esos títulos, ya hemos aludido, pero es necesario destacar que, no obstante todas las dificultades también en Montevideo hubo individuos que no ahorraban molestias ni dinero para conseguirlos.

En resumen, de los pocos y dispersos datos —en su mayor parte inéditos— que hemos logrado reunuir, surge, nos parece, con nitidez que la Inquisición actuaba en Montevideo con el mismo rigor que en las otras colonias españolas. Cierto es que la mayoría de los documentos acerca de su actuación están aún cubiertos por el polvo de los archivos. Corresponde pues exhumarlos y darlos luz con lo cual se hará un servicio tanto a la historia política como a la social del territorio uruguayo bajo el coloniaje. — **Boleslao Lenin** (1).

(1) Hay una carta inédita del virrey del Río de la Plata, marqués de Avilés, al tribunal del Santo Oficio en Lima, concerniente a la inquisición en el Uruguay. El documento se publica aquí por primera vez y como contribución al mejor conocimiento de la historia del país. Por razones tipográficas fué mo-

Lecturas para Meditar

"Ninguna sociedad, seguramente, puede florecer ni ser feliz cuando la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables. Fuera de esto, es muy conforme a la equidad que aquéllos que alimentan, visten y albergan a todo el cuerpo social en común, de tal modo participen del trabajo propio que también ellos están razonablemente alimentados, vestidos y albergados." — Adam Smith.



"Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución." — Sarmiento.



"El estallido de la guerra de clases en Norteamérica significaría para los burgueses de todo el mundo lo mismo que el derrumbamiento del zarismo ruso para las grandes monarquías militares europeas: la caída de sus puntales. Porque después de todo, Norteamérica era el ideal de todo burgués: un país rico, vasto, progresista, con instituciones puramente burguesas libres de residuos feudales o de tradiciones monárquicas y sin un proletariado permanente y hereditario. Allí cualquiera podía convertirse, si no es capitalista, por lo menos en hombre independiente, que produce y comercia con sus propios medios y por su cuenta. Y como hasta el momento no había clases con intereses opuestos, nuestro burgués pensaba que Norteamérica estaba por encima de los antagonismos y luchas de clases. Esta ilusión se ha desvanecido ahora, el último paraíso burgués sobre la tierra se está convirtiendo rápidamente en purgatorio... — Engels.



"Pero he creído (carta a Michelet) y vuestra gran alma sabrá comprenderme, que una generación mercantil debía ser atacada por el mercantilismo, una época industrial por el industrialismo, y no he vacilado desde hace dos años en hacerme el pioner de esa ciencia que no existe todavía, que quizás revolucionará nuestra vieja sociedad, quiero decir la economía social, la ciencia de los intereses.

***¿Cómo hacer buena fisiología, buena medicina sin anatomía? ¿Y cómo aprender anatomía si no podemos resignarnos a las investigaciones repugnantes, disgustantes del anfiteatro, si no queremos trabajar sobre el cadáver?"* — Proudhon.**

---

dernizada su ortografía arcaica.

"Quedo impuesto de que Vuestra Señoría tiene nombrado por comisario en Montevideo al Dr. Don Juan José Ortiz, sin que en lo que Vuestra Señoría me dice de habérsele pedido por este Gobierno que dentro del término de la Ordenanza presentase título en forma haya tenido yo parte, pues el mismo día 14 de marzo en que escribió el comisario fué el propio en que por la tarde entra en esta ciudad.

Puede Vuestra Señoría estar muy cierto de que, en cuanto penda de mi autoroidad y concierna el desempeño de su santo ministerio, propenderé con el mayor esmero, pues intereso en que la Santa religión Católica sea observada, especialmente donde alcance en la autoridad de mi mando, con la mayor exactitud y pureza.

Nuestro Señor uarte a Vuestra Merced muchos años. Buenos Aires, 25 de Septiembre de 1799. Firma: **El Marqués de Avilés".**

Raíces, Apogeo y Frustración de la Burguesía Nacional

Por Vivián Trías

I

ESQUEMA PARA UNA TEORIA DEL DESARROLLO CAPITALISTA EN LOS PAISES DEPENDIENTES

El tema que nos disponemos abordar, requiere una introducción teórica insoslayable. No se trata de intentar un estudio teórico integral del desarrollo capitalista en los países dependientes. Sino, simplemente, de hacer unas pocas puntualizaciones imprescindibles para inteligir el proceso histórico que vamos a analizar.

a) En primer lugar, debemos recordar que en los países dependientes (colonias o semi - colonias) la gestación del capitalismo no es, en general, el resultado de un proceso íntimo, el desenvolvimiento de fuerzas históricas propias y autónomas. Por el contrario, es el efecto de un impacto exterior. La penetración compulsiva de una modalidad económica que, precisamente, suele venir a coartar en su crecimiento las raíces del capitalismo nativo.

b) En segundo lugar, en el mundo capitalista moderno hay un centro de iniciativa y una periferia. La historia discurre de acuerdo a un proceso nuclear radicado en el centro de irradiación y son sus repercusiones, sus resonancias, las que constituyen el fluir histórico en las zonas marginales.

Hay, pues, países determinantes (históricamente hablando) —los grandes imperios— y países determinados —las colonias y semi - colonias—.

Es claro, que la historia es un proceso dialéctico y a las presiones provenientes de los centros de iniciativa, corresponden reacciones peculiares en los territorios dependientes. Pero siempre en calidad de respuestas (utilizando las categorías toynbeeanas) y no de retos.

c) En tercer lugar, el desarrollo capitalista en la periferia del mundo responde a la ley marxista del "desarrollo combinado o desigual". Vale decir, que coexisten en un desequilibrio dinámico y permanente, como una fuente de perennes conflictos, distintas y hasta inconciliables formas históricas.

En nuestro país, junto al semi - feudalismo y al primitivismo de la estancia cimarrona, se introdujeron los representantes comerciales del capitalismo inglés y, luego, la penetración imperialista (alambrados, ferrocarriles, fábricas, empréstitos, etc.) engendra la burguesía nacional. Este hecho explica, como lo veremos, el desacuerdo persistente entre infra y superestructura en los países dependientes. Con una economía predominantemente agraria, de tipo latifundista y semi - feudal, conviven formas políticas de democracia parlamentaria, centrales sindicales, lujosas ciudades cosmopolitas, etc. Es que la infra - estructura correspondiente a esas formas capitalistas, no reside en los territorios dependientes, sino en el conjunto del caapitalismo internacional. Existen unos pocos núcleos básicos —que controlan las fuentes de energía y la industria pesada— y el resto de las manifestaciones capitalistas del mundo son sus irradiaciones, sus resortes lejanos, las piezas perimetrales de la gran maquinaria.

d) Lo dicho, nos lleva a una consideración fundamental. La penetración del imperialismo en una zona del mundo, significa su atadura firme y permanente al complejo económico total de aquel. La economía del territorio avasallado se integra en el conjunto —regido por unos pocos centros financieros y monopolísticos—, como una pieza de un complicado rompecabezas. Desde ese momento, su desarrollo pierde casi toda su autonomía para convertirse en el ajuste complementario de un proceso vertebral sobre el que apenas puede influir. De ahí la deformación económica impuesta por el imperialismo a las colonias y semi - colonias. Es como el tornero que lima un perno para que enrosque a la perfección en la tuerca correspondiente. Esta integración profunda y minuciosa en el complejo económico in-

ternacional, explica muchas peculiaridades históricas de los países marginales. Por ejemplo, las luchas anti - imperialistas de sus burguesías no suelen ser otra cosa que tomar partido, por conveniencia o imposición, en los choques más amplios de imperialismos rivales. Tal es el caso de la política anti - británica del Batllismo en el Uruguay. En rigor, consistía en alistarse junto al imperialismo yanqui, en su batalla por desalojar al inglés de Latinoamérica. Es cierto que esto convenía al rol histórico de nuestra burguesía. Wall Street traía a estas costas inversiones para levantar industrias de transformación que harían la competencia a las mercaderías británicas, pero, al mismo tiempo, aceleraban el crecimiento y las posibilidades de la burguesía nativa que se asociaba a ellas. La fortalecían en su lucha de predominio contra la oligarquía latifundista, aumentaban las fuentes de trabajo nacionales, etc.

La subordinación de los países periféricos a los centros imperialistas, explica otro hecho de la máxima importancia: la frustración de sus respectivas revoluciones burguesas. El rol histórico típico de la burguesía en las naciones imperialistas ha sido: 1º) destrucción del feudalismo y asimilación de la tierra a la economía capitalista, 2º) estructuración de la democracia política, 3º) creación de la economía industrial y 4º) realización de la nacionalidad.

En las zonas marginales esta función queda trunca, a cierta altura de su desarrollo. Así hemos visto fracasar expresiones políticas burguesas que parecían haberse forjado un gran destino. Es el caso del Kuoming-tang chino, el Partido de La Revolución mexicano o el Partido Radical argentino. La curva de este proceso parece realizarse en cuatro tiempos: 1) lucha y triunfo sobre la oligarquía semifeudal y aliada del imperialismo, 2º) gobierno expansivo, con aplicación de los programas revolucionarios y la obtención de importantes éxitos, 3º) estancamiento y crisis interior y 4º) fracaso, regresión y corrupción. Detrás de todo ello hay dos motivos esenciales: a) Las burguesías nativas son hechuras y, en última instancia, instrumentos del imperialismo. A este le conviene su crecimiento hasta cierto punto. Pero nunca puede llegar al grado de dejarlas convertirse en nuevos rivales en el mercado mundial; ni aún, alterar la condición de mercados y fuentes de materias primas de sus países. b) Las propias burguesías nacionales se dinamizan tras el norte primordial de su clase: los índices de las ganancias. Llega un momento en que tienen que elegir entre la lucha a fondo con el imperialismo o asociarse a él y a la oligarquía latifundista, en la explotación de los recursos y las masas nativas.

Aún para el caso utópico de que la primera alternativa tuviera alguna posibilidad de éxito, la segunda es, siempre, mucho mejor negocio. Dejamos para el final una consideración de gran trascendencia para Latino - América: la realización de la nacionalidad. Cuando la burguesía de un país dependiente vive su etapa de lucha anti - imperialista, una de sus banderas fundamentales es el nacionalismo. Es que sin el control del mercado interno y de los recursos propios, no puede aspirar al logro de sus metas finales. ¿Cómo debemos plantear el problema nacional en Latino - América? Primeramente, debemos señalar que la realización de la nacionalidda en nuestro continente, no puede encerrarse en ninguna de las fronteras artificiales que separan a las repúblicas al sur de Río Grande. Las raíces históricas de Latinoamérica, su formación cultural común, su idioma común, su geografía, pero, sobre todo, sus intereses y porvenir, están indisolublemente ligados a la gestación de una sola nación de dimensión continental. Divisiones administrativas —dictadas por motivos prácticos— impuestas por la corona hispánica o la colonización portuguesa, no pueden perpetuarse como delimitaciones nacionales. También Italia o Alemania o los EE.UU. fueron, en su evolución pre-nacional, un haz de estados o repúblicas o feudos separados. Pero, en cuanto las formas económicas capitalistas iniciaron su dominio en ellos, la unidad se llevó a cabo meteoricamente.

El capitalismo inglés, como veremos, destruyó el embrión de un auténtico capitalismo autónomo en el Río de la Plata. Pero, además, contribuyó eficazmente a balkanizar el continente. La creación de la República Oriental del Uruguay, desarraigándola de las Provincias Unidas, es obra del Foreing Office. Sus agentes fueron los instigadores de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Más tarde, su sustituto —el imperialismo yanqui—, segregó de Colombia la república panameña y financió la guerra del Chaco. El imperialismo tiene interés fundamental en mantener políticamente atomizada a Latino - América. Es la manera de eternizar la deformación económica de cada una de sus repúblicas. De evitar su integración mutua, que sustraería un gran mercado y una fuente esencial de materias primas a la industria nor-

teamericana. Es el modo, también, de contener el surgimiento de un futuro competidor.

Las burguesías nativas latino americanas son demasiado débiles y, por sobre todo, están excesivamente incluídas en el complejo imperialista, para que puedan llevar adelante la tarea de realizar el nacionalismo en el continente. Entre todas sus limitaciones insuperables, esta es una de las más importantes. La liberación económica de nuestros países no puede separarse de su asociación política o sea, de su unidad nacional.

II

LA SIGNIFICACION DE LAS DIVISAS EN LA HISTORIA NACIONAL

Hay historiadores que sostienen, como consecuencia de sus interpretaciones idealistas, que las divisas constituyen el nódulo fundamental en el proceso histórico del Uruguay. Al punto de otorgarle al mismo una especificidad tal, que lo escamotea a la vigencia de leyes históricas legítimamente aplicables en otras regiones.

Para quien intente ensayar criterios marxistas en la dilucidación de la evolución nacional, dicho planteo supone una cuestión previa. Si el aserto enunciado se viera confirmado por los hechos, el trabajo a emprender sería inútil. Trataremos de demostrar, en el curso de estas páginas y las que le sigan, que aquel punto de vista es erróneo.

Las divisas suelen complicar la interpretación correcta de los sucesos, pero no perturban el valor causal de lo económico y lo social. A veces hay que indagar bajo su apariencia, como quien aventa el polvo que cubre y desfigura una imagen; pero la realidad discurre inmutable de acuerdo a sus propios dinamismos infra - estructurales.

Conviene, sin embargo, exponer algunas consideraciones liminares sobre el tópico. Ellas nos ayudarán en nuestra tarea posterior.

El primer reagrupamiento político acaecido en la República, se conformó en torno a los dos jefes de la lucha independentista recién finalizada: Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera. Dada la infra - estructura patriarcal, primitiva, semi - pastoril, del Uruguay en 1830 y dado el carácter intensamente emotivo y sensorial del pueblo que lo habitaba nada puede extrañar la índole irracional carismática, caudillista, de las primeras colectividades políticas. El racionalismo ideológico no surge en el mundo. hasta que la economía se hubo, a su vez, racionalizado considerablemente en la edad moderna.

Desde 1830 hasta la Guerra Grande, hubo en el Uruguay "riveristas" y "lavallejistas" u "oribistas", más que colorados y blancos.

El 10 de agosto de 1836 el presidente don Manuel Oribe obligó, por decreto, a los hombres de su administración a usar como distintivo divisa blanca con una leyenda que rezaba: "Defensor de las leyes". Esta suponía un concepto político, una actitud ante los problemas de la hora y ésa era la distinción que quería darle Oribe a los suyos. Pero los contrarios no entendían de conceptos, ni de orientaciones políticas, aunque sentían en lo hondo los factores afectivos implícitos en las luchas de la época. Por eso, a los oribistas no les llamaron "los defensores de las leyes", sino "los blancos" o "blanquillos".

Es decir, los designaron por el color de la divisa y no por el contenido intelectivo de la misma. Nada más natural; sus órganos psiquicos para aprehender la realidad no eran intelectivos, sino instintivos y sensoriales. "El partido contrario —cuenta Andrés Lamas— adoptó de consiguiente, otra divisa para distinguirse de sus enemigos, singularmente en las funciones de las guerras. Su primer color fué el celeste, tomado de la escarapela nacional, pero este color debilísimo en los tejidos de que podían hacerse las divisas, no resistía a la acción atmosférica: de ahí vino la necesidad de cambiarlo, y se cambió naturalmente por el colorado, de mayor firmeza y que es el más común de las telas que se emplean en la campaña para forrar los ponchos, para hacer los chiripás, etc. De ahí, pues, se llamó colorado al partido que combatía a Oribe". (1).

(1) Citado por Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto, en "Historia de la República Oriental del Uruguay".

Las divisas se estrenaron en la batalla de Carpintería. La Guerra Grande estaba en sus prolegómenos. Es, precisamente, durante esta última que declinan las estrellas de Rivera y Oribe. Sus carismas, entonces, pasan —merced a un proceso de transferencia muy bien descrito por Max Weber en su "Economía y Sociedad"— a las divisas. Las muertes, las destrucciones, los heroismos de las luchas civiles fueron sedimentando sus formidables cargas afectivas en los cintillos y estos se adentraron profundamente en el subconciente colectivo del pueblo uruguayo. Se convirtieron en especies de categorías sentimentales, en modos primarios del ser. El folklore les dió múltiples expresiones y los niños se criaban encendiendo sus labios con coplas ingenuas, pero calientes y exitantes, como chispas.

¡Blancos, perros mazorqueros!
¡Asesinos sin igual!
¡Que ya nos han de pagar,
la que deben de Quinteros!

Es, lo que alguna vez, hemos llamado el bipolo emotivo de la mentalidad colectiva oriental. La influencia de este factor irracional ha sido enorme en la historia de la república. La evolución económico - social se inscribe en sus marcos emotivos, siemple que no planteen contradicciones con la misma. Cuando esto ocurre, los hechos infra - estructurales siguen su curso al margen o a pesar de las divisas.

Colorados y blancos apoyan la dictadura de Latorre, que abre los grifos a la penetración imperialista. Blancos y colorados sostienen la dictadura de Gabriel Terra, que impone los intereses de la oligarquía reaccionaria. El coloradismo y el blanquismo no constituyen —por lo menos en el siglo XIX— partidos políticos, sino comunidades humanas heterogéneas, contradictorias, cuyos vínculos esenciales son de naturaleza irracional Como hilos imponderables que hilvanaran el pasado y el presente de hombres, a veces, separados por otros motivos tangibles y significativos.

Sin embargo, la historia fué tejiendo una lógica, un orden tradicional en el cáñamo de los cintillos. A raiz de la Guerra Grande, los colorados se consubstanciaron, en general, con la ciudad y su receptividad a las influencias extranjeras. Mientras los blancos, también en general, lo hacían con la campaña y su apego a lo vernáculo.

Todo ello, las divisas con sus implicancias históricas y sus potenciales emotivos, era mucho más intensamente sentido por las masas, que por la élites ricas y pseudo - cultas. Estas, que soñaban con un trasplante literal de las formas de vida europeas, palparon la contumaz resistencia del pueblo pobre a asimilarlas. Varias veces abjuraron de él y de sus manifestaciones más genuinas; los cintillos, la montonera y el caudillo. Los intentos de fundar un tercer partido —de los cuales el más importante y de más larga duración, fué el Partido Constitucional— respondían a esas convicciones. Como es natural, las divisas se erigieron en un instrumento de sometimiento para las masas. Un señuelo infalible que solía conducirlas al matadero, para consolidar o imponer los intereses de sus explotadores. Los estancieros que se beneficiaron con el alambrado y los regímenes de Latorre, cuando hubieron de combatir a Batlle, utilizaron el trapo blanco que congregaba al mismo gauchaje que ellos habían arrojado al hambre y a la desesperación.

Lo que en las masas populares fué motivo idealista para el heroísmo o la muerte, en algunas minorías fué herramienta con que acrecer o defender sus privilegios.

Las divisas mantienen —aunque empalidecida— su vigencia en los días que corren. El hecho de que hayan perdurado tantos años después que las estructuras económicas modernas ocuparon sitio de indudable jerarquía en el país, se debe, precisamente, al desequilibrio histórico del mismo. Es una secuencia de la ley del "desarrollo desigual", que explica la convivencia de las nuevas formas capitalistas y las viejas semi-feudales y primitivas. Así, como al ritmo vertiginoso de las transformaciones, merced al cual un peón de estancia o un tropero se convierte en proletario, pero su conciencia de clase no madura con la misma prisa.

III

EL URUGUAY CRIOLLO

La independencia fué la obra de los ganaderos del litoral, los comerciantes importadores de la ciudad —puerto y un grupo de intelectuales— en su mayoría doctores en Derecho— influídos por la Universidad de Charcas. Los ganaderos e importadores estaban íntimamente vinculados a la economía británica. Tanto, que, en rigor, eran sus proveedores y agentes clandestinos. Los intelectuales se formaron al calor del ideario enciclopedista y del liberalismo económico sajón. Esta era la vanguardia; el motor realizador e interesado de la revolución. Detrás se alinearon masas heterogéneas y amorfas de hombres humildes, perseguidos o explotados en el coloniaje. Pero la revolución no se hizo para ellos Ni los expresó, ni resolvió los problemas esenciales de su subsistencia. El libre cambio fué la gran bandera económica de Mayo. Bajo su signo se abrieron las compuertas a un aluvión de mercancías inglesas. Los ganaderos y los comerciantes importadores se enriquecieron, pero la incipiente manufactura artesanal del interior se arruinó.

En algunas provincias del Virreinato se había desarrollado penosamente, a pesar de la asfixia impuesta por el monopolio mercantilista, pero respondiendo a un proceso profundo de la evolución económica, una tímida producción manufacturera de artículos de uso (ponchos, arreos, etc). Desde el círculo cerrado y autosuficiente de la hacienda neo - feudal, estaba pasando a la comercialización de pequeñas cantidades de excedentes. Se cumlpía, en estas tierras, el mismo desarrollo —en líneas generales — que caracteriza al otoño de la Edad Media europea y que dió nacimiento, allá, a las raíces del capitalismo. Un mercado interior incipiente, rústico, empezaba a esbozarse y la ciudad - puerto era su cliente principal. El atraso histórico de España— que arranca de la derrota burguesa en Villalar— impidió que esa gestación tuviera la pujanza suficiente para florecer en breve término.

La revolución y el libre cambio la cortaron al ras. De esta manera abortó nuestro desenvolvimiento capitalista autónomo, como la incubación de un fenómeno interno, de nuestras propias fuerzas históricos. Desde entonces no sería posible otro proceso capitalista que el que viniera de fuera, como un impacto exterior; y que nos ataría indefinidamente al carro del capitalismo internacional.

Lo expresado es imprescindible para comprender la estructura de eso que llamamos el Uruguay criollo.

Se trata de un ejemplo vivo de la ley marxista —ya mentada— del "desarrollo desigual". Es decir, una mixtura desequilibrada de primitivismo pastoril, semi - feudalismo y capitalismo comercial.

La unidad económico - social estaba constituída por la estancia cimarrona; mojón a mitad de camino entre la vaquería y la estancia actual. En ella se dan inconfundibles elementos feudales. Lo que es natural, puesto que su infraestructura es el latifundio. El patrón - estanciero, dueño de la tierra y el ganado, habitante de una casona grande y fortificada, era el epicentro de la misma. Su condición de jefe y amo no la debía a su nacimiento noble. Ni siquiera a su título de propiedad, cuando lo tenía. La debía a su jerarquía de caudillo paternalista y conductor de montoneras. En su torno se agrupan su familia, algunos esclavos negros, pocos peones (en 1860 se calculaban dos por cada seis mil cabezas de ganado) (2) y muchos "agregados". En los alzamientos armados, se le sumaba el gauchaje vagabundo de los alrededores. El mismo que vivía del abigeato en sus tierras y era su montonero en la patriada. La autoridad del estanciero - patrón - caudillo era total e indiscutible. Padrino en las bodas, "compadre" en los bautizos, jefe en la guerra; era el dispensador omnímodo de los elementos primarios de la vida.

La campaña, sin caminos ni ferrocarriles, era una realidad social disgregada e inconexa. Junto a ella convivía la ciudad - puerto. Asiento del comercio importador —oficina de ultramar de las fábricas inglesas y francesas— y de la escasa cultura —

(2) Eduardo Acevedo - "Historia del Uruguay" - tomo V.

reflejo servil y rezagado de Europa— de la época. Era la ventana abierta a la influencia extranjera; el órgano de entrada y salida de la corriente económica.

Este sencillo cuadro de exportaciones - importaciones de 1829 - 30, explica mejor que nada la índole sencilla y primitiva del Uruguay criollo: (3).

Importaciones: tejidos de algodón $ 539.053; vino carlón $ 253.103; azúcar: $ 151.474.

Exportaciones 294.754 cueros; 101.474 quintales de tasajo.

Ni un instrumento, ni herramienta, ni materia prima, en lo que se compraba. Lo más rudimentario de la producción ganadera, en lo que se vendía. Una sociedad simple al servicio de la expansión capitalista pre-imperialista. Un resorte lejano y burdo de la acumulación primitiva europea.

Los gobiernos, mientras tanto, seguían dilapidando la tierra pública. En 1835, todavía, se distribuían del siguiente modo las 5.610 leguas (4) cuadradas que se calculaban al territorio nacional: fisco: 3.890; particulares: 1.720.

Pero las imperiosas necesidades planteadas por las continuas guerras civiles, los despilfarros administrativos, los negociados culpables, llevaron a los gobiernos a vender sin descanso —muchas veces a precios irrisorios— el patrimonio fiscal. Hablando del régimen de Pereira —unos 20 años más tarde— dice el Dr. Eduardo Acevedo: "Había ido desapareciendo rápidamente la tierra pública bajo la triple presión de las leyes de la Asamblea, de las prodigalidades de los gobiernos y de los abusos de los particulares" (5).

Las clases poseedoras daban forma al hecho sustancial de nuestro desequilibrio histórico: la concentración de la tierra en pocas manos. En este panorama, y como consecuencia del aumento gradual en la presión económica que venía de fuera, surgieron retoños de cuño capitalista. Se fundaron algunas manufacturas, se mejoró la ganadería importando animales finos, se puso cierto orden en la tenencia de la tierra. Pero eran brotes solitarios y dispersos, sin cohesión ni fuerza para alterar la fisonomía ya descripta. Su condensación en un movimiento potente y dinámico, se va a producir más tarde; con el impacto imperialista y la dictadura de Latorre.

Este era el Uruguay criollo. Un saldo del desmembramiento de las Provincias Unidas y de la siega de las primicias manufactureras autóctonas en las provincias interiores del ex-Virreinato. Ambas cosas fueron exigencias de la City.

IV

LA CRISIS DE 1873 Y EL ORIGEN DEL CAPITALISMO EN EL RIO DE LA PLATA

Los economistas dividen las alternativas cíclicas del capitalismo en ondas cortas y largas Estas últimas abarcan extensos períodos en que la característica dominante es el malestar o bienestar económico y donde se inscriben las ondas cortas de auges y depresiones más breves. En las épocas de bienestar —en términos generales— las depresiones son de corta duración y la recuperación es fácil y rápida. En las de malestar, las depresiones son largas y la recuperación penosa y prolongada. Detrás de todo ello opera la ley marxista de la tendencia decreciente en los índices de ganancias. En los períodos de bienestar, dicha tendencia es lenta y fácilmente rcuperable. En las de malestar, por el contrario, es vertiginosa y muy difícil de contener. (6).

(3) Eduardo Acevedo - "Manual de Historia uruguaya".
(4) Eduardo Acevedo - "Manuel de historia uruguaya".
(5) Eduardo Acevedo - "Historia del Uruguay" - tomo IV.
(6) Alvin H. Hansen. "Política fiscal y ciclo económico".

El mundo capitalista conoce las siguientes ondas largas:

bienestar	malestar
1787 - 1815	1815 - 1843
1843 - 1873	1873 - 1897
1897 - 1920	1920 - ?

En el complejo de causas que mueven la ley de la "tendencia decreciente" para extensos lapsos, se destaca como eje medular —según Joseph A. Schumpeter (7)— el surgimiento de las innovaciones técnicas fundamentales.

En el fondo del auge 1787 - 1815 alienta la propia revolución industrial con todas sus implicancias. La larga crisis 1815 - 1845 es el efecto de los desajustes e inadaptaciones provocadas por aquélla, luego que hubo dominado el proceso económico europeo. La onda larga de bienestar 1843 - 1873, es el resultado de una de las invenciones más revolucionarias en la historia del capitalismo: los ferrocarriles.

Dice Alim H. Hansen (8) a este respecto: "Sin duda alguna, el desarrollo del ferrocarril proporcionó grandes salidas a las inversiones reales (industrias, construcciones, caminos, líneas férreas, etc.), en el mundo occidental; y esto dió un impulso continuo a la economía e hizo que cada borbotón de inversiones provocado por el ciclo económico largo fuese más intenso y prolongado, y tendiese a contrarrestar las fuerzas depresivas".

En el último cuarto del siglo XIX, el crecimiento de la llamada "expansión ferroviaria" sufrió una bajante pronunciada y ello produjo el largo ciclo depresivo 1873-1897. De él se sale —de acuerdo a Schumpeter— merced a la aparición de otra formidable innovación técnica: la industria eléctrica. Pero el período que, por ahora, interesa vivamente a nuestro propósito, es el comprendido, justamente, entre 1873 y 1897.

En él se gesta el capitalismo nacional en el Río de la Plata.

En 1873 estalló una aguda crisis, a la que Lenin (9) atribuye gran importancia. Es, en efecto, el hito que separa (aproximadamente) la etapa competitiva del capitalismo, de su etapa monopolista e imperialista. Los carteles y monopolios, las asociaciones del capital financiero en un plano internacional, se multiplican y perfeccionan como remedios heroicos a la tremenda depresión del 73.

Entonces se acelera la penetración ferroviaria en las colonias y semi colonias, tratando de reproducir el auge que aquélla había provocado en las metrópolis. Las líneas férreas son las columnas vertebrales de la deformación económica que el imperialismo impone a los países dependientes. Se trazan de acuerdo al interés de los grandes consorcios. Llevan sus manufacturas a los más lejanos rincones y succionan las materias primas requeridas en sus fábricas, condenando al atraso y la miseria extensas zonas que suelen ser vitales para el desenvolvimiento de los países sometidos. Otra de las salidas a la vertical caída de 1873, que se ensaya en amplia escala, es la exportación de capital bajo la forma de empréstitos, servicios públicos, bancos, etc.

Ya, en la década 1860 - 70, el abaratamiento del acero y el desarrollo de la navegación transoceánica a vapor, dieron el primer empujón a la expansión ferroviaria ultramarina y a la exportación de capitales. Pero, es a partir de la crisis del 73, que ambas alcanzan un carácter masivo y de enorme volumen. Este hecho tiene una significación indudable para nosotros. La penetración ferroviaria y la exportación de capitales son factores determinantes esenciales en la génesis capitalista de los territorios dependientes. Implica, en ellos, la primera acumulación capitalista y la reestructuración del mercado, que preceden a la fundación de las industrias nativas y al surgimiento de la burguesía autóctona.

Dice Lenin: "La exportación del capital influye sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquel es invertido, acelerándolo extraordinariamente" (10).

(7) Joseph A. Schumpeter. "Capitalismo, socialismo y democracia".
(8) Alvin H. Hansen. "Política fiscal y ciclo económico".
(9) Lenin. "El imperialismo, fase superior del capitalismo".
(10 Lenin. "El imperialismo, fase superior del capitalismo".

Por último, el crack de 1873 motiva u npronunciado y circunstancial descenso de las importaciones europeas en el Río de la Plata. Este factor, aunado a los anteriores mencionados, impulsa vigorosamente la empresa de la industrialización propia en estos países. Es en las quiebras de la curva capitalista donde se insertan los incipientes movimientos industrialistas en las naciones atrasadas. Aprovechando tal coyuntura, se insinúa un balbuceo de proteccionismo aduanero, de primas a los empresarios nacionales, etc. Ese es el origen de nuestra ley proteccionista de 1875; cuyas repercusiones en el proceso capitalista del Uruguay son imposibles de exagerar. Lenin, al referirse a este período, expresa: "Donde más rápidamente crece el capitalismo es en las colonias y en los países transoceánicos. Entre ellos aparecen nuevas potencias imperialistas (Japón)" (11).

La onda larga 1873 - 1897 es, pues, el origen del capitalismo rioplatense. Su proyección histórica, en estas tierras, está constituida por el agitado proceso de su génesis y consolidación.

El impacto imperialista provoca, como réplica, el nacimiento de un nuevo complejo histórico que entra en inconciliable conflicto con la vieja y desaliñada modalidad criolla. El Uruguay capitalista y el Uruguay criollo serán, desde entonces, los exclusivos protagonistas de un diálogo aún no finiquitado y caracterizado, como veremos, por un desequilibrio permanente y medular.

Es, utilizando las categorías toynbeeanas, el tercer juego de reto y respuesta en nuestra evolución. El primero se estructura en torno al descubrimiento y la colonia; el segundo, en los ejes de la expansión británica pre-imperialista y la revolución de Mayo.

V

LA DICTADURA DEL CORONEL LORENZO LATORRE

En 1873 y 1874, desvastadoras sequías asolaron la campaña oriental. La mortandad de vacunos llegó a dos millones y medio de cabezas; la de ovinos a seis millones y la de equinos a cien mil. Las cosechas de maíz y trigo se perdieron casi totalmente con un costo de $ 1.500.000 (12).

En esta catástrofe se insertó el golpe de la crisis mundial del 73, que caló muy hondo en el organismo económico - social de la nación. El ápice de su curva corresponde al año 1874. Las importaciones cayeron de $ 16.830.678 en 1868 a $ 12.431.408 en 1875. A pesar de ello el balance comercial fué desfavorable en $ 16.500.000 para el quinquenio 1869 - 1874 (13).

Gobernaba al país el presidente Dr. José Ellauri. Candidato de transacción para el grupo caudillista del coloradismo; no contaba con el entusiasmo de éste y enfrentaba la oposición decidida del principismo en su conjunto.

Después de la guerra civil del 70, la lucha entre los sectores popular - caudillista y principista de los grandes partidos, conoció su época más áspera e intensa. Se fundó el Partido Radical y se definieron con programas liberales los grupos principistas del tradicionalismo.

En las elecciones de 1873, los principistas, mediante el arbitrio de las listas mixtas, llevaron al parlamento varios calificados representantes. Se constituyeron, así, las famosas "cámaras bizantinas del 73". En ellas el principismo se enzarzó en eternas disputas sobre los derechos del ciudadano o las garantías constitucionales y descuidó, hasta el olvido total, los problemas económicos y sociales del país.

En la sesión del 9 de mayo de 1873, el principista José P. Ramírez definía insuperablemente la brillante esterilidad del cuerpo a que pertenecía: "Los que se jactan, señor Presidente, de ser positivistas, los hombres prácticos han de escandalizarse de que la Cámara a que pertenezco, pierda un tiempo precioso en dictar leyes sobre la responsa-

(11) Lenin. El imperialismo, fase superior del capitalismo".
(12) Eduardo Acevedo. "Anales históricos del Uruguay" - tomo IV.
(13) Eduardo Acevedo. "Anales históricos del Uruguay" - tomo IV.

bilidad civil de los funcionarios públicos, sobre las garantías individuales con que la Constitución ha querido rodear la libertad y el honor de los ciudadanos, en vez de autorizar la creación de nuevas líneas férreas, de decretar puentes, improvisar colonias..." (14).

Pero las llamadas "fuerzas vivas", el alto comercio importador, los poderosos estancieros que vislumbraban un negocio promisor ante los primeros requerimientos del mercado inglés, esperaban otra cosa del gobierno; muy distinta, por cierto, de las preocupaciones que absorbían al Poder Legislativo. Ya había en el país una incipiente acumulación capitalista. Las grandes ganancias producidas con el aprovisionamiento de los ejércitos aliados que destruían al Paraguay, entre otros negocios, la han estimulad.o Los dueños del capital pensaban en instalar industrias, en agrandar sus mercados, etc., pero el caos económico y la inseguridad política impedían toda expansión. Los compradores ingleses mostraban el señuelo de precios altos para el cuero y la carne, en cuanto ciertas providencias pusiéran a la estancia cimarrona en condición de meiorar su rendimiento y su producción. Pero una campaña anarquizada por el caudillaje indómito, infectada de matreros y bandas de forajidos, donde el trabajo era una riesgosa aventura, frenaba toda posibilidad. El país no tenía unidad política. La autoridad se dispersaba en un sinnúmero de señores de horca y cuchillo, ingobernables y levantiscos, que dominaban personalmente cada pago. Tampoco, y por las mismas causas, el mercado interno poseía la unidad necesaria y el control imprescindible para una, aunque fuera incipiente, economía capitalista. Los inversores británicos carecían de seguridades y desconfiaban profundamente de los gobiernos débiles e inestables.

Los parlamentarios del 73 profesaban un liberalismo absurdo, una desconfianza trasnochada ante el poder de un Estado que, prácticamente, no tenía existencia. Un "Estado fantasma", dice Pivel Devoto (15). En virtud de tales ideas se negaban a auspiciar toda intervención del poder público en favor de la producción y del comercio. También, por el mismo motivo, atacaban despiadadamente al presidente Ellauri, debilitando su autoridad sin respaldo y sin, siquiera, voluntad de mando en quien la ejercía. La distancia y el recelo que separaba a las clases populares del principismo, era aun más hondos. Un factor irracional de enorme significación en el país, operaba en este caso.

La "intelligentzia" montevideana profesaba, por entonces, el culto exclusivo y soberbio de un racionalismo apliorístico cuya traducción, en el plano moral y político, era el principiosmo intransigente y ciego que invalidó indudables virtudes del grupo universitario. Réplica fiel y rezagada del pensamiento francés, tenía su centro vivo de difusión en la cátedra de filosofía regenteada por el venerable Plácido Ellauri.

Sus convicciones acerca del papel absoluto de la razón a priori en la elaboración del conocimiento y la consiguiente tendencia a alejarse de los hechos y la experiencia, les impidieron, sin remedio, penetrar la entraña de un proceso que los desbordaba y que no atinaron más que a injuriar con vehemencia. A este respecto, expresa el Dr. Arturo Ardao: "Desde otro punto de vista, lo que en el orden político se llamó el "principismo", constituyó, más que una escuela, un temperamento, fundado en la afirmación dogmática del liberalismo constitucionalista y en la rigidez absoluta de la moral cívica, sobre un fundamento espiritualista" (16). Esto en el plano objetivo de las formulaciones doctrinarias. Pero en ese "temperamento" —como lo denomina Ardao— alientan recónditos contenidos —subconcientes, si se quiere— que gravitaban pesadamente en el divorcio de la elite intelectual con las masas y los caudillos. Había allí, inocultable desprecio por las "chusmas" y los "gauchos rotosos". Desdén por el mestizo y el negro y un acusado sentimiento de superioridad aristocratizante. El pueblo pobre compuesto de peones, agregados, gauchos alzados, desclasados de los suburbios, sirvientes, lavanderas, etc., no necesitaban de ordenamientos jurídicos, ni se conmovían ante las violaciones del derecho. Sus necesidades eran primarias y elementales, tangentes a la vida palpitante y cruda. Expresaban la línea "candombera", instintiva, personalista y

(14) Citado por J. E. Pivel Devoto y A. R. de Pivel Devoto en "Historia de la República Oriental del Uruguay".
(15) J. Jivel Devoto y A. R. de Pivel Devoto. "Historia de la Rep. Oriental del Uruguay".
(16) Arturo Ardao. "Espiritualismo y positivismo en el Uruguay".

miserable de nuestra historia. En oposición a lo que José Luis Romero llama la "línea de la democracia doctrinaria" (17), que entre nosotros se manifestaba en el principismo.

Entre ambos sectores ha existido en el Río de la Plata, generalmente, un abismo de incomprensión y resentimiento. Su ahondamiento o su acercamiento, constituyen un juego funcional de la evolución histórica. Rige en el régimen rosista, en la actuación de la generación echevarriana, en la dictadura de Latorre, en el Batllismo, etc.

La perspectiva política del 73, pues, se puede resumir como sigue: poder ejecutivo vacilante y débil; cámaras dramáticamente incapaces de resolver los graves problemas de la hora y profundamente divorciadas de las masas; ejército de línea muy acrecido en importancia y con visible entidad política; impaciencia de los ricos ante un gobierno estéril; disgusto del imperialismo inglés por lo precario e intestable de la autoridad; descontento y resentimiento del pueblo defraudado en sus necesidades y despreciado por la elite.

La crisis coloreó de negro y rojo tinto este perfil, afilando sus aristas y llevando a una temperatura explosiva toda la disconformidad e impaciencia que anidaban en su entraña.

El motín del 10 de enero de 1875 derrumbó el régimen de Ellauri y abrió el camino del poder al Jefe del Primero de Cazadores, coronel Lorenzo Latorre. Ese fué un año, además, de miseria y de fiebre amarilla. La crónica lo registra como el "año terrible".

Latorre hechó los cimientos del Uruguay capitalista. Fué el organizador violento de sus bases físicas. Su dictadura, sanguinaria y bárbara, forjó la unidad política y económica del territorio nacional. Los asesinatos del comandante Lucas Bergara y sus hombres, del caudillo nacionalista Marino, del Comandante Frenedoso, del coronel Coronado (18), etc., son cuentas de un interminable rosario de sangre. El Taller de Adoquines y las "desapariciones misteriosas", completaron las formas de un procedimiento drástico y de resultados evidentes. A ello se agregó la persecución y exterminio implacables de los matreros y caudillos de bandas de salteadores. "El Chingolo", "El Clinudo", "El Charqueado", etc., son apodos de otro largo rimero de muertes. De esta manera se consolidaba la propiedad territorial que, gracias a las nuevas exigencias del mercado exterior, se iría valorizando día a día. Los hacendados poseídos del nuevo sentido económico que prometían los tiempos; que de la estancia, estimaban mucho más sus posibilidades comerciales que sus elementos emotivos y tradicionales, fueron los grandes beneficiarios de la dictadura.

Don Domingo Ordoñana, dirigente de la Sociedad Rural (fundada en la época), expresaba así la gratitud de los hacendados: "Va siendo habitable la campaña, lo que significa decir que se van resolviendo para ella los problemas de seguridad en la vida y en la sociedad. Es grande la confianza que va inspirándonos la Administración del coronel Latorre, porque encontramos en ella condiciones de aptitud con arreglo a las necesidades modernas, porque los trabajadores de los campos no vivimos tanto de reformas y ardientes libertades patrióticas cuanto de libertad y reformas administrativas que dejen en paz y sosiego al trabajo... Repetimos que la campaña es habitable, y es habitable porque han desaparecido aquellas falanges de ladrones organizados, aquellas turbas de encubridores de cueros robados y aquellas cuadrillas de compadritos que hacían difícil el trabajo metodizado" (19).

Estas palabras trasuntan el nuevo tipo de estanciero que surgía; en él, la condición de caudillo dejaba lugar a la de propietario. Ya la autoridad no sería personal, dispersa, sin sujeción al poder central, sino que se iría asentando, cada vez más, en un gobierno fuerte sostenido por el ejército de línea. Las policías y los cuarteles iban creando, en el campo, la situación de tranquilidad y seguridad necesarias para que la estancia cimarrona iniciara su transformación.

"La campaña es habitable para la gente de sable", decía sardónicamente "El negro Timoteo" (20).

(17) José L. Romero. "Las ideas políticas en la Argentina".
(18) L. Bengoa "El dictador Latorre".
(19) E. de Salteráin Herrera. "Latorre - La unidad nacional".
(20) Citado por E. Acevedo en "Anales históricos del Uruguay" - tomo IV.

El Jefe Político de Salto arrestó un hombre que había carneado una vaca ajena y luego lo liberó al enterarse de que el motivo de su delito era alimentar una familia hambrienta. Latorre mandó prenderlo de nuevo, porque —decía en su orden— "ante todo quería que fuera efectivo el respeto a la propiedad" (21). Una actitud y una frase que desnudan los tuétanos de su gobierno.

Se dictó una ley de vagos que, con el procedimiento de la remonta de levas, llevó a los cuarteles a muchos de los desplazados por elalambramiento de las estancias y que, sin ocupación, deambulaban su miseria por la campaña "habitable" o, pululaban en los boliches y prostíbulos del bajo.

Hemos citado otro factor de extraordindaria importancia en la consolidación de la propiedad privada de la tierra: el alambrado.

En 1873 se importaron 1.847.951 kilos de alambre para cerco, en 1880 (cuando Latorre abandonaba el gobierno), ya se importaban 10.290.295 kilos (22).

La tradicional libertad geográfica, ancha y abierta de los campos orientales —tan profundamente enraizada en los modos de vida del gauchaje— empezaba a morir.

Estas modificaciones, sustanciales y significativas, en la estructura económico-social del país, eran el efecto de crecientes exigencias del capitalismo británico que requería —dinamizado por la crissi— más y mejores cueros y carnes y necesitaba más y más permeables mercados para sus industrias. Al asumir Latorre el poder, las relaciones con Inglaterra estaban interrumpidas desde 1871. Las causas no eran, como es lógico, discrepancias de orden espiritual. El Estado no podía hacer frente a los compromisos contraídos con los inversores británicos. A la empresa del Ferrocarril Central se le adeudaban, por concepto de garantías, $ 1.025.938. No se cumplía con las amortizaciones ni los intereses de la deuda exterior. El Estado oriental era insolvente y nada es tan mal visto en la City. Al imperialismo le convienen los gobiernos fuertes, capaces de unificar el mercado de sus países y garantizar debidamente las inversiones y obligaciones extranjeras. La teoría fué insuperablemente expuesta por el Ministro británico al ranudarse las relaciones diplomáticas por iniciativa del dictador:

"El país que Vuestra Excelencia tiene la alta misión de presidir, excede en extensión a Inglaterra y Gales, y es considerablemente mayor que los tres reinos de Portugal, Grecia y Bélgica reunidos. El conjunto de los ricos y fértiles países que acabo de nombrar excede de 33.500.000 de habitantes, mientras que la República Oriental, apenas alcanza a medio millón. La población es evidentemente la suprema necesidad de esta República. Para traer inmigración y lo que no deja de ser menos preciso también, el capital superabundante en los países más ricos, dos cosas esenciales son precisas: la certidumbre del fiel cumplimiento de los contratos que se establezcan y la perspectiva de una completa seguridad en la vida y propiedad, junto con la confianza en la estabilidad de los poderes gubernativos" (23).

Latorre aprendió muy bien la cartilla imperialista. Pagó a la empresa ferrocarrilera en títulos de deuda pública, la eximió de derechos de aduana para sus materiales, máquinas, repuestos, etc., se comprometió a pagarle, en lugar de garantía, $ 250.000 anuales durante un decenio, le cedió cinco mil acciones compradas por el Estado para suscribir el capital inicial y se estableció que el gobierno no podía interferir en sus tarifas, mientras las utilidades no pasaran del 10 o|o (24). (La habitual contabilidad doble de estas empresas, hace inútil el tope impuesto a sus beneficios). Además, regularizó el servicio de la deuda exterior. En esta forma la penetración imperialista comenzó a fluir cómodamente por los carriles de la dictadura. Los primeros balbuceos de participación nacional en las líneas férreas quedaron postergados indefinidamente y el ferrocarril extranjero se convierte, de acuerdo a las premisas del capital financiero, en las ataduras de hierro que unirían nuestra economía al imperialismo. Desde la inauguración del primer camino de acero entre Montevideo y Las Piedras (20 kilómetros) en 1868, los rieles buscarían sin descanso, en las más remotas regiones productoras, las materias primas y los alimentos que barcos con la Unión Jack flameando en sus mástiles, esperarían en el puerto montevideano. Desde entonces, por la vía del empréstito o de las inversiones

(21) Citado por E. Acevedo en "Anales históricos del Uruguay" - tomo IV.
(22) Citado por E. Acevedo en "Anales históricos del Uruguay" - tomo IV.
(23) Citado por Juan L. Bengoa "El Dictador Latorre".
(24) Francisco R. Pintos. "Batlle y el proceso histórico del Uruguay".

en servicios públicos, etc., los capitales británicos no cesarían de llegar a nuestras costas, hasta el primer cuarto del siglo XX.

Otras medidas se sumaron a las enunciadas, para completar el alumbramiento del Uruguay capitalista. En 1877 se creó la Oficina de Registro de Marcas y Señales para el ganado, haciéndose obligatorio el sistema de numeración progresiva. La corriente inmigratoria experimentó un apreciable aumento, a pesar de que hasta 1890 seguiría bajo el control de la iniciativa privada.

El rico comercio importador de la capital fué otro de los grandes beneficiarios del régimen latorrista. Unos 2.000 mercachifles andaban por la campaña llevando sus mercaderías a las mismas estancias. Este tipo de comercio perjudicaba, notoriamente, a las grandes casas montevideanas. Durante la administración Ellauri se elevaron inútiles quejas sobre el punto; la "libertad económica" impedía intervenir al poder público en el asunto. Con Latorre las cosas variaron radicalmente. La patente de los mercachifles fué elevada de $ 80 a $ 600 y muchos de ellos desaparecieron "misteriosamente". Además, se reajustó el presupuesto y se decretó el cese del curso forzoso de la moneda; disposiciones que amparaban los intereses de los comerciantes poderosos.

Algunos de ellos ya habían acumulado importantes capitales. Tampoco les faltaba audacia y deseos de invertir lucrativamente sus ganancias. La posibilidad de una industria nacional estaba casi virgen y prometía positivos beneficios, pero el caos político, la inseguridad social, la ausencia de control y orden en el mercado interno, frenaba tales inquietudes. El descenso de las importaciones europeas provocado por la crisis y el aumento de garantías que insinuaba el nuevo régimen, impulsaron decisivamente la empresa y en octubre de 1875 —cuando todavía Latorre gobernaba desde la trastienda cuartelera— se sanciona la primera ley proteccionista. Fisura inicial en la tradicional e inmutable política libre - cambista que había regido nuestra economía desde la independencia. Su inspirador fué el Ministro Andrés Lamas; quien, por sus trabajos e iniciativas, tiene jerarquía de auténtico teórico de la naciente burguesía En esencia consistió en eximir de derechos aduaneros la importación de arados, aparatos, útiles, máquinas, corteza y polvo para curtir, lúpulo para cerveza, bejuco para esterillas, estaño, hojalata, azogue, etc.; recargo de un 10 por ciento a la importación de artículos de hojalatería, herrería, broncería, arreos, sombreros, etc.; y un 20 por ciento si se trataba de ladrillos, baúles, calzado, cigarros, cerveza, escobas, etc. (25)

Sus consecuencias fueron de una significación imposible de exagerar.

No podemos abandonar el estudio de la dictadura del coronel Latorre, sin referirnos —aunque muy sucintamente— a la transformación ideológica acaecida entonces. La profunda metamorfosis de la infra - estructura económico - social, aparejó, como no podía dejar de ocurrir, una substancial renovación de las ideas dominantes. El vetusto y desarraigado espiritualismo racionalista, signo idedológico de las élites universitarias, fué bruscamente sustituido por una avasalladora influencia positivista.

El espiritualismo era una doctrina postiza en el Uruguay criollo. Primitivo, paternalista, semi-feudal, sus superestructuras mentales eran más de índole emotiva que racional. En rigor, el país criollo nunca tuvo "su" ideología. En cambio, la tuvo el Uruguay capitalista que, junto con sus fundamentos materiales, la importó de Europa. Primero fué el positivismo evolucionista, inspirado en Spencer e introducido por Angel Floro Costa y José Pedro Varela (26). Luego el krausismo profesado por José Batlle y Ordóñez. El enfoque positivista de la realidad nacional, habría de tener consecuencias insospechadas. Podemos resumirlo así: "Las sociedades tienen que sufrir una evolución necesaria que nadie puede alterar. Es inútil, entonces, oponerse al despotismo del sable y del caudillo ignorante. Por el contrario, hay que colaborar paraque el proceso siga su curso natural hacia formas superiores de convivencia". Esto no era entregamiento, sino una actitud consciente para acelerar la superación de las trágicas etapas anárquicta y dictatorial. José P. Varela fué consecuente con este modo de pensar, cuando planeó la reforma escolar en pleno auge del militarismo. De esta manera el capitalismo en gestación lograba el adiestramiento intelectual y técnico necesarios para los nuevos modos de producción. Parecidas raíces tiene la implantación del Registro Civil en un régimen de inocultables influencias confesionales.

En 1880 —Latorre dejaba el poder— el positivismo se consagraba como doctrina oficial, al asumir el rectorado de la Universidad el Dr. Alfredo Vázquez Acevedo.

(25) Eduardo Acevedo. "Anales históricos del Uruguay" - tomo III.
(26) Dr. Arturo Ardao. "Espiritualismo y positivismo en el Uruguay".

VI

LA CONSOLIDACION DEL URUGUAY CAPITALISTA

Lo dicho, fué sólo el comienzo. El perfil del país capitalista adquirió progresiva nitidez en los años que van desde la dictadura de Latorre a la primera presidencia de José Batlle. En la entraña del viejo Uruguay criollo, destrozando sus fundamentos y su estilo, se gestaba una nueva sociedad. Primero, inadvertidamente; luego con inquietantes escozores y, por fin, provocando la desesperada y violenta réplica de los levantamientos saravistas. El organismo añoso, caduco, defendía su vida contra el tumor que el imperialismo le había inyectado. La larga coyuntura depresiva movilizaba activamente la penetración ferroviaria, el alambramiento de los campos; en una palabra, todos los términos de la nueva sociedad. El pronóstico parecía fatal. Sin embargo, como veremos, un reducto nuclear de la arcaica modalidad resistiría con asombrosa vitalidad.

En 1884 "The Economist" fijaba las inversiones británicas en el Uruguay en 3.500.000 libras para Fondos de Gobierno y 3.000.000 para ferrocarriles y otras empresas. (27)

En 1883 se había arreglado una unificación de deudas con Thomson Bonar y Cía. En 1887 se concertó una nueva operación con Baring Brothers. En 1891 ya habían 2.802 kilómetros de líneas férreas. Las inversiones en empresas tranviarias, seguros, telégrafos, etc., crecían sin cesar. El gran éxito alcanzado por la ley de 1875 en su propósito de fomentar la industria nacional, indujo a aprobar nuevas disposiciones similares en 1887 y 1888.

El éxito logrado por la experiencia Tellier, permitió la instalación de los primeros frigoríficos que se constituyen en un incentivo formidable para el mejoramiento y la modernización de la producción ganadera. También, se fundó la fábrica Liebig's en Fray Bentos. Ambos frigoríficos y fábrica Liebig's, compensan con creces la decadencia del saladero, provocada por la abolición de la esclavitud en Brasil y la independencia de Cuba.

La especulación y los negociados escandalosos tomaron su ubicación en la acumulación primitiva del capitalismo nacional. Como ejemplo de la primera sobresale la fiebre bursátil que precedió a la crisis de 1890 y de los segundos, el "affaire" planteado con la contratación de los servicios de la casa Cutbill son and Delungo —en la época del General Santos— para construir el puerto de Montevideo.

Las exigencias del mercado exterior y la industria frigorífica impulsaron incontenib]emente la transformación de la estancia cimarrona y el mejoramiento de los ganados. La agricultura progresó paralelamente; entre 1875 y 1880 se exportaron 2.500.00 kilos de trigo y, entre 1891 y 1895, 217.000.000.

Las cifras del intercambio comercial demuestran, en su fría elocuencia, el crecimiento vertiginoso del Uruguay capitalista. En 1875 las cifras totales fueron de $ 25.125.018; en 1899, $ 62.254.452. El valor de las tierras y los ganados subieron verticalmente.

En 1890 se inaugura la segunda etapa en la evolución de la política inmigratoria, con la ingerencia del Estado en su fomento y desarrollo. Los resultados no se hicieron esperar. En 1860 vivían en el país 221.243 habitantes, de los cuales 18.337 eran españoles y 10.055 italianos. En 1900 habían 936.120 y, según cálculos algo posteriores, 62.357 de ellos eran italianos, 54.885 españoles y 8.341 franceses.

Al mismo tiempo, las policías y el alambrado, como fuerzas compulsivas, y la incipiente industrialización montevideana, como fuerza atractiva, empezaban a despoblar la campaña en beneficio de la capital. En 1830 la población de Montevideo era el 18 por ciento del total; en 1900 alcanzaba al 26 por ciento. Diría Exequiel Martínez Estrada en su "Radiografía de la Pampa": "La ciudad fué creciendo en rivalidad con la República". La "bomba de succión" —de que habla Martínez Lamas (28)— ya estaba en funcionamiento. Se construyó el puerto de Montevideo y, luego del fracaso del Banco Nacional, se fundaron el Banco de la República y el Hipotecario. En enero de 1884 se crea la Dirección Nacional de Caminos. La transformación material, rápida y honda, repercutió sensiblemente en la estructura social del país. En el censo de 1908 se distribuía así la población activa (39 por ciento del total): agricultura 60.827, ganadería 47.637, comercio e industria 226.050, profesiones liberales 31.557, empleos 24.645, otras profesiones 21.800.

En Montevideo había 37.273 propietarios de bienes raíces y 98.889 en la campaña. Además, el censo agro-pecuario establecía la existencia de 18.602 establecimientos agrícolas, 19.745 ganaderos y 5.527

(27) Los datos incluídos en este capítulo se tomaron de "Anales históricos del Uruguay" de E. Acevedo y de "Economía política y finanzas" del mismo autor.
(28) Julio Martínez Lamas. "Riqueza y pobreza del Uruguay".

mixtos. Como la gran propiedad seguía manteniendo toda su vigencia, estas cifras indican la existencia de una apreciable cantidad de pequeñas propiedades. El mismo censo muestra un elevado porcentaje de medieros y arrendatarios. Vale decir, que una poderosa clase media y una incipiente clase obrera, habían surgido como actores de primer plano en la escena nacional.

A las bases materiales del Uruguay capitalista, correspondieron superestrutcuras jurídicas y políticas adecuadas. Se reglamentó el funcionamiento de los ministerios, se reorganizó la justicia, etc. Pero donde la obra fué verdaderamente importante, es en la Codificación. Al Código Civil (1869) y al Código de Comercio Nacional (1866), se agregaron: el Código Rural (1875), el Código de Instrucción Criminal (1878), el Código de Procedimiento Civil (1878), los Códigos Militar y de Minería (1884) y el Código Penal (1889). (29).

En 1885 se procedió a una reorganización substancial de las enseñanzas secundaria y universitaria, inspirada en el pensamiento positivista. La estructuración de lo que José Luis Romero llama la "República Organizada" (30), estaba cumplida.

Todo este proceso constituye la génesis del nuevo país de aluvión, que sería el Uruguay en el siglo XX. El camino hacia el concepto alberdiano de la "República posible", estaba señalado.

El Uruguay criollo tendría que hacerle sitio a la nueva modalidad, a pesar de su creciente resistencia. El desequilibrio de nuestro "desarrollo desigual" moderno, estaba naciendo.

VII

LA EXPRESION POLITICA DE LA BURGUESIA

Nuevas necesidades, nuevos intereses y una nueva mentalidad, se estaban forjando en el país capitalista. La inmigración no tenía ningún arraigo en las tradiciones vernáculas y las divisas no la conmovían. Su norte era el porvenir económico y el camino hacia él pasaba por ciertos hitos políticos insoslayables. Algunos inmigrantes —artesanos y obreros— denotaban claras influencias de las luchas sociales de Europa. La Comuna de París tuvo sus añoranzas en Montevideo. Una asociación de tipógrafos se fundó en tiempos de Latorre; desde entonces las huelgas, los gremios y las agitaciones sociales dejaron de ser hechos insólitos. Por su lado, los desplazados del campo que la industria fué absorbiendo lentamente, sintetizaban una condición contradictoria. Los valores gauchescos y la carga emotiva de las divisas mantenían, en general, una vigencia alerta en su personalidad. La inercia que caracteriza a los fenómenos afectivos profundamente enclavados en los meandros subconscientes del psiquismo, se daba agudamente en este caso. Pero junto a esos contenidos irracionales, una confusa conciencia de clase asomaba tímidamente. El desarrollo económico agrietaba el panorama social, abriendo, a veces, abismales contradicciones. Los industriales y pequeños comerciantes, contra el gran comercio de importación que no se había embanderado en la empresa industrialista y ciertos intereses financieros. Los pequeños propietarios, agricultores, medieros y arrendatarios, contra la gran propiedad latifundista. Empleados y obreros, contra sus patrones. La lucha de clases no respetaba los cintillos. Además, en las orillas de las ciudades y como consecuencia de que la industrialización no podía, ni mucho menos, asimilar a todos los emigrados del campo, se fué congregando un turbio mundo de desclasados, rameras, compadritos y jugadores. La transformación económica produjo un replanteo social y éste exigía la renovación impostergable de las formas políticas. De a poco, las fuerzas sociales se polarizaban en torno a dos grupos que iban asumiendo los principales roles protagónicos de la historia nacional. Por un lado, el rico comercio de importación y los terratenientes soldaban sus intereses en un grupo dominante; una oligarquía. Por otro, las clases populares —media y obrera—, aunque no integralmente solidarias entre sí, despuntaban los balbuceos de un frente común contra aquélla.

Las dictaduras militares fueron el instrumento político de la oligarquía, compuesta por blancos y colorados. Sin embargo, el tradicional apego del coloradismo a la ciudad —ya explicado—, lo había consubstanciado con el ejército de línea. Por eso, el milita-

(29) J. E. Pivel Devoto y A. R. de Pivel Devoto. "Historia de la R. O. del Uruguay".
(30) J. L. Romero. "Las ideas políticas en la Argentina".

rismo se desenvolvió en los marcos de la divisa colorada, aunque prominentes blancos lo apoyaron.

Cuando la herramienta cuartelera cumplió su misión de hacer "habitable" la campaña y atraer el capital extranjero; cuando el ritmo de los negocios comenzó a discurrir por carriles más seguros; la oligarquía empezó a sentir las espuelas autoritarias y dispendiosas en sus espaldas. Los "milicos" ensoberbecidos y con aires de autarcas asiáticos —estilo Máximo Santos—, no resultaban tan manejables como convenía. La misma evolución económica requería que fuera la propia oligarquía quien, sin personeros, tomara el poder en sus manos. Entonces se inicia la lucha contra las dictaduras ilitares. En ella, acompañan al grupo oligárquico, el principismo y considerables sectores de las clases medias. Las divisas no cuentan en este dispositivo de batalla. Es aquí, donde se inserta el debut del joven José Balle y Ordóñez en el escenario político nacional.

Miembro de una familia oligarca pudo, en 1880, emprender un viaje a Europa, donde despertó a la realidad social de la época. A su regreso se alista en la lucha contra el santismo. Participa en la revolución del Quebracho y, junto con el Dr. Julio Herrera y Obres, se embarca en la tarea de reorganizar el Partido Colorado.

Después de pertenecer a "La Razón" —donde recibió la influencia imborrable de Prudencio Vázquez y Vega—, fundó "El Día" en julio de 18886 Desde las columnas del mismo —primer diario popular del Uruguay—, apoyó el régimen de transición del General Máximo Tajes y, luego, sostuvo con ardor la candidatura presidencial de quien inaugurara lo que los historiadores llaman el período civilista, su camarada en los afanes de reorganizar el P. Colorado, el Dr. Julio Herrera y Obes. Con el gobierno de este último. la oligarquía logra el poder por sí misma y la política comienza a orientarse según sus deseos. Entonces, es que se produce la ruptura de Batlle con ella.

La causa esencial de esa ruptura —de una significativa trascendencia en la historia nacional— es la crisis de 1890. La afluencia ininterrumpida de capitales extranjeros, la especulación desenfrenada consiguiente y el crack capitalista europeo del mismo año. provocaron la aguda depresión que llevó a la quiebra a varias firmas bancarias y al propio Banco Nacional. La crisis puso al desnudo las contradicciones sociales ya bosquejadas. Las clases populares, la pequeña burguesía y los pequeños propietarios rurales, sufrieron el peor golpe de la depresión y sus antagonismos con la oligarquía se vislumbraron bajo una nueva y más intensa luz. José Batlle vió, con diáfano criterio, la necesidad de organizarlas y darles su propia expresión política.

Enjuiciando el régimen de Herrera, decía desde las páginas de "El Día": "Si se examinan los rasgos culminantes de toda la conducta de los Poderes Públicos y de toda la propaganda orista, se verá claramente que los verdaderos intereses nacionales nunca se han tenido en cuenta; se verá que han sido sacrificados a los intereses de lo que aquí llaman "alto comercio", o sea, los intereses de un grupo de dependientes y factores de fábricas extranjeras cuyos productos introducen". (31)

Su campaña contra el "patriciado" fué tumultuosa y enérgica. Empezaba la lucha por la democracia. Criticó duramente a los "hobmres que, con la mirada fija en el pasado, se asustan al oír los primeros rumores y de sentir las primeras agitaciones de un pueblo que despierta..." (32) Y en una memorable asablea del teatro Politeama, dijo: "El Partido no habrá de organizarse bajo la tutela inconveniente y desdorosa de una Comisión Directiva de partido, que empezaría por no poder legitimar sus poderes. La Comisión Directiva debe ser la resultante de los miembros de un Partido; una C. Directiva —definitiva o provisoria— elegida lo más legalmente que se quiera, entre un grupo de ciudadanos que se congregan con el intento de organizar un partido, compréndese, sin ninguna clase de razonamientos, que no puede responder más que a la representación precaria de ese grupo, nunca a las vistas políticas de una mayoría ausente y que precisamente se busca poner en pie de organización y disciplina" (33). Su concepción del club seccional como célula partidaria, estaba en tránsito de alumbramiento. La política, por primera vez en la historia del país, dejaba los salones y los

(31) Citado por F. R. Pintos en "Batlle y el proceso del Uruguay".
(32) Citado por F. R. Pintos en "Batlle y el proceso histórico del Uruguay".
(33) Citado por F. R. Pintos en "Batlle y el proceso histórico del Uruguay".

cuarteles, para derramarse en la calle multitudinaria y ansiosa. Mientras tanto, el espiritualismo krausista superaba, en el terreno de las ideas, al positivismo evolucionista que explicara la colaboración de José Pedro Varela con Latorre. Entre nosotros, un libro, expresión de dicha corriente, habría de alcanzar una indiscutible significación como fuente informativa y formativa del pensamiento de Batlle: el "Curso de Derecho Natural" de Ahrens. A esta obra se refirió diciendo: "ella me ha servido de guía en mi vida pública" (34). El magisterio vivo de Prudencio Vázquez y Vega fué el otro factor preponderante en su formación doctrinaria. Estas son las raíces del Batllismo.

En la República Argentina ocurría, paralelamente, un proceso semejante. Las mismas causas —crisis del 90, nuevas fuerzas sociales, divorcio entre la oligarquía y las clases populares— daban lugar a un movimiento revolucionario que derrumbó el gobierno de Juárez Celman. Las mismas influencias krausistas proporcionaban la doctrina; la política también era llevada a la calle. Pronto se fundaría la Unión Cívica Radical. Allá, el hombre se llamaba Hipólito Irigoyen.

VIII

LOS DEFENSORES DEL VIEJO ESTILO

No se puede decir que el Uruguay criollo fuera un paraíso para las masas del campo oriental. La vida del peón o el agregado, era dura y difícil. Se trabajaba de sol a sol, se dormía en piso de tierra y, generalmente, había pocas pilchas para cubrirse del frío. Pero se vivía; y se vivía de acuerdo a las modalidades ariscas, agresivas y pasionales de una personalidad acuñada en la guerra o en la faena con el ganado cimarrón, vale decir, en el riesgo permanente. Las necesidades eran primarias, el vivir simple y fruitivo.

Los campos sin alambrados no oponían ningún freno a un sentido geográfico e irrestricto de la libertad; la libertad del jinete. La carne abundaba y su escaso valor la ponía al alcance de la mano. El trabajo en yerras y rodeos, era casi un adiestramiento deportivo para la pelea. Las guerras eran casi un oficio, en un pueblo que recién había depuesto las armas de sus luchas de independencia. Para el hombre asimilado al cuadro económico de la estancia, constituían un desahogo para la rutina del quehacer diario. Se iba a ellas con entusiasmo y regocijo. Para los matreros —se calcula que, por mucho tiempo, alcanzaban al tercio de la población campesina— eran la ocasión de legitimar con una bandera política, cualquiera fuese, el eterno pleito con las autoridades y de ejercer el pillaje a la luz del día. Todo ello dió carácter endémico a la disposición del gauchaje para alistarse en los levantamientos. Los contenidos feudales de la estancia cimarrona provocaban su aglutinación en torno al jefe regional y las crisis y sequías oficiaban de infalibles disparadores en tal mecanismo potencial. El caudillo otorgaba protección y norte. Pulpería, guitarra y china, no faltaban. Era, entre nosotros, el buen tiempo que añoraba Martín Fierro.

El impacto imperialista trajo los alambrados, la persecución policial en gran escala y alteró radicalmente este panorama. La valorización del ganado y la tierra, el negocio promisor de la estancia nueva, arrojaron a los caminos una multitud de peones y agregados innecesarios, puesto que ya no se mantenía a la hacienda en rodeos permanentes. Además, la demarcación precisa de las propiedades y el interés de poseer más tierra, que ahora rendía, planteó infinitas disputas entre los poderosos latifundistas y sus vecinos más modestos. Como es natural, éstos perdieron y, en cantidad muy numerosa, pasaron a engrosar la caravana de desocupados.

Al decaer la industria saladeril, muchos trabajadores corrieron igual suerte.

Los únicos que escaparon a tal destino, fueron aquellos que se incorporaron a la incipiente industria capitalina. Grupo, por entonces, muy poco numeroso.

Por otra parte, al matrero se le hizo imposible vivir. En estos hechos lejanos radica el origen de los pueblos de ratas y los cinturones de miseria que aprietan nuestras ciudades y pueblos del interior.

Marx señala que cuando el capitalismo transformó la explotación de la tierra de

(34) Citado por el Dr. A. Ardao en "Batlle y Ordoñez y el positivismo filosófico".

acuerdo a sus requerimientos, una muchedumbre de campesinos se vió sin trabajo y arrojada a los caminos. Se convirtieron en vagos y malhechores y una drástica legislación represiva cayó sobre ellos. Esto ocurrió en Europa, en los albores de la Edad Moderna. Más tarde el capitalismo se haría imperialista y extendería sus tentáculos por ultramar, con el fin de adaptar los modos de producción de las más distantes comarcas a sus intereses. Entonces ocurre un fenómeno, en más de un sentido, semejante a aquél.

Los caudillos - estancieros que no quisieron someterse al nuevo ritmo económico y pretendieron mantener enhiesto su apego al viejo estilo y su actitud levantisca, sufrieron el mismo violento rigor.

Un resentimiento potente, amargo, prieto de rabias, comenzó a empinarse entre las masas gauchas contra la civilización invasora. La condición marginal y humillada de su existencia, el rencor de su índole mestiza, su arraigado odio de perseguidos y despreciados, reverdecieron con vigor. Faltaba el caudillo prestigioso que hilvanara la miseria y la desesperación dispersas. Desde la muerte de Timoteo Aparicio, ninguno había alcanzado su talla. Pero en el departamento de Cerro Largo, allá por El Cordobés, vivía un patrón que no había abandonado el patriarcalismo protector. En sus campos, se cuenta, ardían decenas de vivacs para el que llegara. Las mentas de sus hazañas en la revolución ríograndense, no acababan de recorrer fogones y rejas. Era valiente, insuperable jinete, baqueano sagaz, lancero temible, sabía tratar con los doctores y los humildes; además, era blanco. Se llamaba Aparicio Saravia.

La crisis de 1890 agudizó tremendamente el descontento. Pertinaces sequías, que duraron más de tres años, asolaron la campaña. Los propios estancieros ricos y embarcados en la estancia - empresa, comenzaron a rumiar su desconformidad. El gobierno de Juan Idiarte Borda marca el climax de toda esta energía insurgente que se venía comprimiendo como un resorte de acero. Sus despilfarros, sus negocios escandalosos, su prepotencia, su divorcio de los intereses del campo, sus fraudes, intensificaron la resistencia y la extendieron al grupo de universitarios blancos que tenían en el Dr. Eduardo Acevedo Díaz a su más brillante figura.

En 1896 estalló la primera revolución. Fué una recorrida preparatoria, que sirvió para derramar el prestigio de Saravia por todo el ámbito nacional. Ese año lo siguieron unos mil hombres. Al año siguiente fueron más de seis mil. En 1904 sería media república. Era el levantamiento del país criollo, que defendía su viejo estilo contra el alambrado, los ferrocarriles, los milicos, en una palabra, contra el país capitalista. Los doctores, le dieron un programa político; decencia administrativa y libertades electorales. Pero la fuerza viva y substancial que movía a las montoneras, se resumía admirablemente en la divisa: "Aire libre y carne gorda". Detrás del programa político, alentaba el deseo oscuro, impreciso, instintivo, de un retorno anti - histórico al buen tiempo. El descontento popular de la capital y la rebelión blanca, minaron el régimen bordista. Avelino Arredondo mató al presidente de un balazo en la vía pública y la guerra civil terminó con un pacto: la paz del 18 de setiembre. Se convino en dar a Jefes Políticos blancos la administración de varios departamentos. El país criollo ganaba terreno temporalmente. Otra vez se quebraba la unidad política y económica del territorio nacional. Era como un estado dentro de otro.

Los soldados revolucionarios debían entregar sus armas, pero casi nadie lo hizo. Se preparaba el asalto final contra la modernidad intrusa. En los cuarteles de los departamentos blancos se adiestraron miles de reclutas. En uno de ellos, donde no había jefes aptos, se instaló a un caudillo de otro lado, dándole tierra y ganados.

Pero el enemigo era invencible y no podía ser desalojado. Su fuerza provenía del capitalismo internacional.

IX

1904

Al discutirse las candidaturas presidenciales para las elecciones de 1903, en las tertulias patricias de Montevideo se decía: "El triunfo de Batlle significa la guerra". Los miembros blancos —en su mayoría estancieros del nuevo tipo— de la oligarquía, aprovechaban el empuje inorgánico y ciego de las masas gauchas para intentar la conten-

ción de Batlle. A ellas las unía el vínculo emotivo de la divisa y bien que lo aprovechaban en su interés. Pero, naturalmente, la guerra era el último recurso de su estrategia. Antes de emplearlo, pusieron sobre el tapete la carta de un gobierno ejercido por un miembro colorado de la oligarquía. Ya en tiempos de Cuestas, los estancieros, comerciantes importadores y banqueros —sin distinción de divisas— se entendieron con perfecto acuerdo. Era cuando el país tenía dos gobiernos, uno en El Cordobés y otro en Montevideo. Esta tesitura política quiso reeditarse con las candidaturas conservadoras y oligarcas que se levantaron contra Batlle. Pero su prestigio ya era muy grande; muchos integrantes de la Asamblea General respondían a su liderazgo. Incluso, votarían por él algunos destacados principistas del nacionalismo, entre los que se encontraba el mismo Dr. Acevedo Díaz. Por ello, se les llamará, desde entonces, los "calepinos", aludiendo a un caballo de carreras argentino que ganó una carrera tramposamente.

Batlle acaudillaba la burguesía joven, progresista, emprendedora. Deseaba industrializar el país, unificarlo, instruirlo. Su triunfo era la intransigencia y la intransigencia era la guerra.

Fué electo presidente y la oligarquía, —expresada en este caso por sus componentes blancos, pero con la simpatía disimulada o no de los colorados—, jugó su carta decisiva.

Fué la más cruenta e importante de nuestras luchas civiles. Su interpretación debe ajustarse, según nuestro entender, a los criterios que Marx empleó para desentrañar el significado de la guerra de secesión de los EE. UU.

No es, simplemente, una lucha de personalidades, ni de proteccionistas y libre-cambista, ni de "extranjerizantes" y "'patriotas'. Es mucho más que eso. Se trata de dos modos de producción inconciliables, dos sistemas sociales que no pueden convivir, porque, para desarrollarse y subsistir, cada uno necesita destruir al otro.

Dice Marx en su obra —escrita en colaboración con Engels— "La guerra civil en los EE. UU.": "La actual contienda entre el Sur y el Norte, por consiguiente, no es otra cosa que una lucha entre dos sistemas sociales, entre el sistema de la esclavitud y el sistema del trabajo libre. La guerra ha estallado porque los dos sistemas ya no pueden coexistir pacíficamente en el continente norteamericano. Sólo puede terminar mdiante la victoria de uno u otro sistema'.

Lo mismo acaeció en el Uruguay. Dos modos de producción antagónicos, el capitalista y el semi-feudal basado en el latifundio, no podían coexistir si pretendían la implantación total de sus pautas.

Es verdad que algunos hechos enturbian, aparentemente, esta interpretación. La oligarquía fué la beneficiaria del régimen latorrista que inicia la destrucción del país criollo semi-feudal. Pero su interés en la transformación de aquél, llegaba hasta cierto punto. Quería un oden económico estable, un gobierno fuerte, la integración de la producción nacional en el complejo capitalista internacional. Pero estaba muy lejos de apoyar un proceso transformador que llevara al proteccionismo aduanero, en perjuicio del comercio importador y la compra, a buen precio, de los artículos extranjeros. Que condujera a convertir al pueblo en el primer actor de la escena política y a enfrentar a su gran aliado, el imperialismo británico. La oligarquía anhelaba una modificación a medias, que retuviera en sus manos el poder y, al mismo tiempo, desbrozara el país criollo del atraso y la anarquía que disminuían sus posibilidades económicas. Entre su concepción y la de Batlle había una diferencia substancial. Este quería el desarrollo de la sociedad capitalista dentro de fronteras. Pretendía eregir a las clases medias en los árbitros de la política, substituir el predominio de la economía pecuaria por el de la industrial, etc. La oligarquía pugnaba por atornillar la economía nacional en la maquinaria imperialista —ése era su negocio—, pero no desenvolver los retoños de una burguesía oriental cuya madurez amenazaba desalojarlos del poder. Vale decir que, en este sentido, deseaban mantener algunos de los lineamientos fundamentales del Uruguay criollo: régimen semi-feudal en las estancias alambradas, librecambismo, sujeción de las masas a los patrones, etc. En esta actitud conservadora, retardataria, era que coincidían con el gauchaje sublevado que resistía ardorosamente al capitalismo intruso y que fué la fuerza viva, pujante, pasional, que se batió en Paso del Parque, Fray Marcos, Tupambaé y Masoller. Naturalmente que el grupo latifundista no anhelaba una res-

tauración integral de la caduca modalidad criolla, sino congelar el status de transición inaugurado por el militarismo y continuado por el civilismo al estilo de Julio Herrera y Obes. Había, pues, entre los ricos estancieros - empresarios y la corriente popular del campo, una abismal contradicción. Pero, en conjunto, eran fuerzas que luchaban —en función de distintos motivos e intereses— por retener, anti - históricamente, el régimen semi - feudal que el Batllismo combatía.

En rigor, la divisa blanca fué el manto común y engañoso que le permitió a la oligarquía aprovechar la energía rebelde y el resentimiento acumulado en un pueblo que, en el fondo, despreciaba y quería explotar a sus anchas. Merced a ella el gauchaje se sintió galvanizado y corrió en alud contra las milicias del gobierno, creyendo que todos —peones, agregados y patrones— peleaban por lo mismo. No pudo captar, como es lógico, que los cintillos blanco seran los vasos comunicantes irracionales por donde discurría la traición a sus oscuros e inexpresados propósitos.

Al esquema medular que explica el choque de 1904, es necesario agregar algunos elementos coadyuvantes cuya incidencia en el mismo nadie puede negar. La oposición entre campo y ciudad, entre montoneras y ejército de línea, entre blancos y colorados, son factores que se ordenan en torno a la contradicción esencial entre el sistema feudal y el sistema capitalista.

Es preciso señalar que, pese al triunfo del segundo, el primero no sufrió un eclipse total como ocurriera con el esclavismo en EE. UU.

Ya veremos como la expansión burguesa del siglo XX en nuestro país, no pudo destruir integralmente al feudalismo. Esa será la causa nuclear del persistente desequilibrio histórico que caracteriza la evolución posterior y, en definitiva, de la frustración de la burguesía nacional.

X

LA REVOLUCION BURGUESA

A fines del siglo XIX, la economía uruguaya ya era una pieza más del capitalismo internacional. Su decurso histórico iba a reflejar —como una imagen que se repite en una sala de espejos— el destino de aquél. Hemos visto que en 1897 se inicia una onda larga de bienestar, prolongada hasta 1920. Es, seguramente, la expansión más exitosa y promisoria de la civilización industrial. Ello es así, aunque el imperio británico sufre un impasse en su crecimiento, el "big stick" yanqui provoca reacciones anti - imperialistas de gran empuje, occidente es derrotado en su pleito asiático por el joven y agresivo imperialismo japonés. Pero, en conjunto, el capitalismo expande sus modos de producción y su penetración económica arriba a todos los rincones de la tierra. Lenin estudia el fenómeno, detalladamente, en su "Imperialismo, fase superior del capitalismo". El mundo se hace capitalista. También es una era, en general, de liberalismo y concesiones a las masas populares —tal como ocurre siempre en los períodos de auge— y a las burguesías de los países dependientes. La gran maquinaria quiere digerir en paz, dentro de lo posible, las ganancias más suculentas de su historia. En estos años triunfa el movimiento liberal - burgués de Sun-yat-sen en China, estalla la revolución mexicana, el Congreso hindú comienza la carrera de sus sorprendentes éxitos, el Radicalismo toma el poder en la Argentina y el Batllismo se consolida en el Uruguay.

Se viven, así, las dos primeras etapas del esquema propuesto más arriba. La primera, triunfo sobre la oligarquía latifundista, corresponde a la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez; 1903 - 1907. La burguesía progresista se afianza en el país; derrota al pasado criollo, logra la unidad económica y política de la República e inicia su tarea revolucionaria. La etapa siguiente —la del gobierno expansivo—, se apoya en la segunda presidencia de Batlle; 1911 - 1915; Alcanzará, entonces, el ápice de su capacidad creadora. Emprende una profunda transformación de la realidad nacional que estudiaremos en sus distintos planos. Pero éstos están interrelacionados por un mismo proceso vertebral del que son meras manifestaciones, como las diferentes caras de un prisma.

LA TRANSFORMACION ECONOMICA

En 1905 se aprobó la ley de vialidad y desde entonces hasta 1932, se construyeron 1.037 kilómetros de carreteras —algunas hormigonadas y bituminizadas— y 150 puentes. Se construyen más de mil kilómetros de ferrocarriles. Las líneas telefónicas pasan de 45.820 kilómetros a 80.000 en 1930. Los telégrafos de 5.700 a más de 12.000. (35)

Continúa la indudstrialización en gran escala. Se establecen medidas proteccionistas para los frigoríficos, industria textil, azucarera, etc. Hasta el año 1876 se habían fundado 137 establecimientos industriales. De 1876 hasta 1900, se fundaron 577; de 1901 a 1914, 1.272; de 1915 a 1919 —salto de siete leguas provocado por la primera guerra mundial—, 1.009; y de 1920 a 1930, 4.408. (36)

La política en materia de Deudas Públicas varió substancialmente. Durante el siglo XIX el destino de los empréstitos, en general, consistió en ser dilapidados en el sostén de los gobiernos, las guerras civiles y los negocios turbios. A partir de la primera presidencia de Batlle y de acuerdo a sus ideas, la finalidad de las deudas públicas fué la construcción de carreteras, ferrocarriles, nacionalización de servicios públicos, etc. Vale decir. que se pasa de una utilización improductiva a otra productiva de las mismas. Las cifras son irrefutables. Para el período 1859 - 1905, la aplicación improductiva de la Deuda Pública alcanzó a $ 56.088.103 y la productiva a $ 12.717.712. Para el período 1905 - 1928, la aplicación improductiva (pago de deudas, presupuestos, etc.) llegó a $ 52.231.919 y la productiva a $ 98.356.392. (37).

El comercio exterior totalizó, en el quinquenio 1911 - 1915, $ 514.122.373 y en la coyontura de la guerra, $ 987.398.999. (38).

Es muy importante lo ocurrido en torno al problema de la tierra y la producción agraria, pues, es en este aspecto, donde se ha de registrar uno de los fracasos más significativos del Batllismo.

El mejoramiento del ganado y la modificación de la estancia cimarrona, continuaron desarrollándose sin pausas. También se dictaron medidas estimulantes de la agricultura y fruticultura (viticultura, etcétera), se organizió el Crédito Rural, se crearon las Estaciones Agronómicas (asesoramiento técnico), la Escuela de Agronomía, la de Veterinaria, el Instituto Fitotécnico y Semillero de la Estanzuela. Al sur del país aumentaron las pequeñas propiedades y la producción granjera. Pero el gran problema de la propiedad latifundista permaneció virgen. Batlle se refirió a él muchas veces y analizó con claridad sus nefastas influencias en el desenvolvimiento económico general, pero su política —y hasta su doctrina— respectiva, fué tímida y vacilante.

Es en el concepto de propiedad, donde mejor se trasunta la índole burguesa y mesocrática del Batllismo. Este sostiene, como principio esencial e inconmovible, la propiedad privada. En su libro "Los fundamentos del Batllismo", dice el Dr. Roberto B. Giúdice: "La colectividad avancista es el Batllismo, integrado por las multitudes laboriosas de la República, y cuya finalidad última es imponer una justa distribución de la riqueza gracias a una mayor difusión **del derecho de propiedad individual".** Más adelante: "Su aspiración última es, en síntesis, imponer un nuevo sistema social en que **la propiedad se extienda al mayor número".** Y luego: **"El Partido busca difundir la propiedad privada".**

Batlle expuso sus ideas sobre este tópico, en un cálebre discurso pronunciado en la Convención del P. Colorado el mes de junio de 1925. Después de criticar duramente al latifundio, expresó: "De esto que digo podría sacarse la consecuencia de que yo soy partidario de que se despoje a los que tienen tierra para repartirla entre los demás, y no es así. Los que poseen la tierra no son culpables de lo que pasa, por que ellos la poseen por un consenso general". (39). Batlle parecía olvidar que los grandes latifundios orientales no se crearon con el "consenso general"; sino que fueron la consecuencia de las dádivas o las ventas que la oligarquía gobernante le hacía a miembros de su clase, para sostenerse en el poder y solventar sus gastos de guerra.

La solución batllista era típicamente georgiana; el impuesto progresivo a la tierra como medio de control estatal y como incentivo para hacerla producir. Es decir, le interesaba asimilarla a la producción capitalista autóctona, poblarla con consumidores que constituyeran un absorvente mercado interno para la industrias

(35) A. M. Grompone. "Batlle - sus artículos".
(36) Eduardo Acevedo. "Economía política y finanzas".
(37) E. Acevedo. "Después de Artigas".
(38) E. Acevedo. "Economía política y finanzas".
(39) A. M. Grompone. "Batlle - sus artículos".

nacional. Pero, ya no le interesaba tanto, modificar el régimen de tenencia. En esta orientación se incluyen las iniciativas para mejorar el salario de los peones rurales. Tampoco escapa a esta concepción el artículo 78 del programa partidario, que versa sobre tierras públicas: "la conservación en propiedad del Estado de las tierras que actualmente le pertenecen y de las que le pertenezcan en lo sucesivo; el destino de sumas de consideración a la adquisición de tierras para el Estado; el alquiler o arrendamiento de las tierras del Estado **al mejor postor**, y el destino del producto de ese alquiler o arrendamiento a la adquisición de nuevas tierras". Detrás de todo esto alienta la concepción de una campaña dividida entre pequeños y medianos propietarios o arrendatarios, con buen standard de vida, creciente capacidad productiva y progresiva capacidad de compra. Estas tendencias no han sido desautorizadas por el proyecto de Reforma Agraria presentado años más tarde por varios legisladores batllistas, ni por el Instituto de Colonización.

El primero no pasó del papel en que fué redactado y el segundo es una iniciativa anodina a la cual poco pueden temer los privilegiados latifundistas. Ya veremos las causas profundas que trabaron ambas intentonas en su misma gestación.

El programa batllista, sin embargo, significaba una reforma agraria. Una reforma burguesa, pero muy importante. La oligarquía latifundista y el imperialismo inglés le presentaron una rígida e intransigente resistencia. El latifundismo defendía su satatus de predominio en la sociedad oriental. El imperialismo deseaba nuestra producción pecuaria a bajos precios. Los bajos precios, en este caso, dependían de bajos costos y estos eran el efecto lógico del régimen feudal en las estancias. Es la conocida asociación entre los centros imperialistas y las oligarquías ultramarinas productoras de materias primas. En la lucha comenzó a atisbarse la debilidad de la burguesía nacional y las razones de su frustración. La reforma quedó en barbecho. Ni siquiera se pudo imponer el impuesto progresivo a la tierra y la gran propiedad conservó toda su vigencia.

Otros aspectos de las ideas de Batlle en materia impositiva, demuestran la naturaleza burguesa de sus reformas. Se declaró partidario del impuesto a la herencia —impuesto anti - oligárquico por excelencia— y contrario al impuesto a la renta o "al trabajo", como él lo llamaba. Su política inmigratoria continuó facilitando la llegada de una corriente ininterrumpida de inmigrantes a nuestras costas. Esta política —de inspiración y dirección estatal— se prolonga hasta 1932, y es en los primeros años del siglo cuando logra sus cifras más altas. Así, de 1905 a 1915, el índice quinquenal de crecimiento inmigratorio llega a su nivel record: 16 por mil. (40).

EL ESTADO BATLLISTA

Batlle cambió radicalmente el concepto liberal del Estado, imperante en el siglo XIX y que había cursado sus momentos de más esplendor con las cámaras principistas de Ellauri. La concepción estatal del Batllismo es una nueva línea concurrente de la revolución burguesa. Ello es así, por tres motivos principales: a) la nacionalización del crédito y los servicios públicos, ponen bajo el control del Estado burgués elementos indispensables para el desarrollo del capitalismo, que antes estaban en manos del imperialismo aliado a la oligrquía terrateniente, b) se cumple, al mismo tiempo, una etapa de lucha contra ese imperialismo y c) realiza en los hechos su concepto policlasista, de entendimiento de las clases sociales, destinado a empalidecer y escamotear la lucha de clases.

En 1911 se crea el monopolio estatal de la energía eléctrica (Usinas Eléctricas del Estado) y se organiza definitivamente el Banco de la República. A estos primeros pasos en el acrecentamiento de las funciones secundarias del Estado, se agregan luego: Bancos de Seguros e Hipotecario, Administración del Puerto de Montevideo y Ferrocarriles del Estado. Su status de Entes Autónomos se incluye en la reforma constitucional de 1917.

Junto con este avance formidable de la importancia del Estado en el Uruguay, nace una concepción nueva del mismo, no exenta de originalidad, que llamamos el Estado Batllista. El fundaento esencial de éste, es su pretendida condición de expresión sintética de

(40) Aldo Solari. "Sociología rural nacional".

la sociedad y, por lo tanto, de organismo conciliador de las clases sociales. El. Dr. Giudice lo explica muy bien en su ya citado libro: "El Batllismo aspira a cambiar la concepción del Estado. Al Estado individualista —de clases— el Batllismo quiere oponer, y al cabo substituir, la colectividad toda, para asegurar la cooperación de las unidades y garantizar el interés supremo del conglomerado social"... y luego: "Es postulado fundamental del Batllismo hacer del Estado la personificación jurídica de la colectividad".

En esta concepción, casi se sobreentiende que el Estado se convierte en el gran instrumento para el logro del progreso y la justicia. Es el realizador, según hemos visto, de las nacionalizaciones, de la lucha contra el empresismo extranjero, del enriquecimiento del patrimonio nacional. Pero, también es, el dispensador del bienestar obrero, que ya no llegará por la vía transitada de la lucha de clases, sino como una dádiva concedida desde arriba por el Estado. Dice Giudice a este respecto: "No es menester, sin embargo, para el Batllismo, el reclamo de los trabajadores. Este reclamo tarda, con frecuencia, en aparecer, al menos objetivamente. El Partido se adelanta y hace de la ley la fuerza que consagra derechos propios no sólo de la persona física de los productores sino también de su persona moral". A ello se agrega, todavía, el deseo de evitar la enorme concentración de poder en manos del Ejecutivo unipersonal —por tanto tiempo herramienta de la oligarquía— que esta concepción hubiera implicado. De ahí la estructura Colegiada para aquel y el concepto de la autonomía, la descentralización y la administración técnica para los organismos estatizados, que completan las ideas de Batle sobre este tópico.

Esto en lo que se refiere al plano teórico puro. Pero, es necesario agregar, que la informe y complicada realidad social del país introdujo otros factores muy significativos en el Estado Batllista. Algunos, los más importantes, de naturaleza irracional. El pueblo —sobre todo mientras vivió don Pepe— siguió viendo en el nuevo Estado una personificación del caudillo y, más concretamente, del propio Batlle. No era al Estado al que se le pedía, ni era del Estado —concepto abstracto y difícil— que se esperaba algo. Se le pedía a Batlle y se esperaba de Batlle. Para las masas, por mucho tiempo. el Estado residía en Piedras Blancas. El resultado fué ese interesante complejo histórico - jurídico que hemos llamado el "Estado-Batlle-Caudillo". Las sombras del Uruguay criollo llegaban, aún, a las fábricas y las vías tranviarias. Eran como un ombú anacrónico en medio de una moderna avenida.

LA POLITICA SOCIAL Y OBRERA

Lo dicho sobre el Estado Batllista esclarece considerablemente la raíz de la política social y obrera del Batllismo. Jubilaciones, pensiones a la vejez, jornada de ocho horas, descanso semanal, salario mínimo, etc., son las conquistas fundamentales en este terreno. Se trata de una política de concesiones llevada a cabo por una burguesía progresista en una época de expansión económica y en las etapas iniciales de su rol histórico. Una burguesía que, además, se inspira en la doctrina de la conciliación de las clases sociales. Las experiencias de Batlle en el viejo mundo, donde apreció las innumerables perturbaciones causadas por las huelgas y la intransigencia patronal, parecen no haber sido ajenas a estas ideas.

El krausismo permite explicar, sin duda, la base ideológica de esta política. Pero, a esta altura del siglo y de la evolución económico - social, el pais no podía permanecer inmune a las influencias ideológicas marxistas. Ellas llegaron y encontraron buen ambiente en las primeras agremiaciones y en algunos intelectuales. En los primeros años de la centuria se funda el Partido Socialista y en 1910 elige a su primer diputado —el Dr. Emilio Frugoni—, aprovechando la abstención nacionalista. La polémica entablada con Batlle sobre la cuestión obrera gravita, evidentemente, sobre el pensamiento de éste. Sus artículos sobre huelgas, "guerra de clases" —según sus palabras—, sociedades de resistencia, agitadores, etc., denotan, claramente, la preocupación por precisar y distinguir las ideas socialistas de las propias. Batlle niega a la lucha de clases el poder dinamizante que le concede el marxismo. El 24 de enero de 1921, decía en "El Día": "Desde el punto de vista del interés material no hay clases... Los hombres no pueden, pues, dividirse en los que tienen bienes y los que no tienen, para crear dos especies distintas de seres

morales. Más racional es distinguirlos por sus ideas y por sus sentimientos de justicia". (40). Y el 23 de junio de 1923: "En todas las clases hay hombres honrados y bondadosos que desean sinceramente un justo reparto de los bienes terrestres, y en todas las clases hay quienes lo quisieran todo para sí, importándoles poco lo demás". (41). Conceptos de indudable cuño krausista e idealista. Están, por otra parte, en total armonía con sus ideas acerca del Estado conciliador de las clases y expresión jurídica de todas ellas. El acuerdo de las clases era lo que convenía a una burguesía progresista que estaba creando el país capitalista. Y, aún, se puede decir, que esta concepción expresaba las necesidades históricas del instante. La clase obrera, poco numerosa y desorganizada, no podía aspirar a dirigir la etapa evolutiv que se estaba viviendo.

Algunos otros factores incidieron en la política social y obrera del Batllismo. El mejoramiento del standard de vida proletario y de las clases pasivas, aumentaba la permeabilidad del mercado interno para la incipiente producción industrial autóctona.

El grueso de la legislación laboral se aprobó en pleno período de guerra mundial, cuando la prosperidad económica alcanzaba niveles jamás vistos. Esto atenuó las resistencias de la oligarquía conservadora.

En momentos de crisis breves —como la pre - bélica— el descontento obrero estalló en graves conflictos que el gobierno reprimió violentamente. Aunque se hizo sentir la presencia moderadora del Presidente. Las ideas de Batlle sobre "guerra de clases", están de acuerdo con sus métodos reformistas, su fe en la democracia política y en los valores morales del hombre como determinantes históricos. Batlle era racionalista e individualista; la razón y el hombre de la calle fueron sus argumentos substanciales.

Con todo, el contagio marxista se infiltró, aún, en su propio Partido. Años más tarde, Julio César Grauert y un grupos de jóvenes correligionarios fundaban la agrupación "Avanzar", con definidos matices marxistas. Creación contradictoria con la línea ideológica e histórica del Batllismo. Era, como quien pretende encender candela en el fondo de un río.

DEMOCRACIA POLITICA E INSTRUCCION PUBLICA

La organización del Uruguay capitalista requería superestructuras políticas muy distintas a las imperantes en el país criollo. Las guerras civiles, los motines cuarteleros, la inquietud, el miedo y la inseguridad permanentes no eran el clima propicio para el florecimiento de una economía nueva que necesitaba del esfuerzo y la cooperación de casi todos. Ya, la propia oligarquía, se había desembarazado del militarismo, luego de utilizarlo en su provecho. Pero tampoco el civilismo oligárquico cumplía con las nuevas necesidades.

Las reformas políticas auspiciadas por Batlle fueron la respuesta a tales exigencias.

La burguesia ha tenido por misión —una parte de su complejo rol histórico— la estructuración de la democracia política. Y así fué, hasta cierto punto, entre nosotros.

Al margen de algunas reformas electorales, el meollo de este aspecto de la revolución burguesa se concreta en la Constitución de 1917. Voto secreto y universal es su gran conquista. Ya las masas no necesitarán de las chuzas para participar en la vida pública. Autonomías Departamentales, Entes Autónomos, división de las funciones del Poder Ejecutivo (según la fórmula transaccional del Dr. Duvimioso Terra, entre colegialistas y anti - colegialistas), consultas electorales frecuentes, representación proporcional, etc., constituyen el nuevo organismo político del país. Debemos destacar que este se logra en medio del formidable auge bélico y por acuerdo de los dos partidos tradicionales.

La nación se pacifica. La absorción creciente de los desplazados de la campaña por la industria capitalista, alivió la presión de su descontento y contribuyó eficazmente a esa pacificación.

(40) R. Giúdice y E. González Conzi. "Batlle y el batllismo".
(41) R. Giúdice y E. González Conzi. "Batlle y el batllismo".

Una nueva política activa se va perfilando en la escena nacional. "Política de partido", luchas en los comicios, controversia de ideas, las divisas como símbolos de los programas, etc., son los términos en que la define Batlle. Naturalmente que todo ello consolidaba a la burguesía en el poder y tendía a desarraigar o disminuir las posibilidades nacionalistas, basadas, hasta hacía muy poco, en el levantamiento montonero. Desde la muerte de Saravia, el P. Nacional vivió en un resentimiento retraído y desorientado, que facilitó la obra de Batlle y del cual no salió, como veremos, hasta el surgimiento de su primer gran caudillo civil; el Dr. Luis Alberto de Herrera.

Pero lo cierto es, que esta fué la única época en que los partidos tradicionales jugaron su diálogo histórico basado en una diferenciación económica e ideológica evidentes.

Inseparable de la transformación política, es la reforma educacional. La participación activa en el mecanismo democrático y los nuevos requerimientos técnicos de la economía capitalista, exigían una elevación considerable del nivel común de instrucción.

Enseñanza gratuita, reorganización de la enseñanza secundaria, liceos departamentales, liceo nocturno, Universidad Femenina, reorganización universitaria, multiplicación de las escuelas, etc., constituyen partes de un amplio plan de realizaciones. En él influyeron, también, las convicciones de Batlle acerca del poder modificador la razón y la peculiar mentalidad de las clases medias que componen la esencia popular del Batllismo.

LIBERALISMO Y LAICISMO

Expresión lógica de la revolución burguesa, son la ley de divorcio, la enseñanza laica y la separación de la Iglesia del Estado.

Batlle hizo las primeras armas racionalistas en la polémica contra el clericalismo. En ella asomaron las influencias iluministas y jacobinas de su formación. Sobre el tema escribió y habló muchas veces; era una de sus preocupaciones primordiales. El catolicismo oriental estaba estrechamente vinculado a las fuerzas conservadoras. Era un caballo de batalla de la reacción. Batlle lo combatía, pues, por su doble condición de oscurantista (según el punto de vista racionalista) y de reaccionario. El laicismo y el liberalismo en la organización de la familia, constituían, pues, formas de la emancipación mental y social postulada por las clases medias que el Batllismo expresaba.

Esta orientación no es tradicional en el coloradismo. Venancio Flores levantó estandartes con una cruz pintada, en la Cruzada Libertadora. Es un aspecto superestructural del nuevo Uruguay capitalista.

EL IMPERIALISMO YANQUI

En el transcurso de las décadas iniciales del siglo XX se produce la primera gran expansión del imperialismo norteamericano. El "destino manifiesto" ya está en camino y "las manrchas hacia el oeste" se prolongan al sur del Río Grande y más allá del Oceáno Pacífico. Un episodio de esa expansión, es el desplazamiento del imperialismo inglés en Latino - América. En las regiones septentrionales fué rápido y casi total. En el Río de la Plata, en cambio, fué más lento y difícil. Ello se explica por la índole de la producción rioplatense —más necesaria a Inglaterra que a EE.UU.—, por su lejanía, sus vínculos orgánicos con Europa y su relativa madurez política. En el Uruguay se agrega otro factor; su pobreza.

La primera batalla se libra en torno a la industria frigorífica. Veamos como la describe el Dr. Eduardo Acevedo en su libro "Economía política y finanzas": "El trust norteamericano de la carne, hizo una vigorosa tentativa, a mediados de 1913, para adueñarse del mercado productor del Río de la Plata. Fundó algunos frigoríficos, adquirió influencia decisiva sobre otros y, provisto de estos nuevos elementos, se lanzó contra los establecimientos similares sometidos a la influencia del capital inglés".

Batlle, haciendo gala de su agudo realismo político, se situó en la posición más

conveniente a la clase que él expresaba. Combatió asperamente al "empresismo" británico, libre - cambista, aliado del latifundismo, que no permitía el desarrollo de las industrias nacionales y monopolizaba servicios indispensables para la burguesía. En cambio se apoyó en Wall Street, que le otorgó empréstitos e invirtió capitales en las industrias del país. Es indudable que, de no haberse planteado esta lucha inter - imperialista, hubiera sido muy problemático el éxito Batllista. En ocasión de discutirse el proyecto del Banco de Seguros, decía "El Siglo" —diario conservador—: "El Ministro inglés comunicó confidencialmente a nuestra Cancillería, que su Gobierno apoyaría diplomáticamente, las reclamaciones pecuniarias por daños y perjuicios que puedan hacerse a subditos de ese País, en caso de sancionarse la ley sobre monopolios de seguros". (42).

También fué dura la lucha contra el monopolio ferroviario. Batlle lo combatió construyendo carreteras paralelas a las líneas férreas o intentando su compra o la construcción de las mismas por el Estado. En dicha tarea tuvo la asistencia de la banca norteamericana, que comenzó a substituir a los tradicionales prestamistas de la City.

En 1915 se coloca en EE.UU. un empréstito por $ 1.453.830, para comprar la linea ferroviaria de Trinidad a Durazno. En 1921 se contrata en Nueva York otro empréstito por 7.500.000 dólares, cuyo destino, entre otros, era construir el ferrocarril San Carlos - Rocha. En 1926 se autoriza la contratación de otro préstamo con una casa neoyorquina, Hallgarten y Cia., por $ 30.000.000; pudiendo elevarse a $ 45.000.000, previa autorización legislativa. En 1928, nuevo empréstito contratado en EE.UU., por $ 17.000.000. (43).

Junto a los empréstitos y las inversiones industriales, la penetración económica norteamericana en nuestro medio se manifiesta por el aumento de sus ventas en el mercado nacional. En el quinquenio 1889 - 1893, Inglaterra nos vendía de un 32,55 o|o a 27,1 o|o de nuestras importaciones y EE.UU., de un 9,26 a 4,89 o|o. En 1920 Inglaterra nos vendía el 17,36 o|o y EE.UU. el 35,53 o|o. (44).

Con todo, las exportaciones —por la razón antes apuntada— seguían encontrando su mejor mercado en Gran Bretaña. Ello es especialmente cierto para las carnes y en 1931 - 32 se ajustaron una serie de disposiciones para reglamentar la venta de las mismas de acuerdo a la fase depresiva inaugurada en 1929. Son los famosos convenios de Otawa. Por otra parte, los ferrocarriles, los tranvías y las aguas corrientes, continuaron en manos británicas, hasta su nacionalización en la nueva coyuntura planteada después de la segunda guerra mundial.

El proceso ha sido similar en la Argentina; con mayor y más persistente predominio de los capitales ingleses. El pacto Roca - Runciman es el nuevo status del imperialismo británico.

Si bien la penetración económica yanqui en el Uruguay no se puede comparar —por su magnitud y exclusivismo— con la acaecida en el Caribe; en cambio resulta mucho más concluyente la inclusión de nuestra política internacional en la esfera del Departamento de Estado. El siglo XX es el tiempo del Panamericanismo —nueva versión de la doctrina Monroe— con todos sus disfraces, más o menos encubridores, del dominio político norteamericano que alienta en su trastienda. La primera guerra mundial marca un hito clave en ese proceso y el Dr. Baltasar Brum —desde el Ministerio de Relaciones Exteriores o desde la Presidencia de la República— fué su más calificado artífice.

Visitó los EE.UU. invitado por Wilson, donde declaró que el Uruguay abría a los aliados un crédito por $ 60.000.000. El mismo, elaboró un plan para realizar el panamericanismo y se constituyó en el animador incesante del estrechamiento de relaciones entre ambos países. A raíz de la llegada de la escuadra yanqui a Montevideo, se decretó feriado el 4 de julio. En 1920 se produce la visita del Presidente Hoover. El Uruguay adhiere al pacto anti - belicista propuesto por el Departamento de Estado —el llamado pacto Kellogg—, en momentos en que la Infantería de Marina imponía sangrientas dictaduras en el Caribe. Estos y otros hechos, jalonan la nueva orientación internacional del país. Los diferentes aspectos de la entrada de la República en la órbita de influencia norteamericana, se han agudizado progresivamente con el correr del tiempo.

(42) Citado por F. R. Pintos en "Batlle y el proceso histórico del Uruguay".
(43) Eduardo Acevedo. "Economia politica y finanzas".
(44) Eduardo Acevedo. "Economia politica y finanzas".

Concepto del Batllismo

Ya hemos visto como la crisis de 1890 aceleró decisivamente la escisión del complejo social oriental surgido a partir del período militarista. Burguesía embarcada en la empresa incipiente de la industria nacional, comerciantes medianos y pequeños —desligados, en general, de la industria británica—, medianos y pequeños propietarios o arrendatarios o medieros rurales, profesionales universitarios, intelectuales, empleados, artesanos y obreros, constituyen el heterogéneo conglomerado cuya expresión política es el Batllismo. En él, las llamadas clases medias abarcan un sector ampliamente mayoritario. Sin embargo es la burguesía industrialista la que dinamiza económicamente al movimiento y la usufructuaria del orden económico que este procura implantar. Naturalmente que entre ella y la pequeña burguesía (a la cual se le puede aplicar más propiamente el calificativo de "clase media"), existen límites de una imprecisión y permeabilidad infinitas Pero la alianza circunstancial entre el industrialismo y los elementos populares del Batllismo, se basa en otro hecho. La revolución burguesa acarrea, indirectamente, como un epifenómeno de su móvil medular que son las ganancias, un mejoramiento considerable para las masas. No solamente en el rubro del standard medio de vida, sino, también, en otros órdenes, como ser las libertades políticas y sindicales, la instrucción, etc. Mientras la burguesía mantenga posibilidades expansivas y una mínima habilidad política, el hecho comentado podrá repetirse. La historia demuestra que es en la fase inicial de la revolución burguesa, cuando se cumple un más largo y promisor período de expansión. Tal es el caso del Batllismo en la etapa comprendida entre la primera presidencia de Batlle y la crisis post - bélica de 1920. Ello no quiere decir que en el complejo de fuerzas sociales enunciado no palpitaran potenciales contradiccionales. Estas se harán vivas y nítidas en el período depresivo que siguió a la primera guerra mundial. El hecho, precisamente, de que sea la burguesía industrial la que conduce las riendas principales del movimiento, es una de las causas fundamentales —según se ha dicho más arriba— del fracaso irremediable de la revolución burguesa en los países dependientes. Cuando sus ganancias dejan de significar mejoras para las masas y, por el contrario, han de obtenerse a expensas de su explotación, abandona a estas y recurre a la coalición con sus enemigos históricos: el latifundismo feudal y el imperialismo extranjero.

La ideología que expresó superestructuralmente tales fundamentos económicos-sociales, no fué un sistema pensado a priori. Un programa previo, surgido del análisis de la realidad nacional y en torno al cual se fueron sumando voluntades coincidentes. Se elaboró sobre la marcha; a medida que distintos problemas se atravezaban en el camino.

Sus fuentes filosóficas identificadas en el krausismo, pero con notorias influencias de la Revolución Francesa, son típicas superestructuras capitalistas de Europa.

Dos principios esenciales sirven de base a dicha filosofía: racionalismo e individualismo. En el plano político se traducen en la sustentación de la democracia política con todas sus implicancias; luchas de partidos en un terreno ideológico y pacífico, utilizando la convicción y el reformismo gradual como métodos medulares.

En el social; la conciliación de las clases sintetizadas por el Estado que las representa jurídicamente a todas y es el omnímodo árbitro de la justicia.

En el económico; modo de producción capitalista, pero con una legislación adecuada que proteja a los sectores más pobres, sin anular el carácter competitivo del mismo. La formulación precisa el programa partidario Batllista incluye algunos elementos socializantes, pero son la consecuencia del entusiasmo teórico de los dirigentes más progresistas y nunca han tenido un arraigo auténtico en la realidad concreta y actuante del Partido. El conjunto se puede calificar como un liberalismo acompañado y restringido por un marcado dirigismo económico y social. La tendencia general es evidentemente progresista y encarna, principalmente, en la persona del leader y de la generación de políticos profesionales formada bajo su influencia directa. Pero es necesario no subestimar —ya que a la postre se adue-

ñará del Partido— al grupo más derechista de burgueses industriales, cuya presencia sometió a la dirección partidaria a la búsqueda permanente de un compromiso de equilibrio que se fué haciendo cada vez más precario.

En el eje de todo el movimiento, presidiendo su desenvolvimiento y dinamizando su progreso, se sitúa la vigorosa personalidad de don José Batlle y Ordoñez. Su presencia tiene una jerarquía indisputable en el proceso histórico que analizamos.

En primer lugar, porque es él quien capta sagazmente la existencia de las nuevas fuerzas sociales y la necesidad de expresarlas políticamente.

En segundo lugar, porque es el creador —en el sentido de adaptación a la realidad nacional de ideas extranjeras— de la doctrina Batllista. Y, en tercer lugar, porque en su figura de subido atractivo carismático, se concentran los importantes contenidos irracionales del Partido.

Se discute, a menudo, si Batlle pudo o no pudo desprenderse de las divisas contra las cuales, alguna vez, emitió categórica opinión. Se afirma, incluso, entre sus críticos, que el no haber intentado ningún esfuerzo serio para desarraigarlas de la conciencia colectiva oriental, constituye su error o su debilidad fundamental. Lo cierto es, que no sólo no intentó destruir el mito de las divisas, sino que lo utilizó sabiamente en su provecho. ¿Pero, es qué en realidad, a esta altura del desarrollo nacional, había alguna probabilidad de lograrlo? A nuestro juicio, la respuesta, aunque difícil, debe inclinarse por la negativa. Las superestructuras ideológicas poseen una inercia que las hace perdurar, cuando ya ha desaparecido la infraestructura correspondiente. Esta observación es mucho más valedera —la historia lo confirma todos los días— para las superestructuras afectivas, que enraízan con una profundidad incomparable en el subconciente colectivo.

Hemos anotado la persistencia de la vieja mentalidad acuñada en el campo semifeudal, al emigrar a la ciudad los desplazados por el alambrado y la policía. Con ellos —en una proporción considerable— se constituirán las masas batllistas. Sólo se pueden contar como un factor operante contra la perduración de los cintillos tradicionales, a los inmigrantes. Pero, en su segunda generación, ya sufrían el contagio de los mismos, que formaban parte esencial del complejo emotivo y folklórico del país. Así como el hijo de italianos aprende el tango, se apasiona por los modos de las orillas, también comienza a sentir —especialmente— "lo colorado".

Era, pues, remontar la corriente con graves dificultades, ensayar el encuadre del nuevo partido de las clases medias fuera del marco vernáculo que venía rigiendo, soberano, desde las raíces mismas de la nación. Hemos explicado como, desde la Guerra Grande, el coloradismo fué la categoría emotiva dentro de la cual se ejerció toda influencia renovadora o extranjerizante. El Batilismo, por lo tanto, se desarrolló sin escapar a este hecho. Batlle realiza la síntesis de las nuevas corrientes ideológicas con el añoso sentimiento colectivo; entronca en éste, la necesidad imperiosa de expresar a las clases en pugna con la oligarquía. Baltazar Mezzera dice —por ello— que es un "gaucho modernizador" en segundo grado; atribuyendo el primero al civilismo oligarca.

Otro motivo, que no debemos desechar, influyente en esta actitud de Batlle ante las divisas, es su propio personalismo. Hombre de voluntad indomable, de carácter absorbente, obstinado y, aún, estrecho en el sostenimiento de sus puntos de vista, se sirvió de un elemento que contribuía a consolidar en torno a su propia individualidad el movimiento por el acaudillado. El Batllismo, de esta manera, no se despersonalizó; continuó aferrado a su jefe por un vínculo vital, una especie de cordón umbilical. Ya veremos que esta será una de sus flaquezas más vulnerables. Además, se incorporaron a sus métodos vicios y defectos del civilismo al estilo de Julio Herrera (influencia directriz, impureza en los procedimientos electorales, utilización del cantón, la timba, el asado, el vino, el "compadrito", etc.) que, más tarde, serán herramientas preciosas de la oligarquía. En este aspecto no dejaron de influir los valores y modalidades del "bajo" que realizaba, en las orillas, la transición entre el campo y la ciudad.

Una cosa hay que decir en descargo de esta fase negativa en la obra de Batlle; es una de las pocas ocasiones en que la divisa no se usa para traicionar a las masas.

Los Movimientos Sociales en América Latina

Por Carlos M. Rama

La historia social de América Latina podría iniciarse con el estudio de las sociedades indígenas tal como se encontraban al desembarcar los españoles el 12 de octubre de 1492.

No han faltado autores (Baudin, Cunow, etc.) que han calificado de socialistas a algunas de estas comunidades, aunque está demostrada la existencia de clases explotadas (especialmente esclavos, tributarios y siervos), con las tensiones inevitables a un régimen fundado en la violencia, y para el cual eran usuales los métodos de exterminio, deportación, etc.

Naturalmente que tal tipo de estudio tendría que limitarse a las "civilizaciones" (si nos atenemos a Toynbee), o las sociedades de la barbarie superior (si retrocedemos a Morgan), como la Incaica, Mejicana, Maya y Yucateca, pues en el resto de América y fuera de sus áreas de influencia, apenas existían más que miserables comunidades salvajes.

De ahí que sea preferible iniciar este estudio con el Descubrimiento, Conquista y Colonización por los europeos de estos territorios, que asimismo determinaron el ingreso de una masa de esclavos de origen africano que se ha estimado en unos 12 millones de individuos (Helps).

La conjugación de la geografía, notable y sorprendente como en pocas regiones del planeta, con la distribución de los establecimientos coloniales, a través de sus variaciones políticas y económicas, explica la América Latina de nuestros días.

Hay lo que se denomina Indoamérica, —aunque tal vez corresponde mejor América Mestiza— formada por los países en que predomina la base humana india, la explotación agraria latifundista, el colonato y hasta la servidumbre, en parte sustituída desde el siglo XVIII por el peonaje (México, Centro América excepto Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay). Un segundo "país", —donde predomina el mulato— es la zona de antigua esclavatura negra, con excepción de algunos enclaves en otros países, se restringe al litoral del Brasil, Venezuela, Colombia y las Guayanas, las islas del Caribe y el sur de los EE. UU. Finalmente la América Blanca, reducida a Costa Rica, Santo Domingo, Uruguay, Argentina, Chile y los estados meridionales del Brasil, regiones todas de intensa y reciente colonización europea donde la población indígena ha sido exterminada o puesta en "reservas", y la mano de obra la proporcionan emigrantes, en su mayoría latinos europeos.

Las vinculaciones entre estos diversos estados son todavía hoy menos fáciles de las que individualmente sostienen con Europa o los EE. UU., merced a la influencia del pasado colonial o del reciente capital imperialista.

AMERICA LATINA DEL COLONIAJE

Desde 1492 hasta 1810 en que se inicia la Revolución Latinoamericana Independentista, se pueden desglosar dos etapas, en líneas generales comunes a los establecimientos españoles, portugueses y franceses de las Indias Occidentales.

Hasta 1700 la historia social americana asiste al establecimiento de una sociedad colonial basada en la división rigurosa en clases, de valor jurídico y social tan acentuado, que los historiadores no han vacilado ocasionalmente en calificarlas de castas.

La conquista europea, en la que se destaca inicialmente la hispánica, realiza la explotación sistemática de los recursos de la mano de obra indígena, arruinando comunidades de cierta estabilidad, o haciendo ingresar violentamente en el sistema capitalista a tribus enteras de salvajes primitivos, lo que significaba tanto como su exterminio masivo.

Por eso este primer período se caracteriza especialmente por los episodios de la resistencia india, no solamente ante las espectaculares conquistas de Cortés y Pizarro, sino ante las posteriores de sus capitanes que ampliaban el dominio colonial sobre las regiones periféricas. Se destacan asimismo las enconadas y seculares resistencias de grupos regionales como los araucanos de Chile, los calchaquíes de Argentina, los charrúas del Uruguay, los caribes de la región antillana. .Simultáneamente los indígenas sometidos por la derrota de los "imperios" precolombianos intentan repetidas veces quebrar la explotación económica brutal a que son sometidos, en sublevaciones prolongadas y sangrientas, en que ya actúan como clase económica y políticamente sometida.

Desde 1502 se comienza la introducción de negros esclavos con que se repoblarán las regiones tropicales en que los indios van siendo exterminados, y se darán brazos a las grandes explotaciones agrícolas o mineras de tipo industrial. Pero ya en 1555 se inicia la larga serie de las grandes rebeliones de los esclavos negros, y surgen las "repúblicas" independientes de "cimarrones" o "alzados", en las regiones selváticas con los huídos de las "fazendas", minas, "socavones", "ingenios" o "fundos".

Los movimientos de indios o negros, permanecen incomunicados entre sí, y especialmente con referencia a los blancos. Entre los españoles perdura, aún después de la derrota de Villalar de las "comunidades castellanas" (1521), o del reinado absolutista de Felipe II (1556-1598), que se extiende a Portugual durante el períod o1580-1640), la adhesión a las libertades locales o "forales", la tendencia al auto-gobierno, y la aspiración a un régimen de libertades públicas.

Algunos de los motines, sediciones e incluso rebeliones armadas de los colonos hispanos, y también lusitanos, sin embargo son protestas contra la legislación centralizadora, monopolista, pero incluso de intención social a favor de los indios que se promulga en España, de la que son típicas las Leyes Nuevas de 1542 o Portugal y Francia en el siguo siguiente. La resistencia de los conquistadores, hará perpetuar el inicuo sistema de la encomienda hasta el propio siglo XVIII (1718, España y 1755 Portugal). Pero en la práctica el sistema se continuará todavía, en beneficio de los latifundistas bolivianos y peruanos, hasta el mismo siglo XX.

También de los siglos XVI y XVII es el ordenamiento definitivo del trabajo forzado de los indígenas libres para la minería, especialmente de la plata en Zacatecas y Potosí, ciudad esta última que alcanza una población de 120.000 habitantes en 1573.

Estos hechos son contemporáneos de las grandes empresas de evangelización y establecimiento de "reducciones" indígenas por las órdenes monásticas, de las cuales la más famosa es la iniciada en la región paraguaya por los jesuitas en 1609 y que durará hasta 1767, autores también de la fundación de São Paulo en 1554.

1700 inicia la segunda época para las colonias españolas por el ascenso de la dinastía borbónica, la introducción de la administración de tipo francés; pero es una fecha útil también para los dominios portugueses pues en 1703 se firma el famoso tratado de Methuen con Inglaterra. Diez años más tarde el Tratado de Utrecht consagrará el monopolio inglés del tráfico negrero atlántico y a lo largo del siglo su influencia, con los imaginables efectos económicos, sociales, ideológicos y políticos, no deja de crecer en detrimento de Francia, España y Portugal, virtualmente su vasalla.

La economía americana tiende a integrarse con la europea en un grado mayor, pues a las antiguas explotaciones de los metales preciosos o el azúcar se une la introducción del caé, las "vaquerías" platenses, y especialmente los grandes yacimientos auríferos y diamantíferos de Minas Geraes.

Una sociedad colonial finalmente integrada, habita en los dominios de los reyes ibéricos o franceses, dominada por el hecho de una amplísima miscegenación. A través del mestizo o del mulato disminuye la importancia del original elemento indio o negro, se abaten ciertas barreras sociales y entran en un contacto más estrecho las clases.

Los movimientos sociales de este siglo son rotundamente más intensos, prolongados y repetidos y además tienden a cubrir áreas geográficas más considerables. Pero la característica más importante que puede observarse en las 26 sublevaciones de indios y negros que hemos registrado, es que por lo menos seis de ellas son mixtas, es decir, comprenden a los habitantes de ambos grupos en un área determinada. La proporción es todavía mayor si se reflexiona que en muchas zonas no coinciden indios y negros.

En 1780 se inicia "la rebelión social más grande de la historia de las tres Américas" (Lewin) que se conoce por el nombre de su líder Tupac Amaruc y que extiende su influencia por las regiones de las actuales Perú, Bolivia, Ecuador y parte de Chile y Argentina. La protesta casi instintiva, y la rebelión, falta de plan y objetivos concretos se ve ahora sustituída por un rudimento de organización y ciertas ideas generales que demuestran la oposición irreductible de la población explotada a las autoridades españolas.

Los historiadores brasileños, por su parte, han indicado como el más evolucionado de los movimientos sociales de la época colonial el de los "alfaites" (artesanos) de Bahía de 1798, ya influídos por el ideario democrático y fraternal difundido por los franceses.

Los movimientos populares y democráticos de los mismos colonos de origen español se incrementan en la misma línea de acción que señalábamos en el período anterior, aunque con más frecuencia y hondura, como lo demuestran especialmente las rebeliones de los "comuneros" de Asunción (1721 y 1730) y de Nueva Granada (1781).

Pero a este secular movimiento se une ahora el influjo de las Nuevas Ideas que sacude al mundo desde la Revolución Inglesa de 1648 - 1688, pero muy especialmente a partir de la Independencia de los EE. UU. de Norteamérica de 1776 y la Gran Revolución Francesa de 1789. Lo mismo que en los dominios metropolitanos de Portugal, Francia y España, las colonias se agitan al impulso de los publicistas, las sociedades secretas, las asociaciones patrióticas, y se obtienen los primeros frutos de la difusión de la imprenta, las universidades y el periodismo.

Desde 1730 se registrarán no menos de trece grandes movimientos precursores de la Revolución Latinoamericana de 1810, que después de 1780 socavan definitivamente el poder de las autoridades ibéricas, liquidan los restos del imperio colonial francés y preparan la definitiva independencia de los veinte países latinoamericanos.

Estos movimientos son un episodio de la lucha del "tercer Estado" en todo el mundo pero en América presentan características más rotundamente democráticas. En su programa figura la abolición de la esclavitud de los negros y del trabajo forzado de los indios. Su triunfo debe corresponder al establecimiento de una sociedad sin clases jurídicas ni sociales y al fin de la discriminación racial o nacional para el acceso a las funciones de carácter público.

EL SIGLO XIX

Después que los sucesos provocados por la invasión napoleónica de la península ibérica en 1808 determinan el traslado de la corte portuguesa al Brasil y la acefalía del imperio hispánico, el siglo XIX se abre con la Revolución independentista Latinoamericana, que dirigida por los criollos blancos, pero con sentido democrático pone en marcha un proceso que destruye la vieja sociedad colonial y permite la igualdad jurídica y social de vastos sectores proletarios. Así la abolición de la esclavitud realizada por disposiciones legales que van desde 1810 a 1858 en las nuevas repúblicas de lengua española, al que antecede en Haití (1804) la creación de un Estado de ex-esclavos; pero es previa al fenómeno correspondiente en Brasil (1888) y en las colonias hispánicas (1871 - 1889).

Por otra parte la extinción del trabajo forzado de la población indígena (mita y yanacona) desde 1811 a 1825, y el proceso más difícil de precisar del ascenso de mestizos y mulatos, que a través del militarismo comparten el poder político y se hacen dueños de una buena parte del económico, especialmente en el agro.

En ocasiones se frustra el demoliberalismo ante los movimientos sociales de las clases oprimidas. Así los cubanos prefieren en 1812 la fidelidad al despotismo de Fernando VII ante la sublevación de los esclavos negros de Aponte y Yucatán, en 1841,

renuncia a su independencia, para reprimir la gran rebelión de los indios mayas. Incluso sucede que los mestizos elevados al poder restauren los privilegios de clase, como en Bolivia en 1829 y Perú 1866, reimponiendo el trabajo forzado de los indios.

Entre la última batalla por la independencia (1824) y la estabilización de los mayores Estados (Argentina 1862, México 1867), se difunden las ideas francesas, y especialmente del naciente socialismo entonces encarnado en Fourier, Saint Simon, Leroux, pero llegan desconectadas con las masas de trabajadores y protagonizan anacronismos sugestivos. Así seis años después que "New Harmony" inaugura la serie de las colonias utopistas en el Nuevo Mundo, en Brasil (1835) hay una gran rebelión de los esclavos negros mahometanos y todavía en 1861 los araucanos luchan contra el gobierno de Chile.

Será necesaria la emigración popular y espontánea de los proletarios europeos de la segunda mitad del siglo, para que en las décadas del 50 y 60 la organización laboral se manifieste tímidamente a través de sociedades de socorros mutuos, entidades artesanales y sociedades de oficios.

Pero en la década del 70, y al directo impulso de refugiados de las luchas del Risorgimento italiano, la Comune de París y de la fracasada Primera República Española, llegan las ideas socialistas de Proudhon, Blanqui y Bakunin a Montevideo, Buenos Aires, México, La Habana y se crean las "secciones" de la Asociación Internacional de los Trabajadores. La ideología refleja rápidamente la predominante en Italia y España después de los históricos viajes de Bakunin (1864) y Fanelli (1868). Estas "regionales" de la AIT se convertirán en "sociedades de resistencia" al estilo de las españolas, que alcanzarán a federarse en la Argentina (FORA), Uruguay (FORU), Cuba (Fed. Cubana del Trabajo), México (Casa del Obrero Mundial), Bolivia (F. O. Internacional). Este proceso se cumple entre 1901 y 1913, y sigue el modelo de la C. N. T. española, aunque registra formas anarquistas extremas. También el sindicalismo revolucionario de la C.G.T. de la Charte D'Amiens y los I.W.W. norteamericanos, hace escuela en Chile (I. W. W.), México (C.G.T.) y en Argentina (U.G.T.) Este movimiento obrero revolucionario, estrechamente ligado al anarquismo, culmina en 1910 con los "sucesos del Centenario" de Buenos Aires, la FORU uruguaya y el Partido Liberal Mexicano de los Flores Magón.

En este caso estamos ante una verdadera Revolución, pues la ideología coincidirá —aunque tiene relativa parte en la dirección— con un alzamiento colectivo de las massa indígenas y mestizas que culmina entre 1915 y 1917 con las reformas agrarias y laborales más amplias de América.

La socialdemocracia es posterior, surge propagada a menudo por clubes alemanes marxistas (Argentina, México), y es menos violeñta en su irrupción. El P. S. argentino se constituye en 1896 y el uruguayo en 1910, pero si bien éstos son los dos únicos afiliados a la Segunda Internacional débese contar al P. S. Chileno (1912) desglosado del precursor Partido Democrático (1887), el P. S. Brasileño (1912) y el P. S. Mexicano de 1914.

El movimiento político socialista cobrará envergadura en el siglo XX por el surgimiento de distintos partidos marxistas y de otros de raigambre local, vinculados al problema agrario, e incluso con veleidades de original ideología como el P. de la Revolución mexicana, APRA, Acción Democrática de Venezuela, Acción Revolucionaria de Guatemala, etc. La sindicalización correspondiente también será del siglo XX, y su federación continental la iniciará la A.F.L. de EE. UU. en 1918.

De esta manera y a partir de 1910 se incorporan al socialismo ya conocido en América Blanca, masas de los restantes países que componen América Latina.

Carlos M. Rama

La Expansión Histórica del Occidente

Por Roger Labrousse

Existen muchas definiciones de la civilización occidental; pero las únicas valederas son las que se fundan en la historia, es decir, aquellas que caracterizan al Occidente por las formas históricas que revistió en el transcurso de los siglos. Ese método, sin embargo, deja lugar a ciertas dudas, porque es difícil elegir entre las múltiples formas que se ofrecen al pensamiento y contribuyeron a la elaboración de nuestras concepciones y costumbres actuales: el helenismo, la romanidad, el cristianismo, el absolutismo, el liberalismo, el industrialismo, etc. Tal vez sea posible simplificar esa selección limitándola a las formas que parecieron esenciales en cada época para definir al Occidente frente a su contrario, o sea frente a las formas sucesivas del Antioccidente. Pues mientras nos hemos dejado arrastrar por numerosas aspiraciones, en cambio hemos sido bastante escuetos en nuestras antipatías. A lo largo de su historia Occidente sólo manifestó tres repudios fundamentales y sucesivos: se negó a ser "bárbaro", a ser "infiel" o a ser "nativo".

I

La hospitalidad hacia los bárbaros fué de carácter "político", tomando la palabra "política" en su significado propiamente helénico, es decir, derivado de "polis". El equivalente latino, como se sabe, es "civilización", término derivado de "civitas". El bárbaro no era ni político ni civilizado porque seguía viviendo todavía en tribus o porque, aún cuando viviera en ciudades, ignoraba el tipo de existencia que sólo podía practicarse en una "polis" griega o una "civitas" latina: no era ciudadano y por ende desconocía el ideal —el "ethos"— de una ciudad que descansaba en la fidelidad de sus miembros y fomentaba esa fidelidad mediante los recursos de una educación física ("gimnasia") y cultural ("música") destinada a abarcar e impregnar al individuo hasta en sus raíces más íntimas. En síntesis, el bárbaro era un hombre ajeno al "helenismo", pues sea cual fuere la universalidad de sus intuiciones y creaciones, el helenismo auténtico se formó en el marco cívico de una "polis" del todo soberana (ciudad-estado) o al menos autónoma (municipio).

La hostilidad hacia los infieles fué, al contrario, de carácter religioso. Nacido en un medio bárbaro y —desde el ángulo del helenismo— producto típico del espíritu bárbaro, el cristianismo se convirtió en el eje de la civilización occidental durante su segunda etapa, de tal modo que en la historia del Antioccidente al bárbaro sucedió el infiel, el hombre que no creía en el Dios verdadero, uno y trino, y no participaba en la vida sacramental de la iglesia de Cristo. Los rasgos exteriores, político-culturales, del enemigo dejaron de retener la atención crítica de los nuevos occidentales, los cuales contemplaron con la misma antipatía a los paganos refinados del helenismo, a los paganos primitivos de la barbarie, a los infieles dispersos del judaísmo y a los brillantes campeones de la infidelidad musulmana. Pudieron sentirse humillados, pero nunca atraídos por una civilización superior cuando era no-cristiana. Pensaron que con toda su cultura tales pueblos estaban destinados a una condenación eterna y que con virtuales condenados la convivencia era mucho más imposible que con actuales bárbaros.

En cuanto a la hostilidad hacia los nativos, es en su aspecto fundamental de ín-

dole económica. Pues la tercera etapa de Occidente se caracteriza por el invento de una ciencia ávida de aplicaciones técnicas. Y en ese ambiente lo antioccidental es también lo anticientífico y lo antitécnico. Ahora bien, el nativo, el colonizable es el individuo que a consecuencia de una evolución histórica que lo mantuvo alejado de las experiencias y la educación occidentales, se muestra reacio ante los requisitos de la técnica y por tanto denuncia su calidad de atrasado. Podemos perdonar muchas cosas a pueblos asiáticos o africanos; podemos inclusive reconocer que, debido a ciertas particularidades de su cultura (v. g. en materia artística, filosófica o religiosa), fueron o aún siguen siendo superiores a nosotros, pues hemos superado las limitaciones del helenismo y del cristianismo. Pero nos cuesta reprimir un movimiento de irritación o ironía si comprobamos en ellos una incapacidad técnica que significa "en la práctica" una inferioridad esencial. Porque creemos que la verdadera civilización no crece en la miseria y la suciedad.

II

Es fácil observar que esa triple hostilidad ha reflejado en cada caso las aspiraciones irreductibles de Occidente. Dejar de ser hombre político y caer en la barbarie era el mal supremo para el heleno: pues implicaba renunciar a lo que en su opinión era inherente a una vida propiamente humana. Entre el bárbaro y el esclavo sólo existía una diferencia de grado, no de naturaleza. Del mismo modo, para los medievales, exponerse a la dominación de los infieles, correr el riesgo de claudicar en la fe y finalmente alejarse de la iglesia de Dios, era perder algo más valioso que cierto standard de civilización, era perder el alma y toda esperanza de beatitud en una vida eterna a cuyo lado parecía insignificante esta existencia efímera. Y para nosotros, entre los cuales el concepto de civilización ha vuelto a cobrar una importancia extraordinaria (aunque sobre un plano económico antes que político), no puede imaginarse desgracia peor que la que consistiría en descender al nivel de los nativos y prescindir de todos los elementos técnicos que son el respaldo principal de nuestra dignidad de hombres modernos.

Pero, por el mismo hecho de estar tan convencidos del carácter absolutamente básico de cada uno de esos ideales sucesivos, los occidentales nunca pudieron hacer menos que conferir a sus dogmas un alcance universal. Del modo más natural, llegaron a creer que todo ser humano, siempre que esté en su sano juicio, debería reconocer la superioridad de los valores contemporáneos de Occidente y comprender que sólo adoptándolos podría realizarse a sí mismo en tanto hombre. De ahí que no tardaron en predicar su verdad del momento e imponerla a un número crecido de extranjeros que, desde el instante de su conversión definitiva, ya dejaron de ser extranjeros para incorporarse al mundo occidental. Así el humanismo. al manifestarse cada vez en las raíces de nuestras culturas, fué un factor de intolerancia, de expansión y de imperialismo, pero también un modo implícito de admitir la igualdad fundamental de los humanos, es decir, de individuos virtualmente asimilables por la civilización de Occidente. Es cierto que esa tendencia universalista no apareció sino después de una larga evolución. Los helenos pensaron mucho tiempo que la "política" era su bien propio y exclusivo; tuvieron que conquistar a una parte de Oriente y multiplicar sus contactos con los vencidos para descubrir en ellos la presencia de una humanidad dispuesta a florecer de acuerdo a los cánones griegos. Pero una vez hecho el descubrimiento, aceptaron en principio el acceso de todos a la vida "política", aunque en la práctica el movimiento quedó siempre limitado a una capa delgada de aristocracia urbana. Este fué el paso decisivo y en adelante el cristianismo y el científico-tecnicismo nunca dudaron de su derecho —o mejor dicho de su obligación— de difundir sus normas por todo el planeta, tarea que se cumplió en el primer caso con cierta amplitud y en el segundo caso con éxito asombroso.

En consecuencia. puede decirse que la actitud occidental, llevada a su térmnio lógico, implica la occidentalización total del mundo y por ende la supresión radical —por absorción— del Antioccidente. Como acabamos de ver, ni el helenismo ni el cristianismo se aproximaron siquiera a un final semejante. Peero la civilización científico-técnica podría muy bien producir dentro de algunas décadas un estado econó-

mico general bastante homogéneo sobre toda la superficie del globo, a pesar de las diferencias subsistentes entre los regímenes jurídicos y políticos. El nativo desaparecería y la humanidad entera adoptaría con los mismos instrumentos un mismo ritmo esencial de vida, aquel que nació en Occidente. ¿Asistiríamos entonces a un triunfo definitivo del espíritu occidental? No, porque el triunfador no sería Occidente en su plenitud, sino sólo la forma actual, es decir, la tercera encarnación de dicho espíritu. Presenciaríamos un hecho considerable, la convergencia de todas las culturas hacia un molde común propuesto por una de ellas en su última etapa, pero no se trataría de una unificación total debido a la influencia que seguirían ejerciendo sobre los demás sectores de nuestra especie tradiciones a menudo milenarias y ajenas a la trayectoria particular de los occidentales. La ciencia está preparando la reunión de los hombres en torno a un cierto número de valores idénticos; pero la historia impedirá siempre que esa reunión llegue a ser una verdadera fusión. En ese sentido Occidente y Antioccidente, aún colaborando, no dejarán nunca de distinguirse uno de otro.

III

Ese efecto acumulativo de las fases históricas de cada civilización nos obliga a rectificar el esquema anterior que, en su abstracción, no puede identificarse por completo con la realidad. El occidental de hoy es un hombre sometido directamente a la influencia científico - técnica, pero que sigue llevando las huellas del helenismo y del cristianismo. Lo cual origina dos consecuencias.

En primer lugar, debe comprenderse que la fuerza de cada uno de los grandes temas relativos al Antioccidente no se agotó del todo en la etapa correspondiente. No ha dejado de ser activa en los períodos posteriores, aunque a menudo al precio de ciertas deformaciones. Así el tema del bárbaro no desapareció a raíz del hundimiento de la vida "política"; sólo se desprendió de sus vinculaciones iniciales con el concepto auténtico de helenismo. Llegó a expresar la hostilidad de los occidentales hacia los supuestos defectos más o menos congénitos (crueldad, grosería, estupidez) que apartaban a los otros hombres de la norma superior, religiosa o económica. La barbarie se convirtió en la explicación o seudo - explicación de las inferioridades ajenas: este pagano es demasiado bárbaro para siquiera aspirar a la fe, este nativo es demasiado bárbaro para alcanzar un ritmo acelerado de producción. En una palabra, el factor barbarie ha intervenido como un justificativo para negar derechos a un representante del Antioccidente, v. g. la calidad de ser humano al indio americano o la independencia política al negro africano. Y a veces ha servido para alimentar prejuicios raciales que son los que mejor traducen el odio hacia la esencia misma del enemigo. Por tanto, la permanencia del antiguo concepto, reducido a sus elementos agresivos, ha contribuído —y contribuye aún— a prolongar el imperialismo del occidental y a demorar la emancipación del no - occidental. En cuanto al tema del infiel, distó mucho de surtir efectos tan enérgicos. Sin duda, en el llamado período "moderno", cuando el espíritu medieval ya estaba en quiebra y el espíritu científico sólo empezaba a imponerse, conservó cierto vigor durante más de dos siglos en una civilización cristiana dividida por la Reforma y cuya agonía no acababa de terminar: frente a los otomanos constituyó un símbolo de unidad cada vez más débil, y frente a los conquistadores de América inspiró protestas bastante ineficaces en defensa de los indígenas, actuales o virtuales cristianos. Los progresos de la interpretación científica del mundo y el impulso irresistible de la expansión colonial no tardaron en quitarle su importancia tradicional; prueba de que la influencia del cristianismo, aunque muy real y profunda en todo Occidente, se ha vuelto demasiado subconsciente para dar fuerza todavía a un vivo sentido de la cristiandad y de la anticristiandad.

En segundo lugar, es obvio que el hecho de pertenecer o no pertenecer al Antioccidente no depende de las preferencias subjetivas de tal o cual observador. Así en ciertos medios franceses de los años 20 surgió la moda de llamar Occidente al solo mundo latino con el propósito de rechazar hacia el Este a la "nebulosa Germania" y a la "mongólica Rusia". Y también hoy en día existe la creencia, en muchos sectores occidentales, de que la Unión Soviética, en tanto cabeza del "bloque oriental", forma el mismo centro del Antioccidente. No puede negarse el valor polémico de esas afir-

maciones; en cambio, fuerza es reconocer que su valor científico es absolutamente nulo. Es cierto que Alemania y Rusia no tuvieron contactos directos con el helenismo "político", salvo en sus regiones meridionales; pero, de cualquier modo, países como Irlanda o Escandinavia no llegaron a tanto. Para ellos, como en general para las masas rurales de la antigua Romania, la influencia helénica fué más literaria que concreta, eejerciéndose posteriormente por me dio de una élite intectual que veneró y enseñó a venerar las normas políticas del Occidente "clásico". Luego el caso germano-ruso no es a ese respecto una verdadera excepción. Y en cuanto a las etapas cristiana y científico-técnica se vivieron y se viven en Europa central y oriental con igual o mayor energía que en otras partes de Occidente. Hoy, indudablemente, el mundo occidental se encuentra dividido; pero no es ninguna novedad, y no hay que confundir a cualquiera de sus miembros disjuntos con una de las tres caras de Antioccidente.

Roger Labrousse

AGRADECIMIENTO

NUESTRO TIEMPO agradece las expresiones encomiásticas sobre sus dos primeros números, de los colegas: "Marcha" (4-II-1955 y 6-V-1955), "Jornada" (20-IV-1955), "El Sol" (2-III-1955), "Acción" (28-II-55 y 23-III1-955), "Voluntad" (III-1955), "El Día" (29-III-55), "La Batalla", de París (III-1955) y los sueltos informativos de "El País", "El Plata", "El Diario", "La Tribuna Popular", etc.

URUGUAY Y EL MUNDO

69 Años de 1.o de Mayo

Hace poco más de dos generaciones que Spies, uno de los mártires de Chicago, cerraba su existencia diciendo: "Salud tiempos en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy sofocan con la muerte".

No es ocioso recordar aquellos hechos y hacer recuento del camino recorrido.

Entre 1884 y 1886 en los EE. UU. los obreros industriales, por vez primera, comenzaron a actuar en forma organizada y efectiva para obtener la implantación de una sociedad socialista, e inmediatas mejoras en su existencia diaria.

En esta lucha se destacaron especialmente los obreros de la ciudad de Chicago, orientados por la propaganda de los núcleos revolucionarios organizados en la International Working People's Association por Johann Most y Albert R. Parsons, de acuerdo a la ideología anarquista que primaba entonces. Para imponer la jornada de ocho horas el 1º de mayo de 1886, 190.000 obreros en todo EE. UU., (de los cuales 80.000 correspondían a Chicago), entraron en huelga. Esta demostración de masas, atemorizó a la burguesía, y pretextando una bomba lanzada tres días después en una concentración policial, en un inicuo proceso se dispuso el ahorcamiento de los líderes Parsons, Fischer, Engel, Spies y Ling. Después de la hecatombe de la Commune de París, el proletariado revolucionario tenía sus mártires.

Cuando en Julio de 1889 se reúne en París el Primer Congreso de la Segunda Internacional se acuerda "organizar una gran manifestación internacional a fecha fija, de manera que en todos los países y en todas las poblaciones al mismo tiempo, el mismo día convenido, los trabajadores exijan de los poderes públicos la reducción legal a ocho horas de la jornada de trabajo y la aplicación de las demás resoluciones del Congreso de París. En atención a que una manifestación semejante ha sido ya resuelta para el 1º de Mayo de 1890 por la American Federation of Labor en su congreso de diciembre de 1888 celebrado en Saint-Louis queda adoptada esa fecha".

En nuestro país la fecha fué conmemorada tempranamente como lo informa este sugestivo y revelador suelto de "El Día" del 30 de abril de 1890:

"Mañana se reunirán los socialistas que por no sabemos qué anomalía, existen sin razón entre nosotros, para asociarse a la fiesta universal de los obreros que se celebrará el mismo día en todo el mundo. Los socialistas de Montevideo tomarán una actitud pacífica, limitándose a comunicar a sus consocios del viejo mundo que el obrero es libre en esta tierra de libertad" (sic).

La agitación por las ocho horas dió en general sus frutos, al punto que

al promulgarse la ley respectiva en 1908 la mayor parte de los gremios organizados ya habían obtenido esta conquista en convenios colectivos directos con sus patronales.

Andando el siglo XX, ha surgido una falaz interpretación del 1º de Mayo. De una fecha de protesta y de solidaridad proletaria en demanda de un mundo socialista y justo, se le ha transformado —especialmente en los países dominados por el totalitarismo— en una fiesta cívica, en una celebración casi carnavalesca.

Las clases populares sin embargo no se han engañado y la fecha sigue poseyendo el perfil de una concentración reivindicativa, que valora la conciencia de clase. Este de 1955 encuentra al mundo amenazado por una guerra de destrucción y crisis económicas, lesivas en primer término a los intereses populares, pero aún así es interesante balance del camino recorrido.

Hace pocas semanas las voces del CIO-AFL de los EE. UU., ahora unificados, han anunciado que lanzarán una campaña pública por treinta y cinco horas de trabajo semanal obrero que esperan implantar en 1956 para todas las empresas de su país. Recordemos que la vieja reivindicación de 48 horas semanales de 1886, ya había sido superada en Francia en 1936 con la jornada de 40 horas, y que en el congreso de Montevideo de la Asociación Continental de Trabajadores, celebrado en 1929, a propuesta de la FORA se había acordado hacer agitación por la semana de 36 horas de trabajo.

El llamado "sueño" de los utopistas del socialismo, de un mundo nuevo donde el trabajo dejase de ser una maldición por el uso de la técnica y de una justa distribución de los productos, se anuncia. — C. M. R.

Democracia Directa versus Oligarquía

Un Concejo Departamental del Interior recién instalado adoptó, entre sus primeras decisiones, la de celebrar sus sesiones en privado, libres de la presencia de la "barra". La medida ha sido comentada elogiosamente en la gran prensa. Así "El País" (28|2|55) teoriza diciendo: "Para que los mandantes se enteren de la resolución de sus mandatarios edilicios no necesitan presenciar y oir sus deliberaciones: les basta con estar informados de sus resoluciones". Más aún destaca que la presencia del público ciudadano y hasta de los taquígrafos ha sido un gran inconveniente para la mejor productividad de las resoluciones del mismo Poder Legislativo Nacional. Posteriormente el Consejo Nacional de Goberno ha suprimido la versión taquigráfica de sus sesiones, so pretexto de que se trata de un órgano ejecutivo.

El caso es interesante, pues se agrega a significativos antecedentes, que muestran una firme tendencia a evitar el ejercicio del gobierno directa, aún dentro de la forma moderada en que la acepta nuestra Constitución.

Por dos veces la Cámara de Representantes ha rechazado convocar a la ciudadanía a un plebiscito para saber la opinión popular sobre problemas capitales. Primero fué sobre

el Proyecto de Servicio Militar Obligatorio del Gral. Campos, cuya impopularidad ha sido tan decisiva que no se cumple, apesar de la aprobación parlamentaria.

Al tratarse el proyecto de Tratado con los EE.UU. de nuevo se rechazó la consulta popular. Aparte de los plebiscitos celebrados simultáneamente con las elecciones sobre reformas de la Ley Constitucional, solamente se ha ejercido este instrumento creado en 1934, en el problema del costo del boleto de transporte en Montevideo, y es notorio que la reiterada decisión popular no fué respetada por el Poder Ejecutivo.

Por otra parte las Cámaras se han negado en reiteradas oportunidades a que se trasmitieran radialmente sus sesiones, lo cual pondría a los Diputados y senadores en directo contacto con sus electores.

Conviene recordar que si bien es cierto que nuestra Constitución incluye entre sus organismos el plebiscito, el referendum, y hasta la iniciativa popular, le faltan instituciones como el "recall", (es decir la cancelación del mandato por los electores), y la asamblea vecinal, (al estilo de lo usual en los cantones de Suiza).

Todas las medidas tendientes a retacear la democracia directa entre nosotros, se han hecho en nombre de los pretendidos beneficios de la centralización, del mito de la especialización técnica de los representantes, y de las ventajas del sistema representativo, pero asimismo recalcándose en cada caso que podría ser distinta la resolución, "si nuestro pueblo no fuera tan ignorante".

Es evidente que estamos —de admitir la sinceridad de los jerarcas— ante un círculo vicioso, pues el pueblo es ignorante por que no practica el gobierno directo, ni se instruye por la práctica de sus derechos, (salvo eventualmente los electorales cada cuatro años), y por otra parte no practícase el gobierno directo porque sigue ignorante. Suiza, tan citada a propósito de otras instituciones, practica con provecho y abundantemente el sistema del plebiscito, incluso en materias aparentemente especializadas como las de defensa nacional, sanidad pública, etc.

En EE.UU. e Inglaterra existe el "recall" para exonerar de sus cargos a los Representantes que no cumplen con sus promesas pre - electorales, o actuan incorrectamente.

Que en un país de tres millones de habitantes se confíe tan exclusivamente en la sabiduría de los 129 legisladores, y de los nueve Consejeros nacionales, supone cierto desdén por la efectiva democracia, y un serio paso al establecimiento de una oligarquía. — C.M.R.

1er. Congreso de Cooperativas Agropecuarias

Del 17 al 19 de abril se realizó en Rivera el 1er. Congreso de Cooperativas Agropecuarias del Uruguay, con asistencia de delegados de las 41 cooperativas organizadas de acuerdo con la ley 10.008. Concurrieron también todos los ingenieros agrónomos regionales, dependientes de la Dirección de Agronomía, varios legisladores y otras autoridades.

No obstante ser el primer Congreso de este tipo, y en consecuencia haber aparecido conceptos de cooperativismo no del todo ajustados a los principios fundamentales del verdadero cooperativismo, fué una reunión de intenso trabajo y de una jerarquía muy por encima de cualquier otro tipo de asamblea de productores del campo.

Se presentaron 39 trabajos, comprendiendo proyectos, estudios de diversas formas cooperativas, y su aplicación a nuestro ambiente, etc. Diez Comisiones consideraron todas las ponencias, agrupadas según los temas, y luego los informes fueron discutidos y aprobados por el Congreso.

Se estructuró un proyecto integral sustitutivo de la ley 10.008, y se resolvió dejar constituída la Federación de las Cooperativas Agropecuarias, cuyo primer Consejo Directivo quedó integrado con: Ing. Luis Garmendia, de la Cooperativa de Young (Presidente); Ing. Angel Fioroni, de la Cooperativa de Pando, (Vicepresidente); Raúl Barbot (Secretario); Ing. Joanicó, de la Cooperativa de Chapicuy (Pro-secretario); Roberto Florio, de la Unidad Cooperaria Nº 1 (Tesorero); Domingo Aguirre, de la Cooperativa de Castillos (Pro-tesorero); José Tomasich, de la Cooperativa de Cañada Grande (Bibliotecario).

En uno de nuestros próximos números publicaremos comentarios e informaciones más amplias sobre los muy diversos e importantes temas que preocupan al movimiento cooperativo agrario.

Finalmente nos interesa destacar la intervención de la Presidenta de la Unidad Cooperaria Nº 1, Srta. Hilda Morales, quien expresó que con ánimo constructivo, señalaba el hecho contradictorio de que hay organismos que se llaman cooperativas y tienen trabajando empleados y obreros que no participan de los beneficios del sistema cooperativo.

Nos complace destacar este fermento de auténtico sentido cooperativo que, seguramente, ha de triunfar y ha de prevalecer en el conjunto de la nueva Federación, cuya constitución saludamos como uno de los acontecimientos más progresistas y constructivos del ambiente agrario en nuestro país. — **M. J.**

El Preso Español, otra vez de Actualidad

El Centro Republicano Español de Montevideo se ha dirigido, recientemente, a las principales entidades del país, así como a la prensa y radio, notificándoles la iniciación de una campaña en favor de la liberación de **todos** los presos políticos - sociales que todavía permanecen encerrados en las ergástulas franquistas. El día 18 de marzo tuvo lugar una reunión de representantes de organismos uruguayos y españoles ya adheridos a la campaña, en la que se sentaron las primeras bases de la misma.

La idea había sido lanzada hace algún tiempo y fué recogida rápidamente por el semanario de Nueva York, "España Libre", que inició el movimiento en EE. UU., consiguiendo apreciables adhesiones. Por su parte, el Centro Republicano de Montevideo, manteniéndola encuadrada en un marco internacional, se ha dirigido a los Centros similares del resto de América (algunos de los cuales han respondido ya favorablemente) y al gobierno español en el exilio.

La necesidad de esta campaña no puede ser discutida por nadie que milite en el campo democrático. Hasta ahora, mal que bien, el preso español había sobrellevado su prolongado infortunio, con la esperanza más o menos lejana, pero nunca vacilante, de que un siempre posible cambio de régimen, le restituiría, al fin, su tan ansiada libertad. Y "l'espoir fait vivre". Pero desde que, con la firma del pacto yanqui-franquista, el "Caudillo" cuenta con el aliado más poderoso con que podía haber soñado, los últimos vestigios de esa esperanza que ayudaba a vivir han huído de las cárceles de España. El régimen, consolidado por el apoyo exterior, ha vigorizado sus resortes represivos.

Como dice el llamamiento dirigido a la opinión organizada del país, es difícil hacerse una idea de lo que debe ser la situación moral, (no hablemos ya de la material), de estos presos. Los hay que están en esta condición desde 1939 y aun antes. Durante meses, e incluso años, han agonizado moralmente a la sombra macabra del pelotón de ejecución, que proyectaba, cada noche, sobre ellos, su tétrica y amenazadora silueta, en las "sacas" nocturnas que tuvieron lugar en los tiempos siguientes a la terminación de la guerra. Historia ésta ya olvidada, pero que puede recomenzar gracias a los buenos oficios de "la gran democracia del norte". Las más crueles torturas se han empleado contra ellos como medio

para doblegarles o hacerles delatar a sus compañeros, con la activa participación de los ministros de una religión que se sigue diciendo de paz y amor. Los sufrimientos propios entremezclándose con los de los seres queridos y con la amarga conciencia de lo momentáneamente irremediable, reiterándose un día y otro día, durante meses, a todas las horas y todos los minutos, han hecho de la existencia del preso un constante tormento, que si se soportaba, era con la esperanza de verlo un buen día acabar.

Esta esperanza se robusteció y pareció concretarse allá por los años 1944 y 1945. La modificación del régimen y el trato carcelarios, les indicaba, bien a las claras, que sus verdugos, viéndose vencidos, imploraban su perdón. Mas después, lentamente, las puertas se volvieron a cerrar. Y otros nuevos entraron. Entre ellos, exilados que se creyeran definitivamente a salvo de las garras franquistas, y que, confiando en las promesas solemnes de las democracias, llevando en sus bolsillos felicitaciones de los altos mandos aliados por su comportamiento en la guerra contra el Eje, habían acudido incautamente.

Y, desde entonces, sucesiva y paulatinamente, unos y otros fueron perdiendo sus esperanzas puestas en la fidelidad de las democracias, la solidaridad activa del proletariado mundial, el peso de la opinión pública favorable de todos los países, la acción de los exilados y las distintas declaraciones de amistad.

Corresponde, pues, en primer lugar a los exilados españoles y después a los demócratas que todavía no se avergüencen de tal apelativo, devolver al preso español esa luz de esperanza destinada a iluminar las tinieblas en que actualmente se debate. Corresponde también a los no españoles, porque, sin entrar a desarrollar una cuestión que merecería una consideración especial, es evidente que la causa de la libertad siempre ha rebasado los límites nacionales.

Lo único que se puede reprochar, pues, a la campaña es que se ha tardado demasiado en comenzarla. ¿Existen posibilidades de conseguir algún resultado? La primera respuesta que viene a la mente es que, por desgracia, no hay otro camino por el momento. Y, una vez esto sentado, hay que hacer observar que Franco ha sido siempre sensible a la opinión universal, cuando ésta se ha manifestado de manera amplia y enérgica. Se conocen no pocos casos de conmutación de penas de muerte logradas por ese medio, de los que el más reciente se produjo con ocasión del proceso incoado contra el último Comité Nacional de la C. N. T. detenido, campaña que fué secundada por la Cámara de Representantes, a petición del Dr. Cardoso. Numerosos ejemplos sintomáticos, sin olvidar las instrucciones secretas dadas a la policía, podrían aducirse para abonar la precedente afirmación, pero resultaría sumamente prolijo y alargaría ya con exceso este artículo.

Baste añadir que, en el peor de los casos, la campaña, suscitando una nueva esperanza en el ánimo de los presos, haría más llevadera su situación y que, al mismo tiempo, serviría para reagrupar la demasiado dispersa emigración española en torno a una tarea común que la vincularía más estrechamente para ulteriores objetivos.

Lo fundamental es no perder conciencia de que su mayor o menor éxito, estarán en razón directa del entusiasmo que en ella se ponga y de la actividad que en ella se despliegue. De cada uno depende, pues, el resultado, y en las manos de cada uno se halla, en estos momentos, la libertad de los presos españoles. Ellos están seguros de que el pueblo uruguayo se mantendrá fiel a su generosa tradición y en él confían mas que en ningún otro. — V. S.

Ciencias Sociales en el Uruguay

Es interesante señalar diversos hechos muy recientes.

El Partido Socialista ha iniciado, bajo el patrocinio de su Comisión de Cultura y la dirección de nuestro compañero Enrique G. Broquen, un Curso de Capacitación en la Casa del Pueblo, dividido en doce grandes cursillos. El primero de los mismos, dictado personalmente por Broquen, y que versa sobre la doctrina marxista, ya se ha iniciado con un amplio público.

El Hospital de Clínicas que dirige nuestro compañero Helvecio Tabárez,

ha iniciado, por vez primera en el Uruguay, el Servicio Social Hospitalario, con la cooperación de una Asistente Social brasileña especialmente contratada.

Con la iniciación de los cursos en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y el Instituto Normal nuestro compañero Héctor-Hugo Barbagelata reinicia sus Seminarios de Legislación del Trabajo y de Sociología, respectivamente, en una nueva etapa de su labor creadora. Arturo Ardao, sus cursos de Historia de las Ideas en el Instituto de Profesores y en la Facultad de Humanidades. En esta última integra, conjuntamente con nuestro Director Carlos Mª Rama, la Comisión Asesora del Seminario de Ciencias Sociales que preside el Dr. Lincoln Machado Ribas. También Rama ha reiniciado en esa Facultad el Seminario de Historia de la Cultura, donde continúa el estudio del tema "El fascismo en la ideología del siglo XX".

Todos estos hechos, y otros muchos en que intervienen nuestros colaboradores y amigos, nos hacen pensar que las Ciencias Sociales en el Uruguay vienen experimentando una rápida evolución de índole progresista, que influirá a corto o largo plazo en la opinión pública nacional.

Pero "NUESTRO TIEMPO" no ha querido permanecer, en cuanto grupo editor, al margen de estas preocupaciones y ha dado los pasos pertinentes para intervenir directamente en el proceso, iniciando un FORO DE DEBATES. Las dos primeras reuniones efectuadas, han sido consagradas a los problemas agrarios, y una vez iniciados por una fundada exposición de nuestro compañero Mario Jaunarena, se ha realizado un debate libre proficuo y fermental. Creemos que es la primera vez que en Montevideo se debaten os problemas nacionales, en un plano de seriedad informativa y a través de las ideas socialistas. De mantenerse esa institución, "NUESTRO TIEMPO" podrá enorgullecerse de un aporte valioso al progreso del país.

Las Próximas Elecciones en Inglaterra

El 26 de mayo tendrán lugar en Inglaterra elecciones generales que constituyen un verdadero acontecimiento histórico. La redacción de "Nuestro Tiempo" hace votos por el triunfo laborista, que ha de significar una etapa trascendental en la marcha de la humanidad hacia el Socialismo. Si, como esperamos, se produce ese triunfo, los socialistas de todo el mundo lo festejaremos como nuestro.

El aspecto que resalta más en estas elecciones es que los que voten por el Partido Laborista saben que votan por una corriente cada vez más definidamente socialista, tanto en los problemas internos como en los internacionales.

La izquierda ha venido ganando influencia en forma impresionante dentro del Laborismo: mientras que en 1951 tenía solamente un miembro entre los 28 del Comité Ejecutivo, en el Congreso de setiembre último contaba prácticamente con la mitad del Congreso (perdió la votación en el asunto del rearme alemán, principal problema discutido, por 248.000 votos en 6.300.000).

Después de ese Congreso el sector derechista evidentemente se ha desprestigiado:

1) Por el fracaso del disparatado intento de expulsar a Bevan del Partido. Tuvieron que dar marcha atrás y reincorporarlo a la agrupación parlamentaria, obligados por la enorme amplitud de la campaña que organizaron todas las federaciones del Partido, que atacaron duramente el reaccionario intento de algunos dirigentes (Morrison, Arthur Deakin, Gaitskell) que ponía en peligro la unidad del Partido. El

sector derechista parece que no advertía que estaba fuera de su alcance dejar a Bevan al margen de la lucha política. Tampoco tuvo en cuenta el daño enorme que hubiera sufrido el socialismo británico y el socialismo internacional si su moción triunfaba. Además, a pesar de su pregonado anti - sovietismo, debilitar esa tercera fuerza anti - armamentista y pacifista (que integran la corriente bevanista, los socialistas franceses y alemanes contrarios al rearme, y todo el socialismo asiático) equivale a respaldar a la Unión Soviética, porque la clase obrera de todo el mundo cada vez mira con más desconfianza y desagrado la alianza "democrática" capitalista que incluye a Franco, Chang Kai Shek y Castillo Armas.

2) Por la actuación de algunos dirigentes sindicales en la huelga portuaria de octubre. En esa oportunidad Deakin pronunció un discurso en Birmingham denunciando la huelga como un complot comunista. De inmediato "Tribune" contestó que eso era un insulto a los obreros portuarios, que Deakin no sabía nada de lo que pasaba en los puertos ni trataba de conocer el problema. El Comité Ejecutivo Laborista censuró a "Tribune", a lo cual el periódico izquierdista respondió con una bien fundamentada exposición en la que, entre otras cosas, manifestaba su asombro de que el Comité Ejecutivo del Partido Laborista no hubiera encontrado injuriosas para los trabajadores ne huelga, las palabras de Deakin. Esa huelga de portuarios, realizada contra la opinión de la burocracia sindical, sin duda quebró su autoridad entre los 1.300.000 afiliados de la Federación del Transporte.

La polémica electoral está centrada, en lo interno, en la defensa de la propiedad privada por parte de los conservadores, y en el programa de colectivizar la propiedad y las fuentes de trabajo, que sostienen los laboristas.

La política colonial que propone el laborismo —con el prestigio que le da la independencia de la India, de Pakistán, de Ceylán y de Birmania— es absolutamente contraria a toda discriminación racial y tendiente a trabajar de inmediato con los pueblos de las colonias restantes para establecer gobiernos autónomos y democráticos.

En lo internacional, ¿cuál es la posición de Bevan hacia Estados Unidos? En el Nº 1 de nuestra revista publicamos íntegramente las razones de su oposición al rearme alemán, Ahora, sintéticamente, podemos decir que Bevan acusa a Estados Unidos de haber impedido en los últimos años la realizacion de una conferencia entre los principales gobernantes de las grandes potencias (hecho reconocido por el mismo Churchill en el Parlamento el 2 de marzo último), y afirma que la falta de ese acuerdo determina que la humanidad siga amenazada por la posibilidad de una guerra termonuclear.

Los que voten al Laborismo saben, además, que su política internacional será poner todo su peso para lograr un entendimiento entre Estados Unidos y la URSS, que libre al mundo de los horrores de una guerra con bombas H, y que posibilite una política de desarme. "Eso es —afirma Bevan— lo que los hombres y mujeres del pueblo, en el mundo entero, esperan de sus hombres de Estado". — M.J.

En Bandoung se Afirmó la Tercera Fuerza

En Bandoung se han reunido los representantes de 29 países de Asia y Africa, a deliberar sobre su común destino y a intentar dar estructura a sus sueños y esperanzas. Son mil quinientos millones de hombres de color, los que, por sus voceros, han declarado su voluntad de independizarse económicamente de la tutela occidental, de lograr por sí mismos formas mejores de vida, de ponerse al margen de la querella con que los hombres blancos amenazan arrasar el mundo entero.

Tres bloques se perfilaban en la conferencia y hacían temer, con sus antagónicos puntos de vista, que las deliberaciones terminaran, o en un rotundo fracaso o en anodinas declaraciones de compromiso. Fueron el grupo que, atemorizado por el fantasma comunista, con el Japón al frente, busca el respaldo militar de occidente y lo está pagando con actos de sumisión económica; el que China encarna, que, por reacción contra el imperialismo capitalista que la esquilmó, dividió degradó durante casi dos siglos,

tiende a ampararse bajo la sombra del Kremlin y el que, más seguro de su destino y de su fuerza, ha venido anteniendo heroicamente su equidistante posición entre ambos sectores y que tiene a la India, eficazmente secundada por Birmania socialista, por conductora y orientadora.

Sin embargo, han sabido encontrar los tres bloques, puntos fecundos de coincicencia. De la conferencia no sólo han surgido acuerdos y directivas generales encaminadas a asegurar el libre desenvolvimiento de las economías nacionales de esos países, en un plano de mutua cooperación. Veintinueve naciones, mil quinientos millones de seres humanos, más de la mitad de la población del globo, han adoptado posiciones decisivas frente a la política internacional, han querido y han sabido deliberar sin la presencia de las grandes potencias que se han adrogado a sí mismas el derecho de decidir de la suerte del planeta, superando el dilema tremendo entre Kremlin y Wall-Street con que se nos quiere llevar a todos a los campos de batalla, han sabido decir no, a ambos bandos en pugna, y declarar su inquebrantable voluntad de mantenerse al margen del conflicto, en la paz como en la guerra.

Las esperanzas de quienes nos hemos negado siempre a embanderarnos en uno de los bandos que se disputan el dominio del mundo, han recibido, así, firme aliento. Los que queremos construir una tercera fuerza que en lucha, a la vez, contra la explotación económica del capital imperialista y las ansias de dominación de la dictadura totalitaria de Moscou, sea garantía de paz para el mundo entero, hemos recibido de la Conferencia de Bandoung una ayuda inmensurable. Ella viene a echar por tierra los afanes de quienes disfrazan su obsecuencia a las grandes fuerzas monopolistas o totalitarias detrás de las máscaras de la libertad o de la justicia y pretendían ridiculizar los esfuerzos de quienes, en un tercer frente, ahora extendido a todo lo largo del orbe, luchan realmente, ellos solos, por la paz, la libertad y la justicia a la vez.

Es importante que la posición del grupo que conduce India, haya logrado imponer su tono al conjunto de la conferencia. Ello debilita, inmediatamente, la potencia y las posibilidades de acción de los dos grandes grupos que se encuentran en pugna en escala mundial.

Japón y quienes integran el grupo occidentalista, han sumado sus voces a la de los demás países integrantes de la conferencia. Y ello les crea, ante la opinión pública mundial, como naciones, y a sus gobiernos, allí representados, ante sus propios pueblos, compromisos que no podrán eludir y que les obligarán a ser algo más que meras piezas de ajedrez, manejadas por el Departamento de Estado.

China "Roja", tabién ha sumado su voz a sus hermanas asiáticas y africanas. Y también ha declarado su voluntad de permanecer neutral en la pugna que amenaza despedazar al mundo. Creo que nunca se apreciará bastante la importancia de esta actitud. Son seiscientos millones de hombres y mujeres, portadores de la más vieja y profunda cultura que la historia recuerda, con un territorio que la técnica moderna puede convertir en pocos años en el más rico de la tierra, los que así comienzan a romper sus ligaduras con la URSS, que hizo firmes la torpeza de la política occidental, sólo mitigada por los esfuerzos del laborismo británico. Son seiscientos millones de seres humanos, a los que el bloqueo y el aislamiento podrían haber conducido al resentimiento, al odio y al camino de la agresión, los que declaran su voluntad de permanecer arando pacíficamente sus tierras y poniendo en marcha sus nuevas fábricas, aunque otra cosa resuelva Moscou. Es un país de dimensión y hondura continentales, el que hoy ya sabe que tiene otros amigos que los de la dictadura moscovita, otras puertas abiertas hacia el mundo, que no son las que cruzan Siberia, otra posibilidad de sobrevivir que no es la de sumarse incondicionalmente a uno de los bandos que se aprestan a la guerra. Los esfuerzos capitalistas para ahogar por hambre a la revolución china, han sufrido un rudo golpe. Y el peligro de repetir con China la experiencia, cuyos resultdaos aún paga occidente, que se realizó con Rusia, parece desvanecerse|

Aunque poca trascendencia ha dado la prensa al servicio de Washington y de Moscou, a esta conferencia, con la que se colocan en el primer plano de la historia y de la política contemporáneas tantos centenares de millones de seres, hasta ahora siempre postergados, es evidente que tanto el Kremlin como la Casa Blanca, han acusado el impacto y han comenzado a comprender que no sólo de sus decisiones, de sus

acuerdos o desacuerdos depende el destino humano. Y comienzan a ver que el dilema que ofrecen como la sola posibilidad de opción a toda la especie humana, es rechazado oficialmente por más de la mitad de la especie humana.

El tono de los contendientes ha cambiado, desde que se levantaron las conversaciones de Bandoung. Estados Unidos no puede ni podrá hacer oídos sordos a la invitación formulada por China desde la conferencia misma a conversar sobre el problema de Formosa. Ni puede ya presentarse al mundo como el solo defensor de la paz, frente a una China agresora, que ofrece discutir todos los problemas que en oriente pueden perturbar la paz. Y la Unión Soviética tiene que haber comprendido que no puede contar, incondicionalmente, para sus aventuras en procura del poder mundial, ni siquiera con su más inmediata aliada, la China de Mao-Tse-Tung.

Las señales de apaciguamiento, se han hecho ya perceptibles. Cuando se reúnan los áefes de Estado de Rusia, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, no podrán olvidar que ellos representan mucho menos vida humana, mucho menos mundo y mucho menos futuro, que los emisarios de los pueblos que en Java dijeron ya que están dispuestos a construir su destino, para la paz, la libertad y la justicia, por caminos que no son los que señalan ni comunistas ni capitalistas, que no aceptan que el mundo se divida en "demócratas" y "rojos" y que están dispuestos a seguir por su camino, hacia su propio destino, sin dejarse, por más tiempo, perturbar, engañar o desviar. En la mesa que convoque a "los cuatro grandes", la presencia invisible de Bandoung, será, sin duda alguna, garantía de paz para todos los pueblos de la tierra. — E.G.B. .



DOCUMENTOS

El Manifiesto Inicial del Partido Socialista

La fundación del Partido Socialista Uruguayo (S.U.I.O.) no se realiza por la escisión de un partido anterior, como sucede con el Partido Socialista Obrero Chileno en 1912, ni a través de un congreso que federe diversos centros locales como el Partido Socialista Obrero Internacional argentino en 1895.

Se trata de un proceso relativamente amplio, que abarca los años 1904 a 1912, jalonado por los siguientes hechos. En la primera de esas fechas la fundación del **Club Carlos Marx** (el mismo que hoy tiene abierto el partido en el barrio de la Aguada) que publica en 1906 el periódico quincenal **"El Socialista"**, dirigido por Emilio Frugoni. En 1910 éste es electo diputado por la alianza de los afiliados de "Carlos Marx" con los del Club Liberal, y es en este año que al dirigirse al electorado el primero de los clubes citados —"órgano y plantel de un partido en formación"— se difunde el histórico manifiesto que firma su candidato. Más tarde al surgir el Centro seccional de la 2a. y 3a. Sec. Jud. de Montevideo, se establece el Comité Ejecutivo del Partido Socialista, con fecha 18 de marzo de 1911, actuando en la Secretaría General el Dr. Frugoni, y entre sus primeras medidas adopta como manifiesto oficial el documento que transcribimos y se publica en "El Socialista" (ahora órgano del Partido), el Reglamento partidario.

En el número 4 del mismo **órgano de fecha 9 de abril de 1911 se publicará por vez primera el famoso**

"Programa Mínimo del Partido Socialista", y recién en agosto de 1912 se celebrará el Primer Congreso partidario, en que se habrán de considerar esos tres documentos preparados por el primer Comité Ejecutivo.

No habían faltado antes importantes intentos de fundar en nuestro medio una agrupación política de tipo socialdemócrata como lo informan, por ejemplo, los trabajos de Adolfo Vázquez Gómez desde 1894, y el llamado "Manifiesto de Constitución del Partido Socialista Uruguayo" que redacta Alvaro Armando Vasseur en 1901.

Fué decisivo para el éxito de la empresa el aporte de exilados socialistas argentinos como Luis Bernard, secretario - fundador del "Carlos Marx" y Bartolomé Bossio, la colaboración de algunos gremios dispuestos a seguir las directivas reformistas a pesar del monopolio virtual que del movimiento obrero tenían los anarquistas desde 1875, y muy especialmente el ingreso de figuras intelectuales provenientes de los antiguos partidos tradicionales que encabezará Don Emilio Frugoni. A partir de 1906 es prácticamente imposible hacer la historia del movimiento socialista en nuestro país sin aludir insistentemente a su labor de publicista, parlamentario y líder político.

El **Manifiesto Socialista. El Centro Carlos Marx al pueblo** de 1910 es ya una pieza de valor histórico en el proceso ideológico del país.

Editado en una hoja suelta tamaño oficio, y con la tipografía romántica de la época, retoma algunas de las ideas ya expresadas en el editorial de **El Socialista** de 1906, **La Vanguardia** de Buenos Aires (con el título de **Boceto sociológico**), en la revista **En Marcha del Centro Internacional de Estudios Sociales**, y finalmente en la revista montevideana **El espíritu nuevo** por 1909.

Doctrinariamente el manifiesto no se embandera dentro de las distintas corrientes ideológicas de la social-democracia de la época, e implícitamente hace suyos estos párrafos que iniciaban el editorial citado de **El Socialista** en 1906: "El programa de este periódico no es largo ni difícil de exponer. Sus bases son claras y precisas como la acción revolucionaria que sustenta y acaso bastaría, para verterlo y encerrarlo en cortas palabras, de una condición admirable, con estampar al comienzo de esta hoja aquellos dos luminosos consejos legados ala conciencia de las muchedumbres por el genio clarividente del **Manifiesto Somunista**: "Proletarios de todos los países, uníos" - "La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos".

Su mérito fundamental, es el análisis certero, y para el momento original, de la vida uruguaya a principios de siglo. El manifiesto abre simbólicamente la historia de la socialdemocracia entre nosotros al terminarse las guerras civiles "haciendo constar una vez más su protesta contra los movimientos armados que con desalentadora frecuencia conmueven y desvastan el país sin responder a ideales levantados ni siquiera definidos..." y se suma a "los obreros que lanzan manifiestos acusando el crimen de la insurrección". Se hace en ombre de las ideas socialistas, pero también en favor de un olvidado protagonista histórico nacional, el proletariado ("los obreros conscientes", "los operarios del ferrocarril, desvalijados, robados y abandonados... u obligados a engrosar... las filas insurrectas", o "el numeroso

grupo de asalariados que... huyeron del país con el espanto y el asombro de la expoliación brutal, etc.").

Después de señalar la causa ocasional del conflicto y establecer un juicio sobre la personalidad de José Batlle y Ordóñez, se opina "que el mal endémico de las revoluciones guarda estrecha relación con determinadas condiciones conómicas", "porque la civilización no penetra suficientemente en la campaña".

En el "Boceto sociológico", desde un punto de vista que evoca a Sarmiento, ya Frugoni hacía el estudio de la influencia de la ganadería extensiva en la sociedad nacional, y enunciaba el programa agrario de 1910.

En 1955 al iniciar NUESTRO TIEMPO su Foro sobre Problemas Agrarios, Mario Jaunarena, pudo citar **todavía** como actuales conceptos como: "Es preciso rescatar ...esas extensiones inmensas que hoy permanecen desiertas de hombres, sólo pobladas de animales, enriqueciendo a unos pocos detentadores —monopolizadores diríamos— del territorio nacional". El enfoque del problema agrario es a nuestro juicio la parte más original de este documento, y él solo alcanzaría para merecer su estudio.

Finalmente se insiste en que los trabajadores "deben constituirse en legión organizada, entrando como partido de clase a ejercer sus derechos políticos y a forjar con el calor de sus anhelos de justicia el arma de la ley". La discusión sobre la acción parlamentaria no se hizo, como en Italia por ejemplo en el seno del mismo Partido Socialista, pero hubo "polémicas públicas" muy ruidosas, entre las que se destaca la que sostuvieran con Leoncio Lasso de la Vega, y Adrián Troitiño, los socialistas Bartolomé Bossio y Adolfo Vázquez Gómez en 1906, en la sede del Centro Internacional.

La brillante actuación parlamentaria de Frugoni desde 1910 a 1942, dió después un decisivo argumento a sus files. —C.M.R.

MANIFIESTO SOCIALISTA
EL CENTRO CARLOS MARX
AL PUEBLO

El Centro Socialista "Carlos Marx" cree un deber dirigirse a los trabajadores de la República, en el deseo de sugerirles la verdadera enseñanza que para la conciencia del proletariado se desprende de los acontecimientos históricos que acaban de producirse.

Ahora que la tranquilidad ha vuelto a todos los ánimos y los hechos pueden juzgarse en perfecta calma y con mayor imparcialidad a medida que el ambiente político se clarifica, consideramos oportuna la ocasión para pronunciar nuestra palabra, ya que en las actuales circunstancias podemos esperar ser oídos sin prevenciones contrarias al criterio justo y al elevado raciocinio que pretendemos suscitar entre aquellos a quienes va preferentemente dirigida.

Este Centro - órgano y plantel de un partido en formación, el Partido Socialista— hace constar una vez más su protesta contra los movimientos armados que con desalentadora frecuencia conmueven y devastan al país, sin responder a ideales levantados ni siquiera definidos, sin obedecer a otra causa directa que a la levantisca condición de los caudillos gauchos sirviendo estrechos propósitos partidarios, obrando como instrumento de las mezquinas intenciones que es siempre fácil descubrir en los bajos fondos de la politiquería criolla. Los obreros conscientes y los hombres imparciales de todas las clases de la sociedad ven en estas deplorables revueltas que siguen siendo entre nosotros un procedimiento normal de lucha, incorporado a nuestras costumbres políticas desde los albores de la nacionalidad, manifestaciones de funestos atavismos cuya persistencia nos desacredita ante el extranjero y obstaculiza el progreso material y moral de la nación, tendiendo a dirimir sobre los campos de batalla rivali-

dades de bandería, y haciendo del empuje de las montoneras, medios para solucionar pleitos civiles que sería más humamno y menos vergonzoso dilucidar en el terreno de las pacíficas contiendas democráticas. Se impone, pues, la condenación de esos anacrónicos procedimientos por parte de un partido que, como el nuestro, aspira a imponer en el país el régimen de las sinceras soluciones legales, trazándose un programa de acción que implica el ejercicio completo de los derechos ciudadanos, y confiando el éxito de sus aspiraciones cardinales a una gestión culta y civilizadora frente a la cual el sistema de la insurrección permanente es una antítesis que la perturba cuando no la imposibilita.

Pero si debemos condenar en general esas criminales revueltas como rudimentarios expedientes políticos que desdicen del grado de progreso moral de que nos envanecemos, la reprobación se redobla ante el caso particular de una protesta armada como la reciente, que servía a los planes y a los fines de la reacción política, religiosa y social. La conciencia pública sabe bien a qué atenerse respecto a los factores que intervinieron en la fracasada conmoción, cuyos jefes visibles han declarado al país en el manifiesto explicativo que siguió al sometimiento, su connivencia con personalidades del Partido Colorado que no pueden ser sino los mismos que componen el núcleo concreto de la oposición a Batlle en una endeble ramificación de dicho partido, es decir: viejos representantes de las nefastas épocas del despilfarro administrativo y la cínica corrupción gubernamental; espectros de un pasado oprobioso; cadáveres políticos en descomposición; residuos arrojados a las desiertas playas de una proscripción higiénica por el naufragio de situaciones caducas...

La causa de esta revuelta —que se proponía impedir el advenimiento al poder de un hombre representativo de principios democráticos y liberales, en quien el pueblo ha puesto su esperanza de ver realizadas algunas importantes reformas y que es, en las actuales circunstancias y dentro de la relatividad de las cosas en el dominio de las instituciones burguesas y tratándose de gobernantes burgueses, el único candidato que puede ser considerado prenda segura de un gobierno respetuoso de los derechos y reivindicaciones de la clase trabajadora— era, no solamente la causa de la oposición nacionalista, sino también de la iglesia, de la política sin escrúpulos y del conservadorismo intransigente.

Como si esto no bastase para hacernos odioso ese injusto movimiento insurreccional, ciertos actos vandálicos cometidos por las huestes revolucionarias contra indefensos obreros sin que una sola voz se dejase oir en el campo de quienes se han solidarizado con la intentona, proponiendo un desagravio o manifestando al menos su desconformidad con tan bárbaros atropellos, han venido a demostrar a los proletarios qué es lo que pueden esperar de estos pretendidos regeneradores de la patria. El episodio de aquellos operarios del ferrocarril, sorprendidos por el ejército revolucionario, desbalijados, robados y abandonados sin recursos en mitad del camino, u obligados a engrosar, si eran orientales, las filas insurrectas, es uno de los más aleccionantes y significativos ejemplos que registra la historia de nuestras frecuentes guerras civiles. El numeroso grupo de asalariados que, víctimas inocentes de una de nuestras habituales pendencias sanguinarias, huyeron del país con el espanto y el asombro de la expoliación brutal de que se les había hecho objeto en esta joven República, adonde vinieran con la esperanza de hallar respeto para el trabajo, bienestar para el cuerpo, libertad para el espíritu —según la promesa que estos países nuevos formulan a los desheredados del mundo— proclama bien alto, ante la opinión universal, el peligro que corren en medio de estos desbordamientos periódicos de nuestro instinto belicoso, los llamados a construir con el esfuerzo de sus brazos la verdadera grandeza de la nación.

El patriotismo bien entendido aconseja ahorrar esas vergüenzas que deslucen el nombre del país en el extranjero mientras que el más elemental sentimiento de humanidad la repudia con indignación.

Nosotros hemos escuchado con íntima complacencia las voces que se levantaron en el campo obrero condenando la insurrección abiertamente. Pero si hallamos bien que los trabajadores exterioricen la aversión que les merecen estas criminales conmociones, este centro considera que eso solo no basta, y reclama de ellos, que son después de todo los verdaderamente interesados en la extirpación de los males históricos que tradicionalmente nos afligen, una acción eficaz y perseverante como fundamento práctico de declaraciones más o menos abstractas.

Para extinguir el ciclo bravío de las montoneras, como para oponerse con éxito a las fuerzas retrógradas puestas en juego de uno u otro modo contra el porvenir ascendente de la República, no basta a los obreros lanzar manifiestos acusando el crimen de la insurrección o revelando la índole reaccionaria de la torpe intentona; es preciso algo más; es preciso que hagan sentir la presión decisiva de su conciencia de clase en la balanza de los acontecimientos, por el órgano de un partido propio, el único capaz sin duda de traer factores de renovación al debate tumultuoso de la política nacional y el único capaz, por consiguiente, de obligar a los otros partidos a no reincidir en sus lamentables actitudes violentas.

Nos parece innegable que el mal endémico de las revoluciones guarda estrecha relación con determinadas condiciones económicas, cuya modificación radical es el cambio salvador que hace falta para poner fin a la era de los movimientos armados. Si estas son posibles y fáciles aún, a pesar del espíritu de los tiempos y a pesar del formidable lujo de precauciones bélicas que los gobiernos despliegan, es porque la civilización no penetra suficientemente en la campaña, cuyas vastas extensiones de tierra inculta, de donde los animales desalojan a los hombres, permanecen como una amenaza constante para el progreso y la tranquilidad del país; porque el gauchaje continúa siendo una inconsciente multitud sin arraigo, a merced de unos cuantos señores feudales que a cambio de una primitiva protección generalmente ilusoria, elaboran con su incondicional adhesión de mendigos caciques rurales. Esos pobres gauchos ignorantes que arrastran una vida miserable y casi bestial, que cuando trabajan sólo perciben salarios irrisorios, de cinco o seis pesos a lo sumo, están fatalmente destinados a prestar su contributo de sangre a las revoluciones, cuando no por las inclinaciones del propio instinto guerrero, que los lleva a jugarse la existencia en aventuras que les son familiares y les resultan no exentas de poderosos alicientes, por la imposibilidad en que se hallan de eludir su concurso, de conservarse neutrales, pues no hay medio para ellos de sustraerse al "maelstroom" de la guerra fraticida.

La desgraciadísima condición de parias en que viven esas muchedumbres dentro de su propio país, es la base del caudillismo, y este, a su vez, el factor de que depende la posibilidad y la frecuencia de las insurrecciones campesinas. Las tendencias criminales de cierta política de toldería, tiene así permanentemente a su disposición un terreno propicio donde operar y fructificar.

El remedio, pues, de la terrible enfermedad crónica que aqueja al organismo de la nación, consiste en extirpar la verdadera fuente del mal modificando la estructura económica del país de modo que las multitudes semibárbaras, sin arraigo en la tierra ni autonomía personal, sean sustituídas por multitudes pacíficas y laboriosas que transformen la soledad inculta de nuestros campos en productivas huertas y florecientes colonias. Hay que colonizar y poblar; pero para esto es preciso poner a disposición del trabajo, al amparo de leyes equitativas y previsoras, esas extensiones inmensas que hoy permanecen desiertas de hombres, sólo pobladas de animales, enriqueciendo a unos pocos detentadores —monopolizadores diríamos— del territorio nacional. Es preciso rescatar al privilegio los vastos prados que se oponen con su ilimitado abandono al engrandecimiento real del país. Combatir el latifundismo, atacarlo con leyes enérgicas, con expropiaciones, con un sabio sistema impositivo, y complementariamente, proteger la agricultura y librar en lo posible de cargas a los pequeños propietarios rurales.

Es esta una prédica que venimos haciendo desde algunos años atrás. Este Centro ha tenido ocasión muchas veces ya de repetir, por intermedio de sus órganos de publicidad y propaganda, estas mismas ideas. Nuestro actual secretario publicaba hace varios años en la revista "En Marcha" de aquí y en el diario socialista "La Vanguardia" de Buenos Aires, con el título de "Boceto Sociológico", un estudio sobre las condiciones económicas y sociales del Uruguay en que arribaba a las apuntadas conclusiones. Así hablaba también "El Socialista", nuestro órgano, el año 1905; y más recientemente el año pasado, "El Espíritu Nuevo", revista doctrinaria que interpretaba el pensamiento de la corporación, insistía en la tesis, explayándola y difundiéndola.

Más eficaces hubieran sido nuestros esfuerzos si nuestro Partido hubiera estado desde entonces en el pie de organización y desarrollo que corresponde a una metrópoli de la importancia de Montevideo.

Y los trabajadores deben convencerse de que su presión en tal sentido sólo podrán hacerla eficiente desde las filas del Par-

tido Socialista, el llamado a realizar con su influencia en el campo político y económico las transformaciones que aseguren a la República el reinado definitivo de la paz.

Residiendo en dichas transformaciones fundamentales —que no son ciertamente obra de un día, pero que sería posible iniciar desde ahora— el secreto de la canalización de la política criolla por sendas de modernidad y cultura, a los obreros toca asimismo oponerse por todos los medios a su alcance a la militarización excesiva con que, so pretexto de imposibilitar la repetición de los disturbios civiles, se abruma al erario público, y se deforma o corrompe el espíritu de los ciudadanos. Por huir del caudillismo, no debe arrojarse al país en las garras del militarismo, que tan tristemente perjudicial fuera ya a la causa de las libertades cívicas en épocas todavía cercanas... No es aumentando escandalosamente el ejército —que chupa energías vitales al pueblo productor— como se pondrá fin a la calamidad intermitente de las guerras civiles. Así lo único que se consigue es sustraer al trabajo —del cual esperamos la regeneración y el engrandecimiento colectivo— millares de brazos útiles y crear una inmensa casta de parásitos castrados de la conciencia y de las aptitudes fecundas para la labor, por la vida inútil y degradante de los cuarteles. ¡Ya gravita sobre las espaldas del pueblo un ejército proporcionalmente mayor que el de las más grandes potencias europeas! Esto es absurdo y peligroso... Se nos objetará que mientras las modificaciones de nuestro medio económico no se cumplan hasta el grado que comporte la satisfacción de nuestra fiebre insurreccional, los gobiernos no podrán dejar de ver en lo temible del ejército el necesario y previsor recurso defensivo; pero entonces contestamos nosotros que, en todo caso, lo justo sería hacer recaer exclusivamente esos enormes gastos militares sobre la capacidad contributiva de los grandes propietarios rurales, ya que los latifundios que los enriquecen son la causa primordial de tan desgraciadas anomalías.

Y he aquí que para imponer el verdadero remedio, para determinar medidas de gobierno orientadas a la solución decisiva contrarrestando la influencia poderosa de los ganaderos y de los grandes terratenientes, como para conseguir la reducción de las fuerzas militares o evitar, al menos, que su mantenimiento desangre a los trabajadores, estos deben constituírse en legión organizada, entrando como partido de clase a ejercer sus derechos políticos y a forjar con el calor de sus anhehlos de justicia el arma de la ley, en defensa de sus intereses, conscientes y orgullosos de la misión históric que al proletariado de todos los países corresponde llevar a cabo.

EMILIO FRUGONI, Secretario Gral.

LOS LIBROS

Eugen Relgis "EL HOMBRE LIBRE FRENTE A LA BARBARIE TOTALITARIA. UN CASO DE CONCIENCIA: ROMAIN ROLLAND", Montevideo, Apartado de Anales de la Universidad, 1954.

Hace poco el Parlamento japonés se dirigió a las autoridades suecas proponiendo para la asignación del próximo premio Nobel de la Paz al escritor rumano Eugen Relgis.

Este hombre reside entre nosotros desde hace siete años y esta es la obra número doce que publica en español desde entonces, editadas en su casi totalidad en Montevideo.

Seguramente estos hechos son desconocidos para la mayoría de los lectores, y de la situación es culpable, una vez más, la apatía y falta de medios del ambiente intelectual del país.

Relgis, primero en su país, y después que fué ocupado este por los rusos, entre nosotros, viene realizando una amplia labor como pacifista, en la línea más meritoria del progresismo socialista. Difusor de los principios humanitarios, a los que se ha dado con entusiasmo y sin medida, su obra puede ser objetada, pero no puede dudarse del mérito de la vida e ideas del autor.

En este caso estamos ante una biografía de Romain Rolland, el fuerte espíritu francés, del que fué Relgis celoso discípulo, y en cierto sentido albacea de su herencia intelectual. El propio Rolland, a propósito de las ideas pacifistas, manifestó en una oportunidad que no conocía otro europeo en cuyas manos pudiera dejar con más confianza su bandera.

La obra reúne un amplio material, correspondiente en forma especial al período 1930 - 1944 del autor de "Juan Cristóbal", incluyendo un epistolario parcialmente inédito, y plantea através de la biografía, algunos de los grandes temas de la convivencia contemporánea.

En suma, una obra que honra a los Anales de la Universidad, prestigia a nuestro país, y merece la difusión adecuada. C.M.R.

Rosa Luxemburgo: "MARXISMO CONTRA DICTADURA". Montevideo, Juventudes Socialistas, 1955.

Felicitamos a los editores po rla publicación (14 páginas a mimeógrafo) de este ensayo.

Este folleto apareció como artículo firmado por Rosa Luxemburgo en 1904 en el "Iskra", órgano de la Socialdemocracia rusa, y en "Neue Zeit", revista teórica de la Socialdemocracia alemana, bajo el título: "Problemas de organización de la Socialdemocracia rusa". En 1934 fué reproducido por la editorial francesa Nouveau Prométhée, y en 1946 fué publicado otra vez en París por los Cuadernos Mensuales Spartacus.

El mayor mérito que encontramos en este trabajo de ese ser humano excepcional que fué Rosa Luxemburgo, es el enfoque de los problemas de organización en relación con la teoría marxista. Es una respuesta muy autorizada a quienes creen que no hay ninguna vinculación entre la teoría y las formas de organización de los partidos socialistas.

Ella descubre con una lucidez admirable el germen de totalitarismo que había en las ideas de Lenin sobre organización del Partido. Y encuentra criticable tanto la organización que caracteriza a los socialistas - parlamentarists, como la de los bolcheviques. Los primeros quieren eludir el control del Partido y prefieren recurirr al apoyo

de la masa electoral amorfa y desorganizada. Los segundos, con su sistema de centralismo a ultranza, establecen una severa disciplina en nombre de la cual el Comité Central interviene directamente y resuelve todos los problemas de las secciones del Partido.

Para Rosa Luxemburgo el movimiento socialista revolucionario sólo puede consolidarse mediante el desarrollo intelectual de los trabajadores y su participación creciente en un partido disciplinado y cuyos organismos funcionen intensamente dentro de la más amplia democracia. Opina que "el centralismo socialdemócrata no podría fundarse ni en la obediencia ciega ni en la subordinación mecánica de los militantes con respecto al Comité Central del Partido", el cual "debe actuar siempre como delegado de la mayoría de los obreros conscientes del Partido", porque —como advierte en otra parte— se corre el riesgo, que la experiencia en múltiples ocasiones ha confirmado, de que los organismos directores del Partido Socialista adquieran un carácter conservador.

Termina este ensayo con la afirmación concluyente de que "los errores comeetidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, en la historia, infinitamente más fecundos y más preciosos que la infalibilidad del mejor Comité Central".

M.J.

Dante Sierra "CON EL HUSO DEL MUNDO ESTAN HILANDO", Buenos Aires, Siglo Veinte, 1954.

Imposible resulta resumir en las pocas líneas de una nota bibliográfica, el denso contenido de esta novela de Dante Sierra, vigoroso trazo de vida argentina, que podría ser, de cualquiera otro de los países de nuestro castigado continente americano, sino en el detalle o en la anécdota, en el hondo agitarse de fuerzas sociales en permanente transformación, en el entrechocarse de ásperos y despiadados intereses personales, ambiciones desmedidas, aspiraciones ideales apenas balbuceadas, movimientos proletarios inorgánicos, violentos e intuitivos.

Colocada en la línea de ya rancio abolengo, de la novela social, o por lo menos con intención y contenido sociales, que en el Río de la Plata tiene sus remotos antecedentes en "La Bolsa", de Carlos Martel y en la "Gran Idea" de López, y tal vez sus máximas expresiones en los relatos, —para nosotros hasta ahora insuperados, de Horacio Quiroga y de Roberto Payró— "Con el huso del mundo están hilando", persigue, sin duda poner en evidencia el trasfondo doloroso del desenvolvimiento material de Argentina, a través de una impresionante serie de bocetos de vidas humanas, que se entrecruzan, con sus sueños y sus odios, sus ambiciones y sus debilidades, sus encontradas psicologías y sus dispares lenguas, en el mundo de riqueza y de dolor que es el Chaco argentino. Se hilvanan las diversas anécdotas que componen la materia del libro, —que los dos grandes cuentistas ya citados habrían preferido dibujar en relatos independientes—, a través de la vida y pasión de Lipar, joven periodista que se niega a seguir vendiendo su pluma a uno de los grandes diarios amarillos de Buenos Aires y que, después de haber respirado el aire viciado de los albergues nocturnos en que se recogen les deshechos sociales en la gran ciudad, va hacia las plantaciones de algodón, en busca de libertad, trabajo y bienestar, y allí se convierte, por misericordia, por convicción y por repugnancia ante la injusticia, en esforzado organizador y agitador de colonos y braceros, a quienes, en esfuerzos que por momentos parecen vanos, intenta hacer comprender las causas profundas de sus miserias y los caminos constructivos que llevan a su superación.

Proletarios venidos de todos los rincones del mundo, con sus ideologías sociales ya definidas, o persiguiendo sólo el enriquecimiento, que no alcanzarán, poniéndose al servicio de los peores intereses; vencidos de la vida que buscan en el infierno del trópico, olvido de sí mismos; criollos recién arrancados a la vida feudal de la estancia y lanzados bruscamente a los engranajes de la producción capitalista, que sólo atinan a expresar sus rebeldías arrojando piedas contra las máquinas, o gritando su odio contra las "charlas gringas" que no comprenden y que son para ellos cosas de intelectuales y puebleros; el policía "bravo" que cree salvar la patria cuando castiga rebeldes; la oscura masa de los trabajadores golondrinas que del algodonal a la selva y de ella al cañaveral o a la plantación de tabaco van trasladando su hambre física y su hambre moral, sin

arraigo, sin familia, sin esperanzas; entrecruzan sus vidas desgarradas para formar este cuadro sombrío.

Manejar tantos personajes, definirlos y hacerlos vivir, mostrarlos por dentro y permitirles desarrollarse en libertad, no es tarea simple. Tampoco lo es pretender describir imparcialmente todas las tendencias que agitan la compleja psicología del sector de pueblo que quiere dibujarse, ni los encontrados intereses que pugnan en el fondo de esa confusa realidad, de esa sociedad en período de gestación y transformación. El solo propósito de intentarlo señala ya la garra del escritor y la inquietud del pensador que yace en Dante Sierra. No siempre logra su propósito y alguna vez el lector se pierde en el laberinto de tantas vidas encontradas y tantas anécdotas, a veces inconexas. Pero ello no resta mérito a esta novela, cuya lectura apasiona y aprisiona, en la que palpita vida auténtica y cuya lectura realizarán con entusiasmo no sólo quienes quiern perseguir el placer estético que sus páginas encierra, o acercarse a la comprensión de torturadas almas individuales, sino a quienes quieran llegar a entender el complejo proceso de un pueblo en formación, cuyas actitudes históricas desconciertan a quienes lo contemplan desde afuera y que exige ser comprendido antes de ser juzgado. — E.G.B.

Mesa Redonda POR LA SALUD DEL PUEBLO

La Mesa Redonda por la Salud del Pueblo, es una entidad integrada por empleados, obreros, estudiantes, profesionales, maestros y en general por quienes se interesan por Salud Pública.

Se parte de la base de que es necesario que los que contribuyen directa o indirectamente a sostener los Servicios Asistenciales, —mediante impuestos y|o colectas para Salud Pública o para el Presupuesto de su burocracia— tengan una actitud de vigilancia en el funcionamiento de esos servicios.

El Pueblo no se debe desentender —como lo ha hecho hasta ahora— de los organismos de Salud Pública, dejándolos en manos de los que medrán con su investidura jerárquica y|o técnica, y para quienes, el cuerpo del enfermo es sólo un medio de alcanzar relevancia científica, y el Hospital una razón puramente presupuestal, un medio más de vida.

No permitir que el Hospital sea el lugar, donde junto a la falta de las más elementales condiciones de higiene y comodidad, impere la irresponsabilidad y la venalidad, y donde la asistencia —derecho elemental a exigir por el ser humano— se reciba como una limosna,, y por tanto sea mal suministrada.

Constituyen, pues, fines sustantivos de la Mesa Redonda por la Salud del Pueblo:

I) Dar a la Asistencia Sanitaria, un sentido primordialmente social, curación, sino también no sólo de prevención y de recuperación y readaptación, sin descuidar el aspecto solidario hacia los familiares del enfermo, que pudieran quedar eventualmente sin sostén económico;

II) Inculcar en la conciencia pública, el sentido organizativo — la mayor eficiencia con la máxima economía— como norma para el funcionamiento de los Centros de Salud, en contraposición al dirigismo político, empirista y desquiciante;

III) Obtener la colaboración de los distintos Técnicos y Especialistas para la elaboración de un Plan orgánico y racional sobre el cual ha de asentarse la estructura de las nuevas Unidades Asistenciales.

De este modo se promoverá y facilitará la Educación Sanitaria del Pueblo, como base sustancial de un nuevo Ente dirigente de la Salud Pública; se engendrará confianza en el Nuevo Hospital y se propenderá a recrear un nuevo Sistema Asistencial, en el cual culmine una Organización y Administración capaz y digna, por y para la comunidad.

Así, todos los miembros de ésta que son — desde ya— llamados a integrar la Mesa por la Salud y los Comités filiales que han de formarse en el futuro, sabrán por qué se hacen y para qué se hacen los Centros de Salud, qué son y cómo deben funcionar'

La Mesa Redonda por la Salud del Pueblo, se reúne semanalmente los jueves, a las 19 horas, en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, Uruguay 1933.

LAS REVISTAS

"CONSTRUIR". Nº 1. Montevideo.

NUESTRO TIEMPO ha demostrado la posibilidad, que es necesidad del ambiente, de las revistas de ideas uruguayas, y a esa corriente se suma la novel "Construir", que publicó en enero su primer número.

Editada por un grupo de estudiantes, algunos de ellos militantes libertarios, constituye una simpática empresa artesanal pues la publicación está hecha por el sistema de Vary-tiper, y aparece ilustrado por sus mismos editores en forma muy correcta.

Los trabajos de carácter ideológico que firman Moisés Buber, Gastón Leval, Woodwock y Charquero, dignos de difusión, y coincidentes en líneas generales con el criterio que viene sustentando NUESTRO TIEMPO.

Lamentable en cambio la página editorial, inefable ejemplo de aquel socialismo lírico y sentimental, de que se burlaba el mismo Proudhon, ya en 1830...

Deseamos a "Construir" una larga vida de superación y triunfos. — C.M.R.

Hemos Recibido:

Pierre Mendés - France et Gabriel Ardant — **"La sciencie économique et l'action"**, París, Unesco - Julliard, 1954.

Raúl H. Castagnino — **"¿Qué es literatura?"**, Buenos Aires, Nova, 1955.

Francisco Espínola — **"Milón o el ser del circo"**, Montevideo, Imp. Uruguaya, 1954.

Manifieste Socialiste Libertaiire. — Génève, Groupe Socialiiste Libertaire, 1954.

Carlos M. Rama. — **"Un viaje a Grecia"**, Montevideo, Inst. Cultural Uruguay - Grecia, 1955.

Eduardo Payssé González — **"Policía y Justicia. La reforma del Código Penal"**, Montevideo, ed. aut. 1955.

Manuel de Castro — **"Hernandarias. Exploración poética en ocho cantos"**, Montevideo, BUDA, 1951.

Francisco Contreras Pazo — **"Temas trashumantes. El alma en vilo"**, Montevideo, Medina, 1955.

—**"Los meandros de la vida de Sila Fabra"**, Montevideo, Buda, 1951.

—**"El proscripto, dilogía bárbara en dos partes y seis lagunas"**, Montevideo, Medina, 1953.

Zelmar Ricetto — **"Artigas"**, Montevideo, Ciudadela, 1953.

PROFESIONALES

ABOGADOS

ARTURO ARDAO
Rincón 630 Tel.: 8 85 70

HECTOR HUGO BARBAGELATA
Colonia 1328 Tel.: 8 67 63

ENRIQUE G. BROQUEN
Rincón 454 Esc. 408 Tel.: 8 26 74

OSCAR H. BRUSCHERA
Juan C. Gómez 1522 Ap. 7

RUBEN CAGGIANI
25 de Mayo 535 P. 3 Tel.: 9 35 89

ANDRES CASTILLO
18 de Julio 1757 Tel.: 4 93 93

PEDRO DIAZ

CARLOS MARTINEZ MORENO
Rincón 630 Teléf. 8 85 70

TERESA OLASCOAGA
Juan C. Gómez 1479 - P. 1 Esc. 14

DARIO QUEIGEIRO
Misiones 1371, ap. 41 Tel. 8 33 00

CARLOS M. RAMA
Zabala 1372 Tel.: 9 05 84

ADELA RETA
Treinta y Tres 1356 Esc. 31 Tel.: 9 49 48

HELIOS SARTHOU
Misiones 1371 Esc. 50 Tel.: 9 32 75

ALDO E. SOLARI
Paysandú 1204, p. 4, ap. 7 — Tel. 9 74 07

ENRIQUE VESCOBI
Juncal 1486 Esc. 1 Teléf. 9 53 20

MARIO ANZA VIGLIOLA
Rocha

JUAN P. ZEBALLOS
Rincón 630 Tel.: 8 85 70

ARQUITECTOS

EMILIA ALPEROVICH
Piriápolis

LEOPOLDO C. AGORIO

JOSE P. ALBERTI
Rambla R. del Perú 1093 Tel.: 41 14 11

LEOPOLDO C. ARTUCIO
Rambla R. del Perú 1139 Ap. 14
Tel.: 41 08 66

NELSON BAYARDO

AGUSTIN CARLEVARO
Av. Brasil 2739 Tel.: 41 16 75

RUBEN DUFAU
Solano Antuña 2060 Tel.: 41 55 96

FERNANDO GARCIA ESTEBAN
Simón Bolívar 1468 Teléf. 41 53 93

GRANDAL — SCHEPS
Maldonado 2004, Ap. 10

OTILIA MURAS — GIRALDI
Tomás Diago 681

RAUL COHE PIRIZ
Larrañaga 2959 Teléf. 5 29 41

FABIAN A. MACHADO SANCHEZ
Pagola 2267

ALBERTO MUÑOZ DEL CAMPO
ENRIQUE MUÑOZ
GUILLERMO GOMEZ PLATERO
Treinta y Tres 1512 Teléf. 8 24 41

OMAR MUSSI

RICARDO PORTA BONDANZA
Isla de Flores 1789, Ap. 10, Tel.: 4 36 62
Ayacucho 969 Piriápolis

HUGO RODRIGUEZ JUANOTENA
Juan M. Pérez 2795 Tel.: 41 82 38

JULIO C. SALES
R. Massini 2918 Tel.: 41 04 25

JUSTINO SERRALTA
CARLOS CLEMOT
18 de Julio 2257, P. 6

TORTORELLA Y MAYOL
Sarandí 409, Esc. 6 Tel.: 9 28 57

AGRIMENSOR ....

LUZBEL GALLO
Jackson 1291 ap. 1 Teléf. 40 06 60

CONTADORES

TEOFILO BANCHERO
Millán 3945

MARIO BUCHELI
Rivera 2673 Ap. 3

MARCEL DESSENT
Julio César 1179 Tel.: 41 94 30

OSVALDO DE SANCTIS
25 de Mayo 477 Esc. 32 Tel.: 8 12 75

LORENZO IMPEMBA
Estero Belaco 2874

PROFESIONALES

ESCRIBANOS

ALFREDO ABETE
25 de Mayo 477 Esc. 32 Teléf. 8 12 75

A. NIETO BORRAS
Cardona

ERNESTO F. PICHON
Sierra 1819 Teléf. 4 57 15

AMILCAR MANTARAS
Cerrito 685, Esc. 3 Tel.: 8 57 88

PABLO RIVERA
Zabala 1372, P. 3 Tel.: 9 05 84

INGENIEROS

MARTIN ALLENDE
Tacuarembó

DAVID CATARIVAS
ENRIQUE MILIAN
Alzáibar 1328, Esc. 13 Tel.: 9 46 17

RAQUEL MORON
J. Requena 1500 ap. 1 Tel. 4 85 96

ENRIQUE RODRIGUEZ MOLINARI

NELSON SALLE
Rincón del Bonete

HUGO VALDEZ
Manuel Albo 2656, Ap. 15

WALTER CHAPPE PIRIZ
Acevedo Díaz 1166 Teléf. 4)57)60

INGENIEROS AGRONOMOS .. .. ..

CIRILO LARROSA
Aiguá

MAURICIO PAIVA OLIVERA
Rivera

MEDICOS

ROMAN ARANA IÑIGUEZ
Convención 1287 Tel.: 9 15 54

PEDRO A. BARCIA
Soriano 1171 Tel. 8 69 70

MARIO A. CASSINONI
Soriano 1171 Tel.: 8 69 70

CONSTANCIO CASTELLS
Cerro Largo 1093 Tel.: 8 67 02

ELIO GARCIA AUSTT

HUGO DERMIT
Juan Lacaze

JOSE GOMENSORO
Covención 1287 Tel.: 9 15 54

CARLOS A. GOMEZ HAEDO
Pedro Boggiani 4883 Teléf. 22 67 36

JACOBO HAZAN
Acevedo Díaz 1526

RAFAEL HILL
Luis B. Cavia 2770 Tel.: 41 19 34

ZULMA INVERNIZZI
Colonia 1825, Ap. 16

JORGE LOCKHART
Soriano 1206 Tel. 8 31 17 - 50 02 88

JUAN LLOPART
Soriano 1079 Tel.: 8 27 17

LUIS TORRES DE LA LLOSA
Ejido 1437

RAMON E. MARIN PITTALUGA
Brito del Pino 828 Tel.: 41 45 38

RENAN PIZZOLANTI
Dante 2338 Tel.: 40 20 10

PABLO PURRIEL
Soriano 1079 Tel.: 8 27 17

RENE RACINE
8 de Octubre 3687 bis Tel. 5 14 39

MIGUEL A. RODRIGUEZ
Rivera 365 Florida

JOSE M. REYES TERRA
Cololó 2796 Tel.: 41 25 87

ERNESTO STIRLING

JOSE SUAREZ MELENDEZ
Ciudad de Bahía Blanca 2467 - Tel. 4 84 56

HELVECIO TABAREZ
Canelones 2639

RODOLFO E. TISCORNIA
Cerro Largo 1093 Tel.: 8 67 02

ODONTOLOGOS

A. J. BENTOS CORRADINI
Sarandí 528 Ap. 2 MINAS

F. PRITSCH DE ESTEBAN
Mercedes 1405, Ap. 1 Tel.: 9 22 38

FAUSTINO M. PEREDA
Ituzaingó 571 RIVERA

ZELMAR RICCETTO
D. Pérez 519 Minas

JULIO RODRIGUEZ ITURRALDE

ORLANDO ROJAS
Colombes 1483 Tel.: 5 43 49
Colonia 1243 Tel.: 8 73 61

RICARDO VOELKER
Juan Lacaze

EN ESTE NUMERO COLABORAN:

★ "Nueva Historia Nacional", **Los Editores.**

★ "La Inquisición en la Banda Oriental", **Boleslao Lewin,** publicista, profesor y periodista polaco-argentino. Este trabajo sintetiza una investigación inédita.

★ "Raíces, Apogeo y frustación de la burguesía nacional", **Vivián Trías,** profesor y periodista. Publicamos la primera parte de un ensayo mayor, que lleva el tema hasta nuestros días.

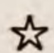
★ "Los movimientos sociales en América Latina", **Carlos M. Rama.** (Ver Nº 1). El ensayo es un fragmento del prólogo de un volumen a editarse este año en París.

★ "La expansión histórica del Occidente", **Roger Labrousse,** Doctor en Historia, profesor universitario, publicista y periodista francés. El trabajo sintetiza una obra inédita que aparecerá próximamente en Buenos Aires.

★ "Uruguay y el mundo", notas de C.M.R. **(Carlos M. Rama),** E.G.B. **(Enrique G. Broquen)** y M.J. **(Mario Jaunarena),** miembros del Comité Editor, ver Nº 1 y V.S. **(Víctor Sanz),** educacionista y periodista español exilado en Montevideo.

★ "Documentos. El manifiesto inicial del Partido Socialista", nota de C.M.R. **(Carlos M. Rama)** y transcripción documental.

★ "Los libros", E.G.B. **(Enrique G. Broquen),** M.J. **(Mario Jaunarena)** y C.M.R. **(Carlos M. Rama).** "Las revistas", C.M.R. **(Carlos M. Rama).**



CORRESPONSALES EN EL INTERIOR

San Lucía: **David Klein.**
Melo: **Carlyle Oxandabaratz.**
Juan Lacaze: **Ornaldo Collazo.**
Durazno: **Alfredo Traversoni.**
Trinidad: **Juan J. Fló.**
Florida: **N. Gallo.**
Minas: **J. Bentos Corradini.**
Batlle y Ordóñez: **Salvador Fernández Correa.**
Maldonado: **Isaac Morón y José Bengochea.**
Paysandú: **Félix D. Borthagaray.**
Rivera: **Víctor Silveira.**
Fray Bentos: **Juan J. Aguiar.**
Rocha: **Mario Anza.**
Salto: **Olga Balbo de Soto.**
San José: **Nicasio Perera.**
Mercedes: **Domingo Mazziotti.**
Dolores: **Tomás Guarino.**
Tacuarembó: **Hugo Toja.**
Paso de los Toros: **Nelson Salle.**
Treinta y Tres: **Julio Macedo.**

SUMARIO DEL PROXIMO NUMERO

Problemas universitarios

Leopoldo C. Agorio: **"Universidad y derechos humanos".**
Eduardo J. Couture: **"Teoría y práctica de las Ciencias Sociales".**
Helvecio Tabárez: **"El hospital universitario".**
Mario Gulart: **"El congreso latinoamericano de estudiantes".**
Carlos M. Rama: **"Educación y sociedad democrática".**
Carlos Martínez Moreno: **"El menor delincuente".**
Enrique C. Broquen: **"La Argentina en que surgió Perón".**
Uruguay y el Mundo - Libros y Revistas.

